



*Historia
de los orígenes, inicios y
progreso de la Congregación
de las Hermanas
de la Inmaculada Concepción
de Toulouse*

*Historia
de los orígenes, inicios y progreso
de la Congregación
de las Hermanas
de la Inmaculada Concepción
de Toulouse*

A Vos, oh adorable Corazón de Jesús, yo consagro estas páginas que he escrito. Vuestra misericordia infinita y la ternura de vuestra amable Providencia surgirán en cada una de las líneas que voy a trazar.

Podamos, por la fidelidad constante y nuestra completa inmolación, merecer ser siempre las esposas muy amadas de vuestro corazón y siervas felices de vuestra Madre Inmaculada.

¡Así sea!

Toulouse, 8 mayo 1875

***Congregación
de las hermanas de la Inmaculada
Concepción de Toulouse***

Prólogo

Ya desde hace más de cinco años el divino Jardinero ha querido plantar en la tierra de su Iglesia la semilla de nuestra humilde familia. Gracias a su dulce Providencia, esta semilla, si bien débil por sí misma, ha dado fruto, y ya sus nacientes ramas presentan el aspecto de una planta destinada a vivir y perpetuarse.

Siento, por tanto, la necesidad, mis queridas hijas, de poner ante vosotras el relato de los acontecimientos que han dirigido nuestra fundación, y que han pasado desde entonces. Me mantendré en los límites de la más estricta exactitud, contentándome con enunciar los hechos sin comentarios. Lo digo aquí desde lo más profundo de mi corazón, no quiero nada para todos aquellos que nos han hecho sufrir. Sus intenciones eran buenas, sin duda, y Dios nos tendrá en cuenta a unos y a otros el bien que queríamos haber hecho, aunque con puntos de vista muy distintos.

Este relato es solo para mi familia religiosa; son nuestros secretos, que jamás deberán, bajo ningún pretexto, ser revelados públicamente.

Sor Hedwige PORTALET

Superiora

Capítulo I
1866, la casa de la calle Valenciennes

Las circunstancias personales, de las que no voy a hablar aquí, me llevaron a alejarme de mi tierra y de mi familia para consagrarme a Dios y al servicio de los jóvenes ciegos en la comunidad de las Hermanas de María Inmaculada en Marsella. El fundador de esta congregación es el Rvdo. P. Dassy, antes religioso oblato de María Inmaculada. Yo había conocido a este santo sacerdote cuando vivía en el santuario de Nuestra Señora de Osler (Isère), donde prestaban servicio los miembros de la congregación de la que por entonces formaba parte.

No hacía apenas dos años que yo estaba en Marsella cuando conflictos interiores, ocasionados por mi falta de virtud, por un lado, y por los celos, por otro, me hicieron desear vivamente dejar esta casa; pero mi vocación me era tan estimada, que no podía resignarme y renunciar. La divina Providencia acudió en mi ayuda:

La fundación de una Institución de Jóvenes Ciegos en Toulouse, decidida y aprobada por los superiores respectivos, a la que fui enviada con otras dos hermanas: sor Mélanie Albert y sor Rosalie Veyron, y dos jóvenes ciegas, Joséphine Vialla y Virginie Givon.

El señor nuestro superior, que había partido hacia Toulouse hacía unos días, nos envió la carta de obediencia que transcribo aquí:

Toulouse, 21 junio 1866
Fiesta de san Luis Gonzaga

Mis muy queridas hermanas:

La bondad de Dios es infinita; Él se ha dignado a suscitar en estos últimos años una pequeña familia de hermanas especialmente consagradas a cuidar y a instruir a las jóvenes ciegas.

Bajo el augusto patrocinio de María Inmaculada, estas hermanas fundadas por mí, indigno ministro de Jesucristo, se han formado durante ocho años en el ejercicio de su generosa vocación; su número se ha multiplicado, y nos ha parecido, a ellas y a nosotros, que era el momento de salir de Marsella, cuna de nuestra humilde congregación, el fuego divino que nos abrasa, para cumplir la misión a la que hemos sido providencialmente llamados.

La autoridad eclesiástica de Toulouse y sus generosas almas, sabiendo que todavía no se había hecho nada en esta población metropolitana y en su vasta diócesis por las pobres criaturas de Dios privadas de la luz corporal, y demasiado expuestas también, como consecuencia de su discapacidad, a no disfrutar de la luz espiritual, se han dirigido a nosotros para abrir en Toulouse una Institución donde sean atendidos e instruidos los jóvenes ciegos, de uno y otro sexo.

Estamos impacientes por responder a su benevolente llamada; y tras haber finalizado los últimos preparativos para la fundación de esta institución tolosana, segunda casa de nuestra querida congregación, después de haber recibido los consejos y ánimos de todos los que se interesan por dicha fundación, después de haber implorado más intensamente y fervorosamente que nunca las gracias del Espíritu Santo y la protección maternal de María Inmaculada, nuestros dulces y muy santos Patrones, hemos decidido que la inauguración de nuestra obra de Toulouse se llevará a cabo el mismo día de la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. Vuestra partida deberá efectuarse el lunes, 25 del corriente.

La hemos elegido, muy querida sor Hedwige, para establecer y dirigir en calidad de superiora y según nuestra Regla, tanto a la comunidad que llamamos a Toulouse como a los niños privados de la vista que formarán la institución.

Le asignamos dos hermanas de la congregación, sor Mélanie y sor Rosalie, a la espera de que sea posible aumentar el número de miembros de esta comunidad, y poder también constituir más fácilmente todas las cosas según las costumbres de la casa de Marsella.

Animadas con un santo ardor en Jesús y María, y confiadas en la ayuda que viene de lo alto, las convocamos a las tres en Toulouse para ser en estas tierras el ojo del ciego.

Que el Señor bendiga vuestra partida de Marsella y vuestra llegada a esta tierra tolosana; que las bendiga abundantemente. Su paso aquí estará marcado por los testimonios más conmovedores de la misericordia divina. Iremos juntos, a su llegada a Toulouse, a pedir al Arzobispo los augurios de las santas efusiones del Cielo. Dé a todas sus hermanas el beso de la paz por el cual la caridad les seguirá hasta el punto que no parecerán separadas.

Adiós, mis queridas hermanas.

Vuestro Padre y superior

L.T. DASSY

El 25 de junio de 1866, a las 8 de la tarde, dejamos la comunidad de Marsella. Las despedidas fueron muy tristes, un secreto presentimiento me decía que no me volvería a encontrar más en el seno de esta familia religiosa donde, a pesar de todas las penas, había conocido la felicidad de consagrarme a Jesús y al servicio de los pobres. Todas nuestras hermanas nos rodeaban y las lágrimas más sinceras brotaban de sus ojos.

Las jóvenes ciegas, de las cuales me había casi constantemente ocupado desde que llegué a Marsella, prorrumpieron en sollozos e incluso los niños más pequeños mostraron su dolor. Sobre todo una de entre ellas, la pequeña Marie Routtier, se agarró a mi vestido, obstinándose en no dejarme marchar. Al darse cuenta de que una de sus pequeñas compañeras no lloraba, se giró hacia ella con rapidez y le dijo con una rabia cómica: “Tú no lloras, Léontine, ¡me las pagarás!”

Pero es que yo lloro sin lágrimas, respondió la ingenua niña (debido a la ceguera, su fuente lacrimal se había secado). Sonreímos entre lágrimas. Finalmente, nos tuvimos que separar; dos de nuestras hermanas nos acompañaron a la estación en compañía de una de nuestras devotas amigas, la buena señora Roumieux.

Pronto el vapor¹ nos llevó. Las tinieblas de la noche nos quitaron el triste gozo de ver huir la ciudad marsellesa, y de saludar con una última mirada la querida colina de Nuestra Señora de la Garde donde tantas veces habíamos saboreado la felicidad de la oración y la consolación de la fe.

El abate Dassy, nuestro venerado superior, como ya hemos dicho más ampliamente, nos había precedido a Toulouse donde nos esperaba después de haber alquilado una pequeña casa. Está, nos escribió, provista de todas las cosas, y ustedes no tienen más que instalarse. ¡Ay! los hombres no entienden mucho de una instalación y de sus detalles. En fin, esta esperanza sostenía nuestro ánimo, e hizo un poco menos penoso el abandono que fue necesario realizar al partir hacia lo desconocido. Con frecuencia nuestros corazones iban en contra del tren que nos llevaba, haciéndonos atravesar una detrás de otra las vastas llanuras de Herault, cubiertas de ricos viñedos, y los campos tristemente plantados de mijo y prosaicos cereales. Nuestra mirada interior estaba en Dios; íbamos a cumplir su santa voluntad, ¡llevar la luz a los pobres niños ignorantes y abandonados! Este sentimiento tenía para nosotras una dulzura infinita y la sentíamos agrandarse en nuestras almas a medida que nos aproximábamos al término de nuestro viaje.

¹ Tren de vapor.

Después de un largo viaje de casi veinticuatro horas, percibimos los campanarios de la ciudad. ¡Es Toulouse! Saludamos a los ángeles buenos de la ciudad, ¡que guarden cada uno de nuestros pasos! Unos segundos más y llegamos a la estación. Un generoso amigo de nuestro venerado Padre nos esperaba. Pronto, gracias a sus atenciones, la pequeña colonia se instaló en un coche y nos condujeron hacia nuestra nueva vivienda.

La calle Valenciennes, 8, había dicho a nuestro conductor. En efecto, llegamos a una pequeña calle solitaria y nuestro vehículo se paró ante una casa de humilde apariencia. ¡Estaba muy lejos de aquel agradable Instituto que habíamos dejado! que, como un nido de águila sobre la colina bendita, dominaba la ciudad de Marsella y su mar azul.

¿Es este el pobre y pequeño nido de martín pescador donde debe nacer una nueva familia de hijos de Dios?... pero ¿qué importa la belleza exterior mientras la obra maestra se realice?, y que Él quiera mucho, Él también, elegir su morada en este nuevo Belén.

Nuestro buen Padre nos había dicho que todo estaría a punto cuando llegáramos. Por lo tanto, esperábamos encontrar, por sus atenciones, nuestra primera comida preparada. ¡Lástima! nada había más frío que el hogar y menos provisto que la despensa. Pensé, nos dijo, que sus provisiones del viaje no se habrían agotado, y que tendríamos todavía para

nuestra cena. No se equivocaba. Gracias a la previsión de nuestra buena hermana ecónoma de Marsella, y a las atenciones tan delicadas de nuestras devotas amigas, pudimos extender sobre la mesa común los restos de un magnífico paté frío, un pollo casi intacto, y todavía más, los regalos que habíamos reservado con una prudencia a la que las circunstancias dieron la razón. Una generosa mujer fue a buscarnos agua a la fuente cercana y nada nos faltó en esta primera cena cuyo recuerdo está grabado en nuestra memoria.

A las seis nuestro Padre nos dejó para regresar al seminario menor donde se alojaba. ¡Oh! Entonces, ¡qué triste! Éramos extranjeras en esta gran ciudad. Jesús, el dulce consolador, no estaba bajo nuestro techo. Antes de ir a descansar, nos arrodillamos ante la cruz. ¿No era la cruz nuestra única fuerza así como nuestra única esperanza?...

Ya al día siguiente, teníamos que iniciar las visitas. Necesitábamos a toda la gente, era necesario buscar protectores. Nuestra primera visita fue al vicario general de Pons. Nos acogió con gran bondad, nos animó con santas palabras y garantizó a nuestro fundador que desde entonces él se cuidaría, como el padre de la pequeña familia.

Al salir, nos dirigimos hacia el arzobispado. El corazón nos latía fuertemente a mi compañera y a mí. Pero, nuestros temores se desvanecieron cuando nuestro Arzobispo nos acogió con su mejor sonrisa, se interesó con paternal bondad sobre los detalles de nuestra instalación; y bendiciéndonos con efusión cuando nos arrodillamos a sus pies, nos despedimos de su Eminencia. Visitamos de forma sucesiva durante esta jornada al señor cura de la metrópolis², el digno señor Préchaud, santo sacerdote con el corazón de oro, que fue el primer confesor de la pequeña comunidad, y que, hasta su muerte, no cesó de prodigar a nuestra obra los gestos efectivos de su cariño; después, al abate Albouy, entonces vicario de la metrópolis, que se había puesto, incluso antes de nuestra llegada, al servicio del abate Dassy; había ayudado a buscar a los primeros niños y continuó ayudándonos con sus consejos y propagando nuestra obra en su periódico semanal, la *Semana Católica*.

La autoridad eclesiástica estaba con nosotros. No encontramos entre sus representantes más que benevolencia y santa protección. Nos hacía falta asegurarnos también la colaboración de la autoridad civil. Así que fuimos a casa del prefecto, el señor barón Dulembert.

² Catedral metropolitana.

Hombre de corazón y de espíritu, pronto comprendió la importancia de la obra a la que nosotras habíamos prestado nuestras atenciones; nos aseguró su activa colaboración y nos retiramos después de él, bendiciendo en nuestro corazón a este Dios tan bueno que no nos había dado en este día sino rosas y consolaciones. Una visita al señor conde de Roquette-Buisjon, nos dejó la misma impresión; también la que hicimos al canónigo Massol, que desde entonces se convirtió en uno de los mejores amigos de nuestra obra.

Pero aquella medalla tenía su reverso, ¿es que el cielo azul no tiene nubes? El vicario general nos había dicho: “Vea a la señora Limerac, es la presidenta de las Damas de la Caridad, y por mediación suya, usted podrá entrar en relación con otras personas”. Así que nos dirigimos al hotel donde vivía esta dama. Estaba ausente; tuvimos que esperarla humildemente casi una hora en la conserjería. Finalmente, llegó. Nuestro Padre se presentó ante ella, mientras cruzaba el patio, y nosotros lo seguimos a unos pasos. Pero parece que la bondad de la señora Limerac no se dirige al primero que pasa. Nos recibió muy mal y tuvimos que retirarnos al decirnos que las obras de

caridad pululaban en Toulouse y que la nuestra sería, sin duda alguna, de más. El santo sacerdote ocultó esta espina en su corazón, y lo que le hizo sufrir tanto fue, sin duda, nuestro sufrimiento. Pero debo añadir, por ser verdad, que jamás fuimos a llamar a la puerta de la señora Limerac.

Durante nuestras carreras de propaganda, nuestra buena sor Rosalie permanecía en casa para preparar la comida. Dos piedras situadas en el hogar servían de morillo; con el carbón que nos daban en caridad cocinamos nuestros primeros alimentos; pero puedo decir que nada igualaba el júbilo y el alegre abandono que presidía estos primeros ágapes.

Mientras tanto el tiempo corría. El abate Dassy, al regresar a Marsella, nos dejó confiadas a nuestras propias fuerzas. El viernes por la tarde, me entregó la suma de 800 francos, me dijo que debía bastarme con esto y las limosnas que pudiera recoger. Y verdaderamente, este dinero es el único que recibí de sus manos. Después de esto, nos reunió, nos dio de nuevo sus consejos, nos bendijo y se alejó con el corazón afligido, dándonos cita para la mañana siguiente en el seminario menor, donde diría la misa antes de partir.

A la mañana siguiente, mucho antes de las cinco, estábamos en pie, y bajo una lluvia intensa, nos pusimos en camino al seminario menor. El Padre nos había dicho: “Pasaréis por aquí y después por allá, después a izquierda, después a derecha, etc., etc.,” pero nos perdimos y cuando llegamos, la misa ya había comenzado.

Nos introdujeron en la pequeña capilla privada de las Hermanas de la Sagrada Familia, que se encargaban de la ropería del seminario. ¡Este estrecho y modesto santuario se convirtió en objeto de mi envidia! ¡Jamás, me dije a mí misma, tendremos uno parecido! ¡Ay! Mi buen Ángel debía sonreír con mi desconfianza, pues ya antes la dulce Providencia preparaba el modesto altar de nuestra modesta capilla, y todavía más, ¡el divino arquitecto ya había, quizás, establecido el plan de la blanca capilla de la Virgen Inmaculada!

Después de la misa, dejamos a nuestro Padre, no sin derramar lágrimas. A partir de ahora estábamos solas en Toulouse, y toda la carga de esta naciente fundación pesaba sobre mis débiles hombros. ¡Ay! si el velo del futuro se hubiese levantado y yo hubiera entrevisto entonces las angustias y las pruebas que me esperaban en esta ciudad, sin duda, me hubiera ido. Pero el futuro está en el seno de Dios; el hombre se mueve y Dios lo conduce. Ahora que todos estos sufrimientos han pasado, no querría no haber sufrido, porque de esos sufrimientos brotaron, como de una fuente pura, las consolaciones y las bendiciones de Dios sobre nuestra familia religiosa.

Nuestra primera jornada fue triste, pasó entre arreglar nuestra ropa y nuestro pobre mobiliario. He dicho pobre. Se reducía a su más simple expresión: algunas sillas que transportábamos de un lugar a otro, según le necesidad y algunas mesas formaban con nuestras camas todo el lujo de nuestro hogar. Una cómoda coronada por un crucifijo y que sostenía una Virgen de yeso era nuestro altar y nuestro santuario. La casa que habitábamos la habían dejado las Hermanas Franciscanas. Estas buenas hermanas tenían un gran número de niños, de modo que sus ocupaciones no les permitían, sin duda, ser cuidadosas en el tema de la limpieza. La casa se había infectado de parásitos; no podíamos, a pesar de nuestro afán, desembarazarnos de ellos. Nos obligaba a cambiarnos muchas veces al día y por la noche. Sobre todo una noche, el sufrimiento fue tal, que no pude retener mis lágrimas al verme así devorada. Entonces pensé en Silvio Pellico³ que soportó su cautividad con suave resignación y que, sin embargo, sintió que su valentía cedía ante la picadura de los mosquitos.

³ Nació en Saluzzo en 1789 y murió en Turín en 1854. Escritor italiano. Sus relaciones con los carbonarios motivaron su detención y condena a muerte en 1820, pena que le fue conmutada en 1822 por la de quince años de cárcel; tras su indulto en 1830, escribió su mejor obra, *Mis prisiones* (1832), relato de su cautiverio.

Este es el momento para dar a conocer un poco a mis dos compañeras de viaje y a las niñas que nos habían seguido en la fundación. Sor Mélanie que se me había asignado como asistente tenía veintiséis años. De naturaleza bondadosa, corazón devoto, me fue de gran apoyo en los tristes días de los inicios, se las ingenió para ayudarme a aligerar mi carga. Sabía ocultar bien sus penas para no agravar las mías. La segunda hermana se llamaba sor Rosalie, tenía treinta y cuatro años. Era una buena y piadosa hija, que realizaba su trabajo con exactitud; pero no se podía contar con ella para otra cosa. La medida de su espíritu no era grande y la de su abnegación iba al unísono.

Dos jóvenes nos habían seguido à Toulouse: Joséphine Vialla y Virginie Givon. La primera tenía diecisiete años y podía sernos útil en muchas cosas por sus pequeños talentos y su buena voluntad. En cuanto a la segunda, era una niña de diez años que habíamos traído solo para engrosar el número.

El martes siguiente a nuestra llegada, es decir, hacia el 2 de julio, fiesta de la Visitación, fui, según las indicaciones del vicario general de Pons, a buscar a una pequeña ciega llamada Marie Courdy. Sor Mélanie me acompañaba; la encontramos en una buhardilla, ocupada jugando con fundas de almohada rotas y acompañada de su perro, el querido Lami.

El padre y la madre estaban en el puerto, pues eran pescadores de arena. Una bondadosa vecina se encargó de ir a avisarlos. Todo se decidió rápidamente. Metió un pequeño paquete en una cesta, que la madre cogió en su brazo, mientras llevaba en la mano una pequeña silla, objeto del amor de su hija.

En cuanto a la pequeña, se había dado a nosotras desde el primer momento; nos tenía cogidas una a cada mano y repetía en voz alta:

“¡Yo voy al convento a aprender piano, música, leer, hacer punto!...”

Los niños y niñas de la calle, sus amigos de todos los días, se pusieron a seguirnos, así que el pequeño grupo siempre se hacía más grande, llegamos a la ronda general, escoltados por el grupo de un modo grotesco. Los paseantes se giraban y nosotras tratamos de ofrecer a Jesús la humillación que experimentábamos, sintiéndonos felices, porque teníamos en las manos las primicias de nuestro apostolado en Toulouse.

Dios debía bendecirlo. Y ahora, cuando escribo estas líneas, Marie es una gran y sabia joven, inteligente y piadosa, y este mismo año debe ser admitida como profesora en esta Institución, que ha sido para ella la mejor de las madres.

Pronto, otra pequeña vino a unirse a Marie, Rose Solat, pobre como su hermana de infortunios, ella tenía peor apariencia. Un aire delicado, un aspecto desagradable, un carácter salvaje, este es el retrato que podemos trazar de esta pequeña. Me complace tanto que la naturaleza, el tiempo, la educación, hayan transformado a esta niña que ahora domina a sus compañeras de edad y cuyas habilidades nos hacen concebir las más bellas esperanzas.

La familia va en aumento, pues. Pero, ¿cómo hacer? Ninguna alma generosa nos conocía, nos rodeaba el aislamiento más completo. Pero el ojo de Dios nos ve. La cocina cuesta poco, la Providencia paga el gasto. Sor Rosalie hace cada día un poco de sopa, después de comerla con el mejor apetito, todas vamos al jardín, allí, una gran higuera nos ofrece sus frutos de un sabor deleitable. Oh, higos buenos de la calle Valenciennes, sabemos bien que nos los servía la misma mano de Dios, y tal vez nunca haremos otras comidas donde tengamos más alegría y más consuelos.

Pero ¡ay! A pesar de todo, es necesario de vez en cuando recurrir al bolsillo. Se cambia un billete de banco cada vez que un escudo sale de esta pobre bolsa, mi corazón se aflige... y ¿después?, me digo... esta palabra de desconfianza debería haber detenido la fuente de las bondades divinas.

Dios fue más misericordioso conmigo que con su servidor Moisés, y cuando ya desconfiaba, he aquí que sonó a la puerta una piadosa visitante. Guiada por una hermana de san Vicente de Paúl, esta dama quería ver a nuestros niños. Ella lloraba, y entre lágrimas deslizó en mis manos una pieza de cinco francos. Llamé a las hermanas y juntas, recitamos un Ave María para agradecer a Dios y a la Santa Virgen esta limosna que fue la primera anilla de esta cadena misericordiosa en la que la divina Providencia no cesó de enlazarnos.

No obstante, vivíamos según las reglas del más estricto ahorro. Así que la tela que quedaba de nuestros jergones sirvió de cortina para la ropería; mientras la de las viejas enaguas blancas, traídas de Marsella, sirvió para la de nuestra pequeña sala de estar, decorada con un sillón, doce sillas y una mesa coronada con una Virgen de yeso. En nuestra comida bebíamos agua, y nuestro Padre había comprado vino que dejamos agriar en el fondo de un armario, por culpa de no saberlo.

Me acuerdo que un día sor Mélanie me pidió comprar una cesta para meter los vasos. Me resistí por mucho tiempo, creyendo que este gasto no era lo suficientemente útil. Finalmente, sin embargo, vencida por su persistencia, compré la famosa cesta, ¡me costó 2,50 francos!

Era mucho para nuestro bolsillo, ¡la mitad de un escudo!... Me acuerdo que este escudo gastado me perseguía durante la noche como un fantasma y que asustada por mi osadía, no podía encontrar la paz sino contando esta acción a mi superior de Marsella.

Nuestro dulce Maestro quería todavía probar nuestro ánimo. La buena sor Mélanie cogió un dolor en el pie que la condenó a permanecer en su silla. Por tanto hizo falta reemplazarla; un día que aclaré la ropa en la bomba de agua me hice daño en los riñones, y fui, también yo, obligada a guardar cama. Durante este tiempo, sor Rosalie lloraba, nuestras pequeñas señoritas se aburrían y Marie, con incesantes lágrimas, pedía cuándo finalizaría nuestra escuela. ¡Pobre niña!, añoraba a su mamá como ella decía en su lenguaje ingenuo, y no quería consolarse. En medio de nuestras penas, las frecuentes cartas de Marsella llegaban para consolarnos y nada puede igualar la bondad y el orgullo paternal con el cual el padre Dassy nos hablaba.

Pero después de estas nubes, el cielo volvió a su serenidad. Nuestras molestias cedieron. Todas se metieron alegremente en la obra. Marie se consolaba y se agarraba tan fuertemente a mí que nadie podía ni entretenerla ni distraerla si me perdía de vista.

Comencé a enseñar a mis pequeñas las nociones de la lectura, del catecismo y una cantidad de pequeñas cosas que les gustaban y las hacían verdaderamente niñas encantadoras. Eran tres: una niña de Baumont de Lámagne, Jeanne Guérin, se había juntado a las otras dos por las atenciones de la señora Laborde.

Un mediodía, estábamos todas trabajando en el jardín, cuando alguien anunció la visita del canónigo Massol, y de otro sacerdote, el canónigo Malhomme. Les llevé los niños, Virginia les hizo la lectura, Joséphine les escribió una frase mecánica y Marie ya pudo recitarles una fábula. Estos buenos sacerdotes eran encantadores; pero nosotras hicimos nuestro recorrido hasta que el señor Massol puso sobre la mesa un montón de cien francos, ¡bellos escudos! Yo creía tener el tesoro de Creso⁴. ¡Cien francos! Pero si era una fortuna. Con esto, tenía que hacer esto, comprar aquella cosa, etc., etc. no sé para cuántos fines estos benditos cien francos fueron empleados en mi imaginación. Estos señores querían visitar la casa; me preguntaron el precio del alquiler, y cuando respondí mil cien francos, el pobre señor Malhomme se fue exclamando en su acento gascón: ¡mil cien francos!, ¡pobres muchachas!...

⁴ *Creso*, rey de Lidia, célebre por sus riquezas. Hombre que posee grandes riquezas.

Pero al día siguiente, él hizo algo mejor que una exclamación, volvió a llamar a nuestra puerta, y me dio para el alquiler una suma de ochenta francos. Había hablado de nosotras a sus hermanos, otro canónigo, el señor St-Paul, que nos dio dos cuadros pintados al óleo que decoraron el salón de la calle Valenciennes, como decoran hoy el de la calle Montplaisir.

Poco a poco fuimos haciendo amigos: la señora Buc, la señora Sertin, la señora Verdaulou, que se dedicaron a nosotras por iniciativa del abate Albouy; además Irma Raynaud y su familia, nuestros buenos vecinos, merecen ver sus nombres unidos al recuerdo de nuestra fundación.

Sin embargo, la autoridad eclesiástica continuó su alta y santa protección. El vicario general, nuestro venerado superior, venía a vernos de vez en cuando y sus agradables visitas levantaban siempre nuestro ánimo. Un día, el 3 de agosto, nos vino a decir que el Arzobispo vendría a vernos a la mañana siguiente. Ya, desde hacía algunos días, esperábamos esta visita. Nos apresuramos a hacer los últimos preparativos. La mañana siguiente a las 9, su Eminencia llamó a nuestra puerta... nos pusimos de rodillas, implorando una bendición que nos parecía sería fecunda para el futuro. El abate de Pons dijo a Monseñor, introduciéndolo en nuestro modesto locutorio: Monseñor, está aquí la más bella pieza de la casa.

Entonces, hice avanzar a Marie, a la que había hecho aprender un pequeño elogio, compuesto para la circunstancia. Es este:

Monseñor,

A nuestros ojos oscuros, Dios arrebató la luz,
no vemos cerca de nosotros, Monseñor,
pero nuestros atentos corazones han reconocido a su Padre,
y este día es un día de verdadera felicidad.
cuando Jacob en otro tiempo, a los hijos
prodigó uno tras otro su amor y su cuidado,
guardó, creemos, la caricia más suave para su último hijo,
el tierno Benjamín.

Por esto, Monseñor, vuestra Eminencia se abaja
hasta nosotras, ¡por desgracia! ¡pobres niñas!...
Vea nuestras frentes alegres, vea nuestro gozo,
lea en nuestro corazón nuestros más cariñosos sentimientos.
Se dice que los niños, la oración ingenua,
agrada al corazón del buen Dios... que Él le bendiga
y no siembre, oh, nuestro bondadoso Padre,
sino flores a su paso, en un largo porvenir.

Su Eminencia estaba muy emocionado, y grandes lágrimas surcaban sus mejillas cuando nuestras cinco niñas se arrodillaron para pedirle su bendición. Yo no sabría decir cómo nos animó aquella bondad de nuestro primer pastor.

He aquí un grano de mostaza, nos dijo, verán que la pequeña planta se convertirá en gran árbol.

¿Esta palabra no parece una profecía?... con frecuencia lo hemos pensado al ver nuestra comunidad y nuestra obra crecer tan rápidamente. Después de salir del locutorio, Monseñor quiso visitar toda la casa. Le mostramos la estancia que destinábamos a convertirse en una capilla. Su Eminencia nos dijo que teníamos que apresurarnos a tener al Maestro en la casa. Nos prometió que nos ayudaría a conseguir las cosas indispensables. Y no fue esta una promesa vana. La misma tarde recibíamos de parte de las Damas del Sagrado Corazón dos ornamentos, la ropa del altar, los vasos y las flores. Monseñor nos mandó eso él mismo, acompañando este producto de su primera colecta con una carta llena de paternales ánimos. A la mañana siguiente, la superiora de las *Damas de Saint-Maur*⁵, a las que Monseñor había hablado de nosotras, nos hicieron una visita, trayéndonos para nuestra capilla: los candelabros, los manteles del altar, ropa, etc., etc.

Esta digna superiora, de la que he guardado un muy buen recuerdo, fue para nosotras de una bondad sin igual, nos invitó a ir a pasar un día a su casa con nuestras niñas. Poco a poco las donaciones fueron llegando.

⁵ La congregación de Hermanas del Niño Jesús (*Congregation des Sœurs de l'Enfant-Jésus*), fue fundada por el religioso francés Nicolás Barré en 1666, en Rouen (Francia). Las religiosas son conocidas como *Hermanas del Niño Jesús de Nicolás Barré* o *Damas de Saint-Maur*, I.J.S.

Muchas otras comunidades de la ciudad nos enviaron objetos para la capilla. Las Damas de Nevers: una lámpara para el santuario, flores, un ribete dorado alrededor del altar, una campanilla para la misa, etc., etc. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, las Damas de la Compasión, de la Misericordia, las Hermanas de la Esperanza, de la Presentación, las Benedictinas enviaron también sus presentes. El abate de Pons quiso hacerse cargo del altar y el canónigo Massol, del tabernáculo. Su piedad le llevó a darnoslo de mármol blanco. La señora del mariscal Niel, a petición del Arzobispo, vino a traernos un copón. Se mostró muy bondadosa, quería visitar toda la casa y nos dejó una buena provisión de frutos confitados y de pastel, deliciosos restos de una cena que ella había dado la víspera, y que nosotras distribuimos a las niñas. Monseñor no nos olvidó nunca. A su Eminencia debemos nuestro cáliz; nos dio también una gran cantidad de ropa de altar.

La divina Providencia había resuelto darnos un apoyo constante y muy útil en estos inicios de nuestra obra. Quiero hablar de la afanosa colaboración que nos prestó durante seis años el buen y venerado coronel Lapeyre que, entró un día en nuestra casa, empujado sin duda por una inspiración divina; y no cesó mientras vivió de ser el protector y el amigo de la Institución y de las hermanas que la dirigían.

Este buen y digno hombre se ocupó con notable afán de procurarnos lo que faltaba todavía para la instalación de nuestra capilla, de modo que el 8 de septiembre de 1866, un día siempre entrañable en nuestros corazones, Jesús tomó posesión de la humilde morada que le habíamos preparado.

Fue el abate de Pons quien, por primera vez, celebró el Santo Sacrificio en nuestra capilla. Todos los bienhechores de la naciente obra estaban allí. El abate Albouy quería él mismo hacer la colecta.

Cuando todos los que nos habían honrado con su presencia hubieron partido, permanecemos solas con el huésped divino. ¡Oh! Aquel delicioso momento en el que nosotras tres, nos fuimos a arrodillar al pie del modesto altar. ¡Cómo sentimos que nuestra casa había cambiado de aspecto! Su pobreza ya no era una pena porque el rey de los Cielos quería compartirla con nosotras. ¡Ah! si tuviéramos dudas de la presencia real de Jesús en el Santo Sacramento, la alegría interior que experimentábamos, este sentimiento íntimo que nos decía que nuestra soledad estaba habitada, habría bastado solo para asegurar la verdad de este dogma, el más sagrado y el más consolador de nuestra fe.

El Arzobispo quiso, en esta época, enviar a todos los curas de su diócesis una circular recomendando nuestra obra, tanto para procurarnos apoyos como alumnos. Nuestro primer Pastor también abrió en Toulouse una suscripción.

Las donaciones continuaban llegando. Una tarde, un bienhechor desconocido dejó a la hermana portera una suma de cuarenta francos y se fue enseguida precipitadamente. Estas atenciones de una Providencia verdaderamente maternal abrían nuestro corazón a las más suaves esperanzas y nos estimulaban a confiar más y más en las atenciones de Aquel que vela por el crecimiento y la conservación del Hisopo (?).

En el mes de septiembre (???), sor Marie-Bouffiers, primera hermana de la comunidad de Marsella, vino a pasar algunos días con nosotras. Los vínculos de afecto fraternal me habían unido, en los primeros tiempos, a esta querida hermana; pero en los dos últimos años de mi estancia en Marsella, las tristes disensiones en todos los puntos habían enfriado nuestro mutuo afecto.

Sin duda, Dios, que me preparaba para ocuparme de las almas, quería persuadirme con la experiencia de la fragilidad y de la inconstancia de los afectos humanos. Esta visita me causó placer, sin duda; pero, porque es verdad, debo decir que desde entonces comprendí desde qué punto de vista se estaban considerando en Marsella los progresos y el éxito de nuestra fundación tolosana. No obstante, una cierta envidia percibía de la buena hermana, pues ella estaba obligada a constatar el buen camino de aquellas que habíamos marchado. Mis presentimientos no me engañaron y pronto, ¡desgraciadamente!, iban a hacerse realidad.

Tras el aviso de nuestro superior, nos tuvimos que dirigir al Consejo General para pedirle una pequeña ayuda. Esta asamblea no creyó tener que concedérmola; se contentaba con darnos su apoyo moral. Era alguna cosa; pero esta no nos hacía más ricas. La ciudad de Toulouse fue muy generosa. Después de haber delegado, junto a nosotras a uno de los miembros del Consejo General, el señor Courtois de Viçose, que se aseguró por sí mismo de lo bien que trabajaba nuestra obra, acordó una ayuda anual de 300 francos ¡qué riqueza esta renta para nosotras que no poseíamos nada!

... la Oficina de beneficencia nos dio también una ayuda mensual de quince marcas⁶ de pan.

⁶ Marca: antigua unidad de peso usada en Tolosa.

La caridad de esta Oficina no disminuyó, y nosotras continuamos recibiendo esta ayuda que fue proporcionándose al número de alumnos. El frío empezó a sentirse: lo vi acercarse con cierto miedo. Las dos niñas de Toulouse no tenían por mantas sino algunas mantillas que nos habían dado y habíamos agregado a las nuestras; para el verano estaba muy bien, ¡pero para el invierno!... y mi mente inquieta repetía sin cesar: ¿qué puedo hacer?, ¿comprarlas?, pero, las mantas de lana, deben ser muy caras, ¿y no tenemos que conservar el dinero para comprar pan?... “Dios mío, -añadí-, ven en mi ayuda”. Esta ayuda no tardó: el abate Tournamille, vicario en St-Nicolás, vino a visitarnos y, al irse, me dijo: “Hermana, puede decirme qué es lo que más necesita, me siento obligado a preguntárselo”. La respuesta no se hizo esperar. Me apresuré a pedirle las mantas y por la tarde, la cama de mis queridas niñas estaba cálidamente cubierta por las atenciones de la dulce Providencia.

El número de alumnos crecía. A finales de diciembre, teníamos ya doce: diez niñas y dos niños. Los primeros días de noviembre fueron para mí un sacrificio real.

La muerte arrebató en la comunidad de Marsella a la hermana que me había reemplazado, hacía falta reemplazarla a su vez, y para ello se echó el ojo en sor Mélanie, mi fiel compañera. Fue para nosotras dos un duro golpe, más sensible de lo que esperábamos. Sor Mélanie, por sus virtudes modestas y su devoción, había conseguido ya las simpatías de Toulouse; partió, llevándose no solo mis recuerdos, sino también la de nuestros niños y amigos.

Para reemplazarla me enviaron a sor Célestine y a sor Rose. ¡Triste elección, las consecuencias de la cual iban a ser tan dolorosas para mí!...

El 8 de diciembre de 1866, tuvimos la oportunidad de celebrar por primera vez en Toulouse la bella fiesta de la Inmaculada Concepción. Nuestra capilla, verdaderamente demasiado pequeña, se había ampliado por el consejo de nuestros superiores y las atenciones del señor Lapeyre. Un joven sacerdote, el abate Vernhette que se ocupaba de nosotras a la espera de que se le diera una plaza, pronunció allí un sermón muy conmovedor, y estábamos muy contentas de poder, yo también, rendir un homenaje un poco más solemne a la Virgen Inmaculada, nuestra Madre.

1867. Comenzaba un nuevo año. De nuevo entraron más alumnos. La pequeña familia crecía, visiblemente bendecida por Dios cuyo ojo paternal velaba por todas nuestras necesidades.

Esta bondad de Dios iba incluso a darnos lo superfluo; y al inicio de año, recibimos tal gran cantidad de dulces que pudimos enviar a Marsella, donde nuestras hermanas y nuestros queridos niños comieron bendiciendo al pueblo de Toulouse.

Pero este mes de enero será siempre memorable para mí, porque es el que me dio aquella cuyo amor y dedicación debían ayudarme a atravesar los días de prueba que me esperaban, y cuyo destino iba a estar desde entonces tan íntimamente vinculado al mío que nada nos podría separar.

La señorita Françoise Lohier vivía en Mohon. Se había puesto en contacto con nosotras a través de un sacerdote de su región que yo había conocido en Marsella. Moviada por el deseo de consagrarse a Dios, a pesar de todas las alegrías de la familia que disfrutaba al lado de una hermana digna completamente de su confianza y afecto, ella deseaba, antes de entrar en el noviciado en Marsella, conocer un poco mejor nuestro género de vida y pasar algunos días conmigo para examinar mejor su vocación. Lo más difícil era obtener de nuestros superiores de Marsella el permiso para recibir a esta joven en nuestra casa de Toulouse.

El buen señor Lapeyre allanó esta dificultad, él mismo se encargó de pedirlo al abate Dassý, como si conociera a la señorita Françoise. Fue el 9 de enero, a las 4 de la tarde, Dios me entregó esta querida alma devota. ¡Oh! Qué admirables son los caminos del buen Dios. Él reunió dos extremos de Francia, dos almas que apenas se conocían. Las enlazó en una serie de dolores y de dificultades inextricables; parece no haberlas llamado sino para hacerlas sufrir; y durante este tiempo allí, su obra se prepara, crece como el grano de trigo, que no germina sino anonadándose y sufriendo el doloroso trabajo de su transformación.

Dije en voz alta que Monseñor nos había autorizado a abrir una suscripción que su misma Eminencia había animado. Esta suscripción, así patrocinada, tuvo más éxito de lo que esperábamos. Nos aportó 3.000 francos. Tuve que informar a mi superior de Marsella de este éxito, preguntándole dónde debía poner esta suma de 3.000 francos, que no podía guardar totalmente en casa. Esta pregunta me costó una respuesta que debió ser la fuente, yo diría, de todas mis penas; pero a estas alturas,

comprendo que la Providencia sacó el mayor bien, no solo para mí; sino para muchas otras almas que llamó para venir a seguirme bajo la bandera de nuestra Madre Inmaculada.

El señor superior me respondió que debía enviarle este dinero, y que a medida y en el modo que tuviéramos necesidad, nos haría envíos parciales. Me autorizó, afortunadamente, a hablar sobre esta cuestión con el coronel Lapeyre, pidiéndole que me prestara su sello para que el nuestro no apareciera en el correo, donde este envío por parte nuestra a Marsella se hubiera podido considerar extraordinario.

El buen señor Lapeyre tomó bastante bien esta comunicación. Pensé que todo iba a quedar entre él y yo. Pero apenas salió, fue a encontrarse con el abate de Pons y le explicó toda la cuestión. El abate de Pons encontró esto un poco fuerte. Se dirigió a la casa para prohibirme enviar nada a Marsella, que respondiera al abate Dassy que él mismo se encargaba de guardar este dinero, el cual, en efecto, al día siguiente pasó a sus manos. Nos pagó el interés y nos remitía poco a poco las sumas que necesitábamos.

Todo esto estaba muy bien; pero ¿cómo seguir adelante para transmitir esta decisión a mi superior sin herir su sensibilidad?... La cuestión era delicada. Oré con ahínco, esperando que el buen Dios me diera fuerza para actuar y valentía para aguantar las consecuencias de mi acción.

Tal como lo había pensado, se sentía profundamente herido en Marsella. Nuestra relación, hasta ahora tan fácil y tan dulce, se volvió molesta y tensa. Sentí que la tormenta estallaría, se aproximaba lentamente; pero cada día aumentaban mis penas. Sin duda, mi poca virtud debió agravarlas y mi forma de actuar descuidó las cosas que habrían podido suavizar los espíritus. Sentía que el amor propio era mi móvil en muchas circunstancias en las que más abnegación por mi parte habría conducido a resultados más felices.

Mientras tanto la obra iba cada vez mejor. El número de alumnos aumentaba. Las ayudas llegaban abundantes, y la Providencia nos cubría más y más de alas maternas. Una dama, al morir, nos dejó 500 francos. Una persona generosa había enviado un tonel de vino. El tonel agotado nos molestaba en el refectorio de los niños. No teníamos bodega. Así que un día dije a sor Rosalie: si alguien viene a buscar este tonel que nos molesta, ¿quizás el buen Dios nos envía otro?

El dulce Maestro me entendió sin duda: hacia las tres del mediodía se llevaron el tonel vacío y a las cinco otra persona generosa lo reemplazaba por otro muy lleno. *¡Deo Gratias!*

Muchas comunidades religiosas querían ver a nuestros pequeños alumnos; nosotras las guiábamos y una generosa limosna era siempre el modo con el que se reflejaba el interés que inspiraban y la ternura que al verlos se adueñaba de todos los corazones.

Desde los primeros meses de nuestra estancia en Toulouse, la madre de Marie, nuestra primera alumna, me dijo que unas religiosas, conocidas entonces con el nombre de *Beguinas*⁷, deseaban vernos, a nosotras así como a nuestros niños. Acogimos con deseo esta piadosa invitación. La superiora de esta comunidad, la reverenda madre Marie-Thérèse de Soubiran nos recibió con una bondad que abrió mi corazón hacia ella, y desde entonces le profesé un afecto muy sincero. Menciono aquí este hecho porque el nombre de la madre de Soubiran se encuentra tristemente mezclado en esta historia.

Si bien estos pocos consuelos me llegaban de fuera, tuve que sufrir mucho a causa de las dos últimas hermanas que me habían enviado de Marsella.

⁷ Las beguinas eran una asociación de mujeres cristianas que dedicaban su vida a la ayuda a los desamparados, enfermos, mujeres, niños y ancianos, y también a labores intelectuales. Organizaban la ayuda a los pobres y a los enfermos en los hospitales, o a los leprosos.

Temo herir la caridad al describir aquí su conducta hacia mí y un sinnúmero de humillaciones que hicieron sufrir a la señora Françoise por mi causa. Dios lo quiso así para el bien de mi alma. No me permitió tampoco encontrar consuelo en este género de penas al lado de mi superior, que cada vez fue más severo conmigo.

El tiempo corría. El mes de agosto había traído de nuevo el tiempo de la celebración de los consejos generales. Tres miembros de los del Alto Garona vinieron, antes de la sesión de apertura, a visitar nuestro establecimiento; parecían muy satisfechos de esta visita y nos dejaron con la esperanza de que esta asamblea querría concedernos algunas becas.

Al día siguiente, el 23 de agosto de 1867, el buen padre Dassý y sor Marie-Bouffiers llegaron a Toulouse. El primero venía a visitarnos como superior general, nada era más justo y, además, según mis deseos. En cuanto a la segunda, ¿en calidad de qué lo acompañaba ella? Eso nunca lo supe. No estaba, que yo sepa, revestida de ninguna autoridad que le confiriera los derechos que le fueron atribuidos en esta circunstancia.

Habíamos hecho todo lo posible para recibir a nuestro buen Padre.

Pero no tuvimos, o más bien, no tuve la suerte de serle agradable. Desde el primer momento, parecía disgustado. Todo, incluso nuestras atenciones, le parecían molestas.

Al día siguiente de su llegada, preparamos una pequeña entrega de premios a la que asistieron los principales bienhechores y amigos más cercanos. Me gusta citar aquí los nombres del canónigo Massol, los abates Albouy, Vernhette, Moulins, etc. Nuestras niñas leyeron, escribieron, cantaron, representaron teatro con el fin de atraer y conmover a todos.

El abate Dassy pronunció un pequeño discurso que fue muy aplaudido. Todos se retiraron felices y llenos de confianza por el futuro de nuestra obra. Pero yo no recibí por parte de mi superior ningún motivo de ánimo, más bien al contrario, él encontró el modo de humillarme profundamente después de la sesión. ¡Qué bella ocasión para mí para practicar la virtud! Pero no supe aprovecharla. Encontré esta desaprobación tan injusta que, lo digo aquí para confesar mis fallos, no supe disimular mi pena y debí ser para las hermanas sujeto de mala edificación.

Al día siguiente el abate Dassy comenzó la visita ordinaria. Todo fue hiriente y humillante para mí, en el fondo y en la forma.

El buen Dios me dio la fuerza para soportarlo sin decir nada. La visita terminó, nuestro superior nos reunió e hizo algunas observaciones. Todas recaían sobre los defectos de mi gobierno. Todas lo habían hecho bien, excepto yo. El resultado de esta visita fue instruido en un registro, por nuestro mismo superior; pero este registro, desgraciadamente, se perdió.

Un retiro de tres días siguió a la visita. La paz estaba muy lejos de nosotras para que este pudiera producir un buen efecto. Me acuerdo todavía de mi tristeza y de mis lágrimas cuando después de una confesión, en la que había sufrido más allá de todo lo imaginable, tuve que ir a cortar el pelo a Françoise que iba a vestir el hábito al día siguiente. Por una bondad, que considero como providencial, el padre Dassý, a pesar de su indisposición contra mí, él mismo y sin que yo hubiera provocado para nada esta medida, deseó dar el hábito religioso a esta querida amiga en Toulouse mismo. Lloramos juntas, y yo admití su valentía. En su lugar, yo no hubiera podido decidir entrar en esta congregación; pero ella era guiada por la mano invisible que quería nuestro bien y el bien de todas vosotras, mis queridas hijas, después de habernos hecho pasar por las más duras pruebas.

Sin embargo el padre Dassý y el señor Lapeyre no pudieron entenderse por mucho tiempo. Desde el primer día, había visto entre los dos algunos choques. Los días siguientes, estos se hicieron más violentos. Si el buen padre Dassý hubiera estado solo en Toulouse, su espíritu de conciliación, su gran virtud, lo hubieran arreglado todo. Yo misma habría sufrido menos, y habría sido más capaz de darle algunos consejos, por el conocimiento que tenía del carácter del señor Lapeyre, que podrían haberle sido útiles. Pero sor Marie estaba allí, haciendo resonar constantemente en los oídos del Padre, que la había puesto a su lado, que no debía ceder ni a esto ni a aquello, etc. Al presenciar estos actos, callé y dejé que se las apañaran. Lamentablemente, nada se desenredó; todo se enredó, pero al contrario, de modo que después de cuatro o cinco días, las relaciones del abate Dassý y del señor Lapeyre se hicieron imposibles y no se despidieron ni incluso a la partida. El gran celo de este valiente militar hizo sombra a la autoridad un poco demasiado celosa de nuestro superior. Si él hubiera tenido paciencia, todo se hubiera arreglado. Yo misma, ofendida y herida por sor Marie, que no tenía ningún derecho a mi obediencia, hice ver al señor Lapeyre que no estaba muy contenta de la manera con la que me había tratado, y esto debió agravar la situación. Yo he prometido decir la verdad, por tanto quiero confesar mis errores.

Después de estos tristes días, partí con el padre Dassy, sor Marie y la pequeña Virginie Givon que regresó a Marsella. Abandoné, no sin gran angustia de corazón, a nuestra querida hermana novicia, que dejé en tan tristes manos. Sor Célestine Gillet tenía que remplazarme durante mi ausencia. En primer lugar iba a pasar quince días con mi familia desde donde yo regresaría a Marsella para asistir a la ceremonia de renovación de los votos.

Debo decir, por ser verdad, que fui recibida con los brazos abiertos por nuestras queridas hermanas y que el padre Dassy y sor Marie parecían haber olvidado por algunos días las penas de Toulouse. Pero la espina estaba muy clavada en mi corazón para que pudiera ser extirpada tan pronto.

Comprendía que ahora mi vida de familia estaba rota y que, tarde o temprano, yo misma rompería con la comunidad. ¿Cómo y con qué medios?... No lo sabía. Pero debo admitir que cuando fui y me arrodillé a los pies de mi superior para pedirle su bendición, tuve un fuerte presentimiento que me aseguraba que esta bendición sería la última que me daría su mano...

¡Ay vanidad de los afectos de aquí abajo! Desde la edad de dieciocho años, había elegido al padre Dassy por guía espiritual. Tenía por él uno de esos afectos filiales que no dejan jamás de remorder porque, todo y ser puro, el elemento natural domina. El Dios del tabernáculo, celoso del corazón de sus esposas, quería el mío sin aleaciones, únicamente Él sabía por qué sufrimientos y sacrificios me debía conducir a buscar solo en él mi consolación y mi esperanza.

Que sea mil veces bendito por haberme desprendido de todo lo que sucede.

¡Oh! La palabra alegre y el alegre canto: ¡solo Dios!...

Al volver a Toulouse, expliqué un plan para una casa proyectada; puesto que el buen señor Lapeyre, movido por su celo que nada detenía, había hecho una petición al consejo municipal de Toulouse, este dirigía sus generosas intenciones hasta dejar 40.000 francos para ayudarnos a construirla. Yo me apresuré a mostrar este plan al abate de Pons que, creo, lo relegó en un rincón.

Pero tenía todavía alguna cosa más que mostrar: el padre Dassy, deseando que solo su nombre apareciera en todos los papeles referentes a la obra me había mostrado su sello. El corazón me latía tan fuerte al presentarla al vicario general; también preví lo que me iba a responder, y también preví la consecuencia para mí en Marsella del rechazo que iba a dar.

No me equivoqué. A la vista de esta firma, el abate de Pons puso su cara más seria y me dijo: ¿el señor Dassy cree que yo no puedo firmar por mí mismo o bien piensa que los asuntos de un Instituto se tratan como los de un negocio?... Reenvíe este sello a Marsella, y diga que yo me encargo de firmar, en mi calidad de superior, todos los asuntos concernientes a la obra.

¿Qué hacer?... tras algunos días de reflexión y previendo qué tormenta se cerniría sobre mi cabeza si no respondía a mi superior, me decidí a escribir y a decir toda la verdad. Lamentablemente, todo sobrepasó mis previsiones, el descontento llegó al colmo; y si bien inocente, soporté más que nadie las tristes consecuencias. Cada carta que llegaba de Marsella era para mí un añadido de sufrimientos, así que cuando abría el buzón, y una de estas misivas llegaba, palidecía incluso antes de haberla leído. Naturalmente, no tenía por qué procurarme a menudo semejantes penas; las cartas se hicieron, pues, raras. Entonces fui acusada de no amar mi congregación y tener en mayor consideración a aquellos que sostenían mi autoridad. Me obligaron por obediencia, en términos muy severos, a escribir quincenalmente.

Mientras tanto, el señor Lapeyre, persiguiendo su idea y queriendo asegurar el futuro de la obra, creó por medio del barón Dulimbert, prefecto de Toulouse, un comité de administración, formado por los hombres más distinguidos y generosos de la ciudad. El abate de Pons fue su presidente, y menciono aquí con justo y agradecido orgullo los nombres de los señores Filhol, alcalde de Toulouse, Faure de St-Lieux, Deyres, Courtois de Viçose y Coutillon de Lacouture. Eso era el apoyo exterior; pero dentro, nada cambió para mí o, más bien, cada día se agravaban mis sufrimientos.

1868. Los alumnos eran cada vez más numerosos y ¿qué tenía yo para hacer frente a las necesidades cada vez mayores?... Sor Célestine aseguraba estar enferma y pasaba el día casi entero en su cama. Sor Rose era la cocinera y me creó por su insubordinación y su poca constancia continuos enfados. Sor Rosalie era una buena hija; pero sin inteligencia y completamente falta de salud. Todo el agotamiento recaía sobre sor Françoise, que se ocupaba de nuestros jóvenes chicos con una atención especial y un éxito que era para mí una

gran consolación, y sobre mí, única encargada de la instrucción de las jóvenes. Todo, por parte de estos queridos niños, iba para mejor. Las Damas del Sagrado Corazón nos habían dado un viejo piano; comencé a dar lecciones de piano a Virginie y lecciones de canto a los demás alumnos, tanto chicos como chicas.

La enfermedad de sor Célestine empeoró hasta tal punto, que tuvimos que rendirnos a sus deseos y pedir su cambio. El Rev. P. Dassy, al que yo había escrito al respecto, me respondió que él la devolvería a Marsella cuando el médico hubiera dado un certificado constatando que el aire de Toulouse le era perjudicial. Tenía, lo confieso, una ansia desmesurada de ver partir a esta hermana; pero, ¿cómo obtener del médico un documento semejante, pues él me había dicho que no le encontraba ningún mal? La divina Providencia me sirvió en esta ocasión como en todas las demás. Encontré en el doctor a un hombre complaciente que, comprendiéndome con media palabra, hizo el certificado solicitado. Así que sor Célestine partió en compañía de una postulante tolosana que envié al noviciado de Marsella. Dos días después me llegó sor Séraphin remplazando a sor Célestine. Era una hermana joven, sin instrucción alguna y sin inteligencia; me la dieron, sin embargo, como capaz de secundarme en todo, y además, como un apoyo y un consejo para mí...

Por desgracia, yo recurrí poco a ella, y pronto, gracias a su sencillez, pude descubrir que tenía que ocupar a mi lado un rol siempre un poco delicado para aquella que debe servirse de él, y doloroso para quien debe sufrirlo. Además, la hermana que había regresado a Marsella echó aceite sobre el fuego con las numerosos informes que hizo sobre mí, y que, obviamente, creyeron sus palabras. También se atrevió a decir que yo había comunicado al señor Lapeyre el acta de la visita, consignada en un registro por mi superior mismo. Escribí para disculparme de estas falsas acusaciones. No sé si fui justificada en el espíritu del abate Dassy. Pero Dios era testimonio de mi inocencia, esto debía serme suficiente.

El momento de la partida para Marsella de nuestra querida sor M-Françoise se aproximaba. Ella era mi única confidente y mi consolación en medio de las penas amargas que soportaba. Sin duda, si hubiera sido más valiente, si hubiera aprovechado mejor todos mis sufrimientos, habría tenido más fuerza para afrontar esta separación; pero debo confesar aquí que parecía el colmo de mis sufrimientos, y me prometí a mí misma hacer todo lo posible para impedirlo.

El buen señor Lapeyre fue de nuevo mi apoyo en esta ocasión.

Él hizo valer al lado de Monseñor y del abate de Pons, la necesidad que teníamos de esta querida hermana para la instrucción de los muchachos. Ellos quisieron entrar a fondo en nuestros puntos de vista. El vicario general dirigió una carta al abate Dassy que, no atreviéndose a prohibir esta prolongación de la estancia, lo aceptó, limitándose a decir que la hermana novicia no haría sus votos antes de pasar seis meses en el noviciado de Marsella. Esta cláusula no nos pareció muy dolorosa. Todo me indicaba que nuestro futuro religioso con la Casa Madre se había roto, y que no podría encontrar ya en el seno de esta congregación la paz y la seguridad necesarias para trabajar para mi santificación. Ignoramos, sor Françoise y yo, los medios que la Providencia nos daría para alcanzar nuestros propósitos; pero a pesar de todo esperábamos hacerlo. El buen Dios, sin duda, permitía esta confianza que nos daba la fuerza para avanzar cada día en este camino cada vez más doloroso.

Como ya he dicho, el número de alumnos había aumentado considerablemente. La pequeña casa de la calle Valenciennes era insuficiente, aunque ya nuestros jóvenes chicos dormían en una pequeña casa cercana. Así que teníamos que pensar en buscar otro lugar esperando

poder edificar una casa, para la construcción de la cual acabábamos de obtener, gracias a la generosidad del consejo municipal, una suma de 40.000 francos. Una vez más fue el señor Lapeyre quien buscó una nueva residencia para aquellos que llamaba: sus queridos ciegos. El abate Dassy a quien había hablado de este proyecto entró solo a medias; yo sabía que a pesar de los inconvenientes que iban a sucederse, él quería comprar la casa de la calle Valenciennes, de modo que siendo propietario del local, lo fuera también de la obra entera. ¿Era este proyecto según el espíritu de Dios? No me corresponde a mí decidir sobre este punto. Lo que yo sé, es que no se realizó.

Encontramos, en la calle Greniers, una antigua fábrica de harina muy extensa; pero en un estado de deterioro y suciedad que me desanimó a primera vista y me acuerdo que viniendo de visitar este local, tenía el corazón tan encogido que no podía parar de llorar. ¡Oh! ¡Si yo tuviera un poco de virtud y de confianza en Dios!

El buen coronel fue más valiente que yo, pensó seriamente en hacer reparar mal que bien este hogar, y decidió con el vicario general que nosotras lo alquilaríamos por tres años, al precio de 1.000 francos al año. Pero el contrato, ¿quién lo firmaría?

No podía pensar sin temor que el abate Dassy quisiera firmarlo ¡él mismo!... Yo no sé si puedo decir que el buen Dios vino en mi ayuda; pues yo no creía que nuestras opiniones fueran lo bastante puras para esto. En fin, en cualquier caso, el propietario se mostró tan apresurado para acabar que pidió que este contrato fuera firmado inmediatamente, bajo la amenaza de romper este negocio. Habiendo tomado el consejo del vicario general, yo firmé. Pero, ¡qué oleaje de cólera me llegaba de Marsella!... los soportaba humillándome ante Dios por la parte que yo podía tener de culpa, pues entreveía que este acto tendría un gran peso en el futuro y no me equivoqué.

Las reparaciones se realizaron rápidamente, y el 2 de julio de 1868, dos años después de nuestra llegada a Toulouse, dejamos nuestra modesta cuna, y pasamos de Belén al Calvario.

Capítulo II

La casa de la calle Greniers

Era de noche cuando el último coche de mudanza nos llevó. Preparamos con rapidez las camas de nuestros niños, y después pensamos en las nuestras, y todos fuimos a descansar porque el cansancio de la jornada lo hacía muy necesario.

La actitud de las hermanas en esta circunstancia fue incomprensible; provocaron mil problemas. Dejando a sor Françoise y a mí todas las molestias y todas las solicitudes. El día de la partida, los coches estaban allí desde las cuatro de la mañana. Nosotras estábamos desde hacía mucho tiempo ya, así como nuestros queridos niños que nos daban un trabajo adicional porque ellos iban a lo desconocido. Y, ¿quién no lo sabe, si no lo ha llevado a cabo, la sobrecarga de una mudanza?... Era nuestro caso.

Nuestros niños también estaban tristes los primeros días, perdidos en esta inmensa casa donde apenas se atrevían a aventurarse algunos pasos. Les llegaban las murmuraciones de las hermanas que les excitaban. Yo sufría tanto en este estado de cosas que mi mente no puede

remitirse a estos días sin que una nube de tristeza envuelva mi alma.

Pero para el niño, las impresiones son cambiantes. Al cabo de algunos días, la alegría regresó. Además, era necesario ocuparse activamente de la bonita fiesta de primera comunión que celebraría el 19 de julio. Este buen día llegó. Seis de nuestros queridos niños fueron admitidos a sentarse a la mesa de los Ángeles. La ceremonia fue de las más entrañables, presidida por el vicario general de Pons, y agrandada por la presencia de un gran número de nuestros bienhechores. El abate Dassy, olvidando un poco su severidad, me envió una hermosa carta que recibimos durante la cena. También todo fue alegría para nosotras, y este día ha permanecido en mis recuerdos como una rosa en medio de las espinas.

A día siguiente, el Arzobispo vino a dar el Sacramento de Confirmación a nuestros nuevos comulgantes. Después de la ceremonia, su Eminencia descendió al salón donde una sociedad de élite lo esperaba y donde fue cumplimentado por uno de nuestros niños más jóvenes.

Pero las alegrías pasaron rápido. En Marsella, me querían mucho y una hermana se permitió escribirme una carta de la última insolencia. Yo tuve que dar parte al abate de Pons, que por entonces estaba ausente de Toulouse, me escribió una carta de lo más paternal y me animó

a la paciencia, diciéndome que si las cosas continuaban de este modo, él me ayudaría a buscar en otra parte la paz que no podía encontrar en una situación como aquella.

El hermano de sor Françoise, el buen padre Lohier, vino en esta época a visitar a su hermana. Le resultaba tan lamentable todo lo que le dijimos sobre nuestros problemas, que expresó formalmente a nuestra querida hermana novicia el deseo de que no se comprometiera con la comunidad de Hermanas de María Inmaculada, y a mí me exhortó mucho a separarme de esta sociedad.

Mi desconcierto era grande. La debilidad de mi carácter me hizo temer llegar a medidas extremas y, por otra parte, mi alma enteramente desprendida por tantas sacudidas de mi familia religiosa sentía que no podía soportar más los vínculos que la retenían.

Ya he dicho que yo profesaba un afecto sincero a la madre Marie-Térèse de Soubiran, superiora de las Hermanas de María Auxiliadora. Así que fui con grandes deseos a confiarle mis penas, y también, con un estado de abandono demasiado ingenuo, le hablé de mis esperanzas.

Quiero creer que esta religiosa actuó con buena intención; pero es cierto que abusó de mi confianza, y que entrevió desde entonces la posibilidad de apropiarse de nuestra obra y de hacerla pasar a su comunidad que vivía en Toulouse sin objetivo claro. En cualquier caso, ella captó mi afecto por la confianza de mi entrega. Ella era muy ayudada por los reverendos padres Jesuitas. Uno de ellos, el reverendo padre Roucanière, que era mi director y en quien yo tenía una gran confianza, entendió perfectamente las intenciones de esta Madre, y sin forzar las cosas, trató sin embargo, de inclinar mi voluntad hacia una reunión con la Sociedad de las Hermanas de María Auxiliadora; pero no tuvo éxito, pues yo sentí siempre una gran repugnancia por esta, a pesar del afecto sincero que tenía con la superiora.

Las cosas estaban llegando a tal punto que era necesario pensar seriamente en separarnos de la comunidad de Marsella. El abate de Pons, después de haberlo consultado con Monseñor, lo cual yo misma viví, y que entendió perfectamente nuestras intenciones, escribió al abate Dassý que, a pesar de la buena disposición que por ambas partes pusieran, era imposible dirigir una obra en una situación de perpetuos conflictos; se comprometió, sin embargo, a retirar a las tres hermanas que había enviado de Marsella, diciéndoles que Monseñor me quería en Toulouse.

En cuanto a sor Françoise, ella solo era novicia, así que era libre de actuar como bien le pareciera.

Yo escribí también a Marsella en el mismo sentido.

Todo esto pasó a finales de agosto, la vigilia de nuestra entrega de premios, que tuvo lugar en las salas de la casa, y que Monseñor quiso presidir él mismo. Su Eminencia hizo todavía más, quiso dirigir algunas palabras de corazón a los asistentes y a los niños.

Yo sentía el corazón gozoso desde que las cartas habían salido para Marsella. Me parecía que una vía nueva se abría ante nosotras y que una vez las tres hermanas habían marchado, íbamos a gozar finalmente de la paz desde hace tanto tiempo deseada. Por desgracia, estábamos solo al principio de nuestras pruebas, estas iban a entrelazarse como una cadena inextricable a la que nada humano debía cortar el nudo.

Apenas las cartas de ruptura llegaron a Marsella, el abate Dassy, no atreviéndose a venir él mismo a Toulouse, delegó en dos hermanas, Marie-Bouffiers y Joseph Roux. Llegaron al día siguiente de la entrega de premios. Me traían una carta desgarradora del abate Dassy. Lo confieso, mi corazón estaba bajo una prensa de la que nada podría devolver su dureza;

pero a pesar de ello mi voluntad permaneció firme y las pocas dudas que yo experimenté no duraron mucho.

Con la llegada de las dos hermanas de Marsella, las otras tres fueron advertidas por estas de lo que pasaba. La casa se convirtió en un verdadero hogar de discordia; no se limitaron a poner el desorden en el interior, sino que trasladaron al exterior sus quejas y sus dolencias. Sus amigos vinieron a verlas, y cada vez que sonaba la puerta, las cinco corrían para saber quién entraba. Yo tenía luchas continuas con sor Marie. Las dos hermanas fueron a ver a Monseñor que las recibió con frialdad.

Pero las cosas iban para largo. Desde hacía cinco días, sufríamos un martirio perpetuo. Al final, no aguanté más, abandoné el lugar y, lo confieso con vergüenza, quería huir de la cruz retirándome a la casa de las Hermanas de María Auxiliadora.

Me equivoqué. Pues con este acto de debilidad, di pie a estas religiosas y a los que las mantenían. Fue cobarde por mi parte exponer así a sor Françoise a soportar sola los malos procedimientos que tuvo que aguantar. Tampoco, puedo pensar en eso sin que el rubor me suba a la cara. Me parece que con la gracia de Dios, me sentiría más fuerte ahora y no huiría más de la cruz de este modo, si mi Maestro me la presentara.

Cuando llegué a la calle Bûchers, la superiora llamó al rector de los Jesuitas, el reverendo padre Giniac, que fue de la opinión de que no se me podía dar hospedaje hasta después de que obtuviera de parte de Monseñor el permiso de dejar momentáneamente la Institución. Así que tuve que dirigirme al arzobispado con sor Françoise, que había venido para explicarme lo que había pasado desde mi partida. Monseñor fue muy bueno, parecía apenado por los problemas que me causaban; pero él quería que yo regresara a mi puesto. Por lo tanto, regresé hacia las seis de la tarde. Pero apenas al día siguiente, sor Marie recibió una carta de Monseñor en la que su Eminencia le decía que tenía que irse de la Institución de Toulouse así como sor Joseph y las tres hermanas marselesas; añadía que una vez se efectuara su marcha, él se entendería con el abate Dassy para las medidas a tomar con el fin de restablecer las cosas de modo conveniente.

Así que las cinco hermanas partieron al día siguiente. Nos parecía poder respirar un poco después de los tristes días que acabábamos de pasar. Permanecimos solas con una joven criada llamada Clotilde, que se había encariñado fuertemente de nosotras y que consentía de buena gana a

unir su destino al nuestro. Una de nuestras jóvenes marselesas, Joséphine Vialla, se había quedado por orden de Monseñor que había prohibido a las hermanas llevársela. Otra joven vino a unirse a nosotras, y las cinco disfrutamos de unos días de reposo.

Pero la cruz no se había alejado. El abate Dassy se dio prisa en escribir al arzobispado; aseguró a Monseñor que yo había hecho voto de estabilidad en la congregación de Marsella. Quiero aquí excusar la intención que hizo divulgar esta falsedad; pero es cierto que yo no hice jamás otros votos en esta congregación que los que hicieron todas las hermanas, es decir, los tres votos anuales de pobreza, de castidad y de obediencia. El abate de Pons me llamó al seminario menor, donde se encontraba con motivo del retiro eclesiástico, y cuando vio con que tono auténtico sostenía la verdad misma, no dudó ni un instante de que se le había querido sorprender, al igual que a Monseñor, a quien dio parte de mis medios de defensa.

Obtuve de Monseñor el permiso para ir a hacer un retiro a casa de las hermanas de María Auxiliadora; solo que su Eminencia me dijo que esperara al 8 de septiembre, día en el que finalizaban mis votos anuales.

La respuesta del vicario general al abate Dassy provocó una nueva tormenta.

Una nueva carta se escribió contra mí; no solo por el abate Dassy, sino también por el abate Guiol, vicario general de Marsella y superior de la comunidad de las Hermanas de María Inmaculada.

El abate de Pons me trajo esta carta que me leyó por completo, por lo menos eso creo yo. Esta contenía cosas tan tristes y tan dolorosas que creí no podía escuchar su lectura sino de rodillas. Solo en esta postura me parecía poder obtener de Dios la fuerza para soportar una pena tan grande. Mi superior estaba tan conmovido que apenas podía terminar la lectura. Después de haberla terminado, me exhortó a ir ante el Santo Sacramento, me dijo que fuera a buscarlo dentro de una hora a la archidiócesis. No dejé de ir, Monseñor fue todavía más paternal conmigo; pero comprendí que desde entonces él estaba decidido a no permitirme intentar sola la obra de una comunidad y que nuestra reunión con las hermanas de María Auxiliadora era algo acordado.

En Marsella escribían carta tras carta, y el buen abate de Pons no se atrevía casi a decirme todo lo que le enviaban de lamentable sobre mí.

¡Ay! Sin duda el buen Maestro quería hacerme expiar de este modo todas mis infidelidades y hacerme más fuerte en la prueba con estos sufrimientos amargos; ¡pero yo era débil entonces! Mi pobre Françoise se olvidaba de ella misma para no pensar sino en mí, o más exactamente nosotras sufríamos la una por la otra sin que nada pudiera mitigar la amargura de nuestro dolor.

Una mañana, recibí del abate Dassy una carta que tenía que ser la última. Me emplazaba en nombre de la obediencia, a volver en veinticuatro horas a la Casa Madre para esperar sus órdenes y el destino que se me daría. Recibí esta carta el 15 de septiembre. Pero yo había renovado mis votos anuales el 8 de septiembre del año precedente. Así que me encontraba liberada, si bien el abate Dassy pretendía que como había asistido a la renovación que se había hecho en Marsella el 24, yo debía contar mis votos desde ese día. Pero yo estaba segura de lo contrario, pues me acuerdo de haber tenido durante esta ceremonia la decisión de que no me obligaba, y que había completado mis obligaciones con las hermanas de Toulouse. El abate de Pons al que mostré esta carta me dijo que no me preocupara y que no respondiera.

Sin embargo, todavía íbamos de vez en cuando a ver a la madre Marie-Thérèse de Soubiran; se mostraba llena de bondades con nosotras, no obstante trataba con sus amigos sustraernos nuestra obra. Nosotras conservábamos todavía un pequeño atisbo de esperanza. Pronto esta nos sería arrebatada. Un domingo por la mañana, fiesta de Nuestra Señora del Rosario, vimos llegar a la madre de Soubiran con su asistente. Ella estaba radiante, me anunció sin preámbulos que Monseñor acababa de confiarle la dirección de la obra de los Jóvenes Ciegos. Este golpe me dejó sin palabra, mis lágrimas por si solas le respondieron. Se retiró bastante decepcionada de la acogida que había recibido. Poco le importó, pues había obtenido sus fines.

Por la tarde, fuimos a verla, y todavía me reprocharé, en esa época, no haber velado más por a mí y haber mostrado mi debilidad que dio la razón a esos que me prestaban servicios ante la autoridad.

El buen abate de Pons estaba muy entristecido por todo lo que pasaba. Escribió a la superiora de las Hermanas de María Auxiliadora que se había apresurado mucho, que debía esperar todavía un poco antes de ejecutar sus proyectos, que Monseñor no había pretendido obligarnos a dejar enseguida la Institución. Al mismo tiempo, me escribió a mí para que levantáramos el ánimo, que segurísimo nosotras no dejaríamos nuestro puesto.

Entre estos intervalos, una joven ya formada en la vida religiosa, la señora Aurélie Picard, vino a unirse a nosotras. Éramos pues, cinco; tuvimos por un instante el parecer de que el buen Dios iba a poner fin a nuestras pruebas. Yo dejé de ir a la calle Bûchers y durante algunos días disfrutamos de una calma aparente.

La vuelta de nuestros alumnos se efectuó en esta época y me acuerdo que todos tenían todavía una sonrisa para festejar santa Hedwige.

Esta debió ser la última. Unos pocos días después, una mañana, el abate de Pons nos vino a anunciar que todo había acabado y que teníamos que coger nuestras posesiones para volver a la comunidad de las Beguinas para hacer nuestro noviciado. Hasta ahora había sido de una bondad y una compasión muy grandes hacia nosotras; pero este día, mostró una gran dureza y una severidad a la que no estábamos acostumbradas. Yo me deshice en lágrimas, y sor Françoise, guardando su sangre fría, no dijo palabra. Entonces, el abate de Pons, dirigiéndose a ella, le dijo:

¡Eh! bien, sor Françoise, ¿usted ha reflexionado? Pienso que hay en qué pensar, Padre mío, respondió ella. Tengo vocación de ser Hermana de la Caridad y no de ser Carmelita.

¿Qué responder a esta palabra tan profunda de justicia y de dolor? El vicario general se calló.

Tratamos de someternos. Pero antes de dejar nuestra querida Institución y de comenzar nuestro noviciado, pedimos la autorización a Monseñor para ir a pasar dos meses con nuestras familias. Esto se nos concedió.

Desde entonces, estas Damas actuaban como propietarias de la obra; venían a menudo, y para que nada faltara a la amargura de nuestro cáliz, tuvimos que iniciarlas nosotras mismas en cosas que ellas deseaban saber.

Agonizábamos y teníamos prisa en finalizar. El 3 de noviembre, a las cinco de la mañana, dejamos esta casa de la calle Greniers donde no habíamos encontrado sino sufrimientos. Algunos de nuestros jóvenes muchachos, escuchando solo su buen corazón, se levantaron, nos esperaron en la puerta para decirnos adiós. Fue un desgarrón más. Algunos minutos después, el vapor nos llevaba lejos de Toulouse.

Capítulo III

El exilio

Después de un viaje triste, doloroso y penoso, llegamos a Bresins donde residía mi familia. El abate Dassy se había cuidado de escribir a mi padre, así que fui de lo más bien acogida por él. Mi estancia con mis padres no fue sino una larga continuación de penas. Yo había pasado por alto lo que padecieron mi buena tía Grand así como mi hermana la religiosa; el tierno afecto de estos dos corazones que sufrieron mucho mis pruebas. La buena sor M-Françoise, agotada por tantos sufrimientos que había querido disimular, cayó enferma, y todo parecía juntarse para abrumarnos de tristezas. Yo había casi pensado acompañarla a la Bretagne donde ella tenía que regresar; pero las cartas del abate de Pons me obligaron a cambiar la decisión. Me limité a acompañarla hasta Lyon. Tuvimos un momento de felicidad; fue el de permitir arrodillarnos a los pies de Nuestra Señora de Fourvière. ¡Oh!, ¡cuántas cosas dijeron nuestros corazones a esta dulce consoladora de los afligidos!...

Teníamos que separarnos. Mi buena y fiel amiga embarcaba al día siguiente hacia la Bretagne; su partida precedía a la mía en una cuantas horas. Yo todavía recuerdo que cuando ella me dejó, fui a rezar a la iglesia de la Caridad. Estaba sola en esta gran ciudad, ni una alma que me conociera, ni un corazón que se pudiera interesar por mí, y si me centraba en mí misma, ni un pensamiento, ni un recuerdo que no fuera doloroso. Françoise me había dejado... ¿volvería a verla?... Recé durante un tiempo largo, el rostro entre mis manos y las lágrimas las inundaban. No sé bien cuánto permanecí así, solo sé que una dama de luto me tocó la espalda y me dijo: hermana, rece por una pobre afligida.

A estas palabras, levanté los ojos y cuando vio mi rostro cubierto de lágrimas, había en el suyo una expresión de amabilidad tal que no pude sino sonreírle, y ella me devolvió su dolorosa sonrisa.

Permanecí algunos días con mi familia. Era necesario, sin embargo, resignarme a retomar el camino de Toulouse. Después de los tristes adioses, dejé a mi anciano padre y me abandoné hacia donde la voluntad de Dios me llamaba. Me acuerdo que este viaje fue tan doloroso que cada vuelta de

rueda del vagón me hacía sentir un suplicio y que sufría un tormento parecido al de una persona tirada en sentido opuesto por cadenas o cuerdas. Todos los que veía pasar me parecían más felices que yo. Ellos, al menos, iban a una meta y yo iba a la muerte de todos mis deseos y de todas mis inclinaciones. La señora Lapeyre me esperaba en la estación de Toulouse. Descendí a casa de su buen padre que, feliz de volver a verme, quería esperar contra toda esperanza que pronto estaría entregada a esos que llamaba sus queridos ciegos. Durante este día vi al Arzobispo, al abate de Pons, al Rvdo. P. Roucanière, y por la tarde la señora Lapeyre me condujo hacia esta casa en la que yo tenía que sufrir tanto.

Fui recibida muy fríamente por la Madre asistente. La madre de Soubiran estaba en Roma desde hacía un mes. Cuando ella se vio en posesión de nuestra obra, se apresuró a ir a esta ciudad para lograr la aprobación o al menos conseguir un *Decreto de Alabanza*⁸ de su congregación.

Mi pena era su satisfacción. Me hicieron compartir la habitación de una hermana coadjutora, para que yo no tuviera la consolación de estar sola por la noche para llorar a mi dicha. Intentaron meterme en retiro:

⁸ Decretum laudis o Decreto de Alabanza.

pero el trastorno en el que estaba no me permitía continuar los ejercicios; creo que si hubiese querido proseguir, hubiera caído gravemente enferma. No podía sino llorar e inundaba de mis lágrimas el libro de los ejercicios de san Ignacio que me dijeron aprendiera de corazón.

No podía hacerme a la idea de que mi pobre Françoise viniera a compartir la vida de dolor que yo seguía; le escribí, sin embargo, una carta desgarradora, diciéndole que no hiciera nada por mí; pero que permaneciera al lado de su buena hermana, si no sentía el coraje de morir a todo eso que hasta ese momento había hecho su felicidad. Pero su alma devota estaba pegada a la mía y teníamos que, según su lema, sufrir y morir juntas.

Así que ella llegó. ¡Lástima!, y su presencia no fue para nosotras sino una pena más. Apenas me permitían verla algunos minutos. Si en una recreación intentábamos encontrarnos cerca la una de la otra, rápido, había la consigna de separarnos. Al día siguiente de su llegada, le quitaron su hábito religioso. La vi despojarse de estas libreas santas, que yo le había revestido en días más felices, aunque tenían ya sus sufrimientos; y durante más de dos meses, permaneció ataviada con un vestido al cual no puedo dar

un nombre, porque no lo había. Ella llevaba su ropa religiosa, una esclavina y un bonete. ¡Pobre Françoise! Ella me dijo en una ocasión, sonriendo a través de sus lágrimas: ¡he expiado mis pecados de vanidad!

¡Oh! Sí, estábamos en la ruta de las expiaciones y nos encontrábamos tan infelices, que un día nos vino el pensamiento de pedir nuestro retorno a Marsella. Quizás hubiésemos sido demasiado imprudentes para realizar este proyecto, si una persona amiga, a quien yo había confiado esta triste intención, no se hubiera apresurado a enviarme un telegrama diciéndome que no hiciese nada. Esta persona se encontraba en el lugar y conocía todas las cosas. Por cierto, el abate Dassy, como yo había presentido, no se mostró generoso y todo se rompió para siempre.

Me reclamaron mi cruz de profesión; la entregué enseguida, otra había allí para remplazarla... y rápido, las cruces nunca me faltaron. El señor Dassy pidió también su correspondencia, y la de sor Marie; pero rechacé entregarlas. Las cartas que me habían mandado me pertenecían sin duda; respondí que las entregaría cuando se me enviaran las mías. Todo se detuvo aquí, y desde entonces no oí hablar más de este sacerdote por el cual yo había sentido tanto afecto y confianza, ni de esta comunidad

en el seno de la cual yo había creído encontrar una vía feliz y santa, dedicándome con todas mis fuerzas a sus más queridos intereses.

Cada día, se hablaba ante nosotras de la Institución y de esos niños que nosotras habíamos recogido y cuidado con tanto afecto. Cuando una nueva postulante entraba, se apresuraban a conducirla a la institución. Estaba allí la mejor joya de su corona, y a nosotras, pobres abandonadas, jamás nadie nos dijo una palabra, jamás nadie tuvo la menor atención para darnos el placer. Apenas un día me dejaron ver unos minutos a las jóvenes de la Institución; en cuanto a la pobre Françoise, le negaron esta misma satisfacción.

Vencidas por tantos sufrimientos, caímos enfermas las dos. Una mañana, Françoise no viéndome aparecer pidió venir a verme; le denegaron duramente este permiso. La medida era el colmo y desde entonces resolvimos, la una y la otra, no proseguir un camino en el cual las espinas ensangrentaban nuestros pies sin que el pensamiento tan consolador de hacer la voluntad de Dios viniera a suavizar la amargura de nuestros dolores. Una repulsión desagradable por aquel género de vida que nos condenaba se apoderó de nuestras almas.

La buena sor Françoise estuvo gravemente enferma, yo iba a verla sin apurarme, y le llevaba todo lo que mi pobreza dejaba en mí poder. Yo estaba en el refectorio y, de este modo si alguna naranja quedaba del desayuno, la cogía, y después de pelarla, en los pequeños aposentos, se la llevaba para refrescar un poco su boca reseca por la fiebre. Este pequeño alivio, servido con mi ternura, le hacía olvidar sus sufrimientos y las castañas que le llevaban para alimentar a una enferma con fiebre.

1869. El viaje de la Madre general a Roma había finalizado. Regresó toda feliz, trayendo para su congregación un Breve laudatorio. Debo decir aquí que el espíritu religioso y el espíritu de caridad eran perfectos en esta comunidad. No habíamos visto sino buenos ejemplos y, excepto nosotras, pobres pájaros caídos del nido, todas eran felices. Cuando la superiora general llegó, le dije que no quería a ningún precio seguir los ejercicios del noviciado, y que no pudiendo decidirme por alguna cosa en el estado de pena en el que estaba, quería volver por un tiempo al mundo. Sor Françoise se dirigió con el mismo lenguaje.

Desde entonces, nos dejaron libres. Me hicieron quitar mi hábito religioso. ¡Hábito tan querido, y que me había costado tantas lágrimas!

Pero no habíamos agotado el cáliz de dolor. La Madre general volvió a hablar de sus decisiones. Acordó que Françoise fuera a pasar un tiempo a Castelnaudary donde estas religiosas tenían una casa, mientras que yo debía permanecer en Toulouse donde fui puesta, por decirlo así, en régimen de incomunicación.

Fue en el mes de febrero cuando mi pobre y querida compañera fue trasladada, y yo no puedo pensar, sin sentir una inexplicable opresión en el corazón, en este momento doloroso en el que, apretándola en mis brazos, tuve que decirle un adiós que no me parecía ser sino el prelude de una separación muy larga; pues yo había exigido a Françoise que si ella no permanecía en esta congregación, se retirara con su buena hermana. Sabía que allí ella sería feliz tanto cuanto ella podía serlo: las dos teníamos que llevarnos a todas partes la amargura de nuestros recuerdos. En cuanto a mí, en este momento no quería regresar con mi familia. Así que había pedido a la Madre general que me buscara una plaza de institutriz en alguna familia. Ella iba a partir hacia Amiens, donde iba a fundar; sin embargo, me prometió llamarme tan pronto como hubiera instalado su comunidad.

Esperando, mis días transcurrían en una tristeza profunda y un aislamiento completo. Mi única consolación era la oración y las largas cartas que nosotras intercambiábamos con mi pobre y querida Françoise que sufría también lejos de mí.

El mes de marzo llegó. ¡Oh! No olvidaré nunca con que consolación practiqué mi mes de san José. A pesar de todos mis dolores, cuando iba a rezar a mi santo protector, sentía el alma inundada de alegría, y una voz interior me decía que esperara. ¿Cuál era el objetivo de esta esperanza? Yo no lo sabía; pero comprendí que el buen santo trabajaba para mí.

La naturaleza estaba tan triste como mi corazón. No me acuerdo de haber visto un mes de marzo tan malo, tan frío, tan tormentoso.

El domingo de Ramos, a la salida de la misa, la Madre asistente me dijo que debía prepararme para partir hacia Amiens el martes siguiente. Antes de dejar Toulouse, quise ir a ver a Françoise a Castelnaudary. A la mañana siguiente, por tanto, a las cinco de la mañana, tomé el tren y a las nueve estaba en sus brazos. ¡Qué reunión! ¡Y qué separación! No le pude dar sino veinticuatro horas, tenía que llegar a Toulouse a mediodía para partir nuevamente a la cuatro.

Pero la dulce Providencia trabajaba, y cuando nos dijimos un doloroso y largo adiós, estaba escrito en los decretos divinos que pronto nos reuniríamos para no volver a separarnos más.

Una decepción me esperaba a mi regreso a Toulouse. La Madre asistente me hizo llamar y me dijo muy secamente que mi viaje se había pospuesto indefinidamente. Me acuerdo que mi pena fue tal que no pude evitar decirle: ¡Oh! Madre, por qué no me lo dijo, hubiera permanecido un poco más de tiempo con Françoise. Pero esta religiosa tenía conmigo un corazón de hierro. La dejé y me encerré en mi habitación donde di curso libre a mis lágrimas.

¿Qué iba a hacer?... ¿Cuánto tiempo tendría que permanecer todavía en esta casa donde sufría un martirio inexplicable?... Mientras mis tristes días pasaban, y yo intentaba en vano resolver estos dolorosos problemas, Dios me preparaba una morada. ¡Qué bueno es, Señor, esperar en vos! ¡Oh!, ¿por qué, pues, no me abandonaba completamente a vuestro soberano querer?

Era el 7 de abril. Estaba en la capilla hacia las tres del mediodía cuando me vienen a decir que la Madre asistente me solicitaba.

Cual no fue mi sorpresa cuando ella me dijo que dos miembros del comité de administración solicitaban hablar conmigo. Nosotras dejamos la Institución, añadió ella, parece que hay quien piensa en ponerlas a ustedes de nuevo. Vaya a hablar a estos señores y vaya con cuidado con lo que hace. Mis piernas temblaban. Después de restablecerme un poco, me dirigí al locutorio donde encontré a los señores Clausade y Deyres que me dijeron que el comité, después de haber obtenido el permiso del Arzobispo, había decidido reemplazar a las Hermanas de María Auxiliadora, cuya vocación no se relacionaba en absoluto con las obligaciones a desempeñar junto a los Jóvenes Ciegos. Reconocí que mi emoción fue grande ante esta proposición; pero no dudé ni un momento. Respondí con calma a estos señores, pues por nada del mundo quería ser causa de disgusto para las religiosas que se ocupaban actualmente de la Institución; pero puesto que se pensaba en reemplazarlas, aceptaba de todo corazón esto que se me ofrecía, contando con la ayuda Dios y la colaboración activa del comité, que me daba en estas circunstancias una tan gran muestra de confianza. Después de esta aceptación, cada uno dio su palabra, ellos de llevarme y yo de ir, y me dejaron.

Antes de decir nada a quien sea que fuese, entré en la capilla. Mi oración fue una acción de gracias. Imagínense, mis niños, el cautivo obtiene la libertad, el exiliado reencuentra sus costas, y ustedes comprenderán cuáles fueron mis palabras.

Fui enseguida a la Madre asistente, le informé de lo que había pasado. Ella me escuchó, impassible como una estatua, y me despidió con estas únicas palabras: ¡Dios quiera que esto no sea los cien días! ¡Pero poco me importaba! Estas apreciaciones no me inquietaron. Sentí en mi corazón una alegría, una consolación igual a las torturas atroces que había soportado. Un solo temor me afligía: era el pensamiento de que quizás las cosas no saldrían bien y que la autoridad eclesiástica engañada de nuevo no quisiera aceptarme, por lo que pospuse hasta al día siguiente, sábado 9 de abril, escribir a mi pobre y querida Françoise. No quería por nada darle una falsa alegría.

Desde entonces, y es fácil comprender, mis relaciones se hicieron muy tensas con las personas de mi entorno; pero esta especie de ostracismo no me causó ninguna pena. La fuente de mi felicidad estaba en mí, y yo pensaba con razón que mi martirio acabaría pronto. El domingo recibí una carta de Françoise.

Esta carta me colmó de alegría: la devoción de mi amiga me estaba asegurada en la vida, en la muerte. Lucharíamos juntas y todo nos sería común. Pero Françoise decía como yo: ¿cuándo será esto? A menudo me acuerdo que no podía permanecer por más tiempo en el lugar, y que el trabajo se escapaba de mis dedos, entonces bajaba al jardín, me paseaba a grandes pasos, enviando a Dios, con el canto de los pájaros y el perfume de las flores primaverales, los impulsos de mi agradecimiento.

Me paseé también el lunes, hacia las cinco de la tarde, era el 11 de abril, cuando me vinieron a buscar, diciéndome que la Madre asistente me solicitaba. Sentí miedo. Y, como un relámpago, la ruina de mis esperanzas pasaba ante mí. ¡Pero, no! La Madre asistente me dijo que acababa de recibir una carta de la Madre general que notificaba a las hermanas que estaban en la Institución evacuarla el mismo día que se recibiera su carta. Así que voy a enviar a buscar un coche y la conduciré allí, me dijo la Madre.

Yo me apresuré a enviar un comunicado a Françoise, pidiéndole partir la misma tarde y llegar a las once de la noche. Hice mis últimos preparativos. Era necesario bajar mi baúl. Mis fuerzas no respondían a mis deseos. Pedí en vano que alguien me ayudara, todas se excusaron...

Finalmente, una buena y generosa muchacha me prestó el último servicio que yo tenía que pedir a estas religiosas, y un cuarto de hora después, andaba por la carretera de la calle Greniers.

Me acuerdo que cuando esta pesada puerta de la comunidad de las Hermanas de María Auxiliadora se cerró tras de mí, me pareció que un peso doloroso desapareció del corazón, y dije por lo bajo a Dios que cualquiera que fuesen las penas que me esperaban, las preferiría a todas aquellas que acababa de soportar.

Un detalle conmovedor. En el instante que subí al coche, una hermana llegó trayéndome un montón de viejas medias, viejas enaguas, y yo creo, viejos pantalones que yo debía entregar a la Institución. Tomé todo este paquete en mis rodillas, y creo que hubiera besado estos queridos andrajos.

Eran las cinco de la tarde cuando la puerta de la Institución se abrió ante mí. Hacía cinco meses y nueve días que la había dejado. ¡Por desgracia! ¡Estos cinco meses me habían parecido cinco siglos!

Capítulo IV

El retorno

11 de abril de 1869. Cuando entré en la casa, casi todas las hermanas la habían dejado ya, no quedaba sino la superiora y una hermana coadjutora. Ellas tenían que pasar la noche, y partir a la mañana siguiente. Mi primera visita fue para el Maestro. ¡Algunas emociones y algunas oraciones! Después me dirigí al salón. No intenté aquella noche ver a los niños, Dios lo permitió, sin duda, para que ninguna nube no viniera a ensombrecer este bonito día.

La superiora fue toda bondad para conmigo; me hizo compañía toda la tarde. Yo estaba con ella, hasta que hacia las once, dos vigorosos golpes de campanilla me avisaron que ¡llegaba Françoise! Esta fue la única palabra que pude decirle. Después de algunos minutos, nos retiramos a nuestra habitación donde la noche pasó entre acción de gracias, charlas y proyectos... ¿Qué no teníamos que decirnos? El pasado, el presente, el futuro, ¡qué mina fecunda!

Pero al día siguiente, tendríamos que encontrar los sufrimientos allá, seguro, donde no lo esperábamos. Cuando fuimos a ver a los jóvenes

muchachos, nos recibieron con arrebatos de alegría; y yo les debo aquí este testimonio: que su agradecimiento y su filial afecto nos emocionaron al máximo. Por desgracia, la medalla tenía que tener su reverso.

Las jóvenes, fascinadas sin duda por todo lo que se les había dicho, nos recibieron fríamente y su ingratitude fue la espina que hizo dolorosos los primeros días que pasamos en medio de ellas. La pobre sor Françoise tuvo que escuchar con sus propios oídos a una niña, a la que había querido y cuidado con un afecto sin igual, quejarse dolorosamente de su regreso a la superiora de las Beguinas que iba a dejarla. Para no volver más a este tema, tan duro en mi corazón, diré rápidamente que después de unos días de paciencia, amonesté severamente a las más culpables, y que el buen Dios nos rindió uno a uno estos corazones que nos habían arrebatado.

A las nueve, el buen coronel Lapeyre llegó. Apareció al final del pasillo; pero no me reconoció con mi vestido seglar. No me di cuenta de esta circunstancia. Me sentí dolorosamente impresionada y me pregunté de dónde podía venir esta frialdad de

aquel que me amó como un padre, y a quien, después de Dios, nosotras debíamos nuestro retorno. Pero para ser sincera y agradecida, debo decir que desde el día de nuestra partida, el señor Lapeyre no había cesado de aspirar en nuestro retorno, y que no perdió una ocasión de avanzar hacia este objetivo. Una vez lo hubo alcanzado, se mostró nuestro entregado protector; y esto en todas las circunstancias. La superiora, después de haber devuelto la llave de la caja y los libros de cuentas en las manos del buen coronel, se apresuró a partir. Me aproximé con sor Françoise, el señor Lapeyre, que entonces nos reconoció; fue el colmo de la alegría, nos animó, nos habló de su felicidad por volver a vernos junto a los niños, objeto de toda su ternura. Después, dejándonos, nos prometió enviarnos una mujer de confianza para ayudarnos y servirnos.

Una vez solas, nos pusimos a la obra. Teníamos que pensar en el desayuno. ¿Qué hacer? Ninguna provisión quedaba y nos encontramos sin nada en esta casa que habíamos dejado tan bien provista de todas las cosas. La pobre sor Françoise fue a la casa del tendero vecino a comprar huevos; nos hicimos una sopa de ajo. Esta fue nuestra cena de retorno.

Después, recorrimos un poco la casa, y quisimos comprobar todas las cosas. Lástima, ¡qué desorden! Era increíble e irreconocible. Los vestidos de los niños estaban hechos jirones, los armarios vacíos o desordenados; los niños cubiertos de miseria, por lo que nosotras no tardamos en compartir con ellos los beneficios de esta molesta sociedad. Pero nuestro ánimo era grande a pesar del inmenso trabajo y las dificultades que entrevimos. Nos pusimos con resolución a la obra. Se compró tela, y se remendó lo viejo. Las provisiones llegaron y pronto nuestros niños, gracias a la entrega generosa de la buena sor Françoise, se deshicieron de los huéspedes incómodos que se habían convertido en su compañía.

Todo, en esta casa, pronto tomó otro aspecto; pero solo Dios vio y contó los actos meritorios realizados por mi dedicada compañera que después de dar la clase, hacía la cena –pues la señora de servicio nos dejaba a mediodía; y además por la tarde, antes de la cena, pasaba revisión de todas las camas, purgándolas de los insectos malignos, y no se metía en la cama, que había hecho muchas veces la víspera o la antevíspera, sino después de asegurarse de que todos podían dormir en paz. Su cama permaneció quince días sin hacerse.

Nos llegó una criada; nosotras también nos procuramos otra joven para los encargos. Las Hermanas de la Esperanza nos dieron una dama entrada en años a la que pudimos confiar de vez en cuando la vigilancia de los chicos. Pero, ¿y el futuro?... Confieso que yo estaba considerándolo con un miedo mezclado de terror. No podíamos seguir con el hábito seglar que llevábamos, pero por otra parte, ¿cómo constituirmos comunidad religiosa? El abate de Pons me había escrito una carta muy correcta; estaba dispuesto a venir a verme; pero Monseñor no estaba del todo dispuesto a nuestro favor, siempre engañado por las mismas personas; no había dado, sino a su pesar, su consentimiento a nuestro retorno, y estaba persuadido –tanto se me había perjudicado ante él– que yo tenía en el carácter una inestabilidad que no me permitiría conservar por mucho tiempo la dirección de la obra. ¿Cómo, en semejante situación, tener esperanza en estos temas? A veces estas inquietudes sobre el futuro se me hacían tan intensas durante la noche, que no pudiendo más, dejaba mi cama para ir a buscar cerca de sor Françoise, más valiente que yo, un alivio a mis penas y a mis desconciertos.

Este hábito seglar que llevábamos nos humillaba y nos afligía hasta el punto que no nos atrevíamos a mostrarnos y que sor Françoise practicaba la abnegación a un alto grado cuando tenía que llevar a los alumnos al paseo. En cuanto a mí, yo no salí ni una sola vez con el vestido seglar.

El buen señor Lapeyre sufría como nosotras por este estado de cosas. Él se lo contó al canónigo Massol, que fue para nosotras, en esta circunstancia, el brazo de la divina Providencia, y por el cual guardamos un eterno agradecimiento. Este digno eclesiástico vino a vernos, nos prometió sondear el terreno ante la autoridad, y obtenernos la gracia de retomar nuestro hábito religioso. Nos recomendó rezar mucho por esta intención, y nos dejó llenas de alegría y de dulce esperanza.

Estas buenas promesas no fueron vanas. Unos días después, regresó, trayéndonos un permiso que, sin ser totalmente acordado, nos permitía retomar nuestras libreas queridas. Con aquel fervor nos pusimos a la obra para confeccionar este querido vestido que nos parecía más bonito que un adorno de reina.

Durante nuestra ausencia y desde nuestro retorno, el abate Reulet había querido de buena gana oírnos en confesión; pero nos vino a decir que no podía continuar este ministerio junto a nosotras. Con apuro nos dirigimos al abate Massol quien consintió encantado a hacernos este servicio, que hizo durante muchos años con gran celo y devoción.

Una joven de la parroquia Saint-Aubin, Catherine Castères, que antes de nuestra partida nos había testimoniado el deseo de entrar en nuestra congregación en Marsella, al enterarse que habíamos regresado a la Institución, solicitó su entrada en nuestra casa. No teníamos derecho a ser exigentes; así que accedimos con mucho gusto a su petición, y su admisión nos pareció un favor de la Providencia. Las consecuencias, es verdad, no respondieron a los tan buenos inicios. Pero siempre debemos agradecer a esta joven el sacrificio que entonces testimonió, y me gusta creer que el Soberano Remunerador mira este recuerdo para recompensarla en los últimos días.

Nuestros preparativos habían terminado. Hervíamos del deseo de revestir el hábito religioso. Esta felicidad la tuvimos un sábado, el 28 de mayo, bajo los auspicios de nuestra buena y tierna Madre María Inmaculada.

Nos acordaremos durante mucho tiempo de la alegría de nuestras almas al ponernos estos santos vestidos; alegría que nos impidió percibir la violenta tormenta que estallaba y el ruido de los truenos que sacudían nuestros cristales. Cuando la calma y la paz están en el interior, que importan las tormentas exteriores.

Parecía que habíamos tomado un nuevo impulso al revestir nuestros queridos hábitos religiosos. Hice un reglamento para los ejercicios, y la pequeña comunidad lo observaba regularmente.

La época de la distribución de premios se aproximaba. Sentimos que este día sería decisivo para nosotras, así que, pusimos todos nuestros sentidos para preparar a nuestros alumnos. Las clases se impartían regularmente y con mucho celo en cada sala, a pesar de que apenas habían pasado dos meses, ya podíamos apreciar los frutos de nuestras penas.

Compuse una pequeña comedia que aprendieron nuestros jóvenes; me ocupé, igualmente, de nuestras queridas jóvenes, y cuando el señor Lapeyre vio que todo estaba tan bien preparado, me propuso hacer esta distribución de premios, con una gran solemnidad, en el Capitolio. Al principio estaba un poco asustada con esta proposición; pero rápidamente, revisando, pensé que el buen Dios, sin duda, había inspirado al señor Lapeyre para nuestro mayor bien.

En efecto, el día llegó; una multitud inmensa llenó la sala; nuestros niños leyeron, escribieron, tocaron el piano, cantaron y representaron la obra de teatro con tanto éxito que los amables barones los aclamaron. Nuestra causa había triunfado; habíamos probado nuestra atención y nuestra inteligencia para la obra que se nos había confiado. Todo había sido hecho por nosotras. Los preparativos, los baúles, los paquetes, asimismo cuando hubimos llevado al último de los alumnos a la estación y entramos en casa, nos caímos de cansancio, y durante dos días nos fue imposible hacer nada, nos parecía no poder mover los brazos. No teníamos ni ánimo para comer.

Para recuperarnos de nuestros cansancios, fuimos a descansar durante cuatro o cinco días a Nuestra Señora de Lourdes; después regresamos para meternos a la obra y prepararlo todo para el regreso de los alumnos.

El buen señor Massol, siempre solícito con nosotras, quiso que nos dedicáramos a redactar nuestra regla; la de Marsella nos la habían vuelto a pedir, no nos quedó ni una. Me prestó con este fin la Regla de san Benito y las Constituciones de las Religiosas Benedictinas, que se prestaron con mucha caridad a esta difusión del espíritu de su bienaventurado Padre. Nos esforzamos, aunque conservando el texto de la Regla, en elaborar unas pequeñas Constituciones relacionadas con nuestro género de vida.

Más tarde, este trabajo fue rehecho, y cambio tras cambio, llegamos a escribir la Regla que practicamos hoy.

Ya en nuestros corazones, nos habíamos vinculado a Dios; pero todavía no habíamos emitido exteriormente ningún voto. Nuestras almas sentían la necesidad de vincularse por una santa fórmula a esta vocación por la que tanto habíamos sufrido. Pero, ¿cómo hacerlo?... Monseñor, siempre prevenido en contra nuestra, sin duda no nos permitiría este acto serio y definitivo. Por otra parte, conociendo sus disposiciones con respecto a nosotras, no tendría el valor de presentarme ante él. El abate Massol volvió a ser nuestro recurso. Él fue nuevamente al abate de Pons, y obtuvo de él que nosotras podíamos hacer en sus manos, puesto que él era nuestro confesor, unos votos que presuntamente él mismo, en caso de necesidad, tendría el poder de dispensarnos. Además obtuvo el permiso de revestir con el hábito religioso a nuestra joven postulante Catherine Castères. Todo esto debía hacerse en secreto y no debía actuar en esta toma de hábito sino para bendecir los vestidos. Esto me hace recordar una circunstancia un poco cómica de la bendición de los nuestros. Como un día yo me quejé al señor Massol de que nuestros hábitos no estaban bendecidos; nos hizo subir, a sor Françoise y a mí, a la capilla,

Nos arrodillamos ante él, y allí, preparado con una pequeña rama de boj, empapado de agua bendita, nos bendijo al mismo tiempo a nosotras y a nuestros vestidos. Pienso que no se podía imaginar una ceremonia más modesta...

Deseábamos prepararnos para nuestros primeros votos con un pequeño retiro. El señor Massol quiso que aprovecháramos el que él predicaba a las Benedictinas, y como el trayecto de nuestra casa a la de estas religiosas era largo, pidió a una anciana señora, la señora Boutoumie, alojarnos en su casa durante los ejercicios. Esta buena señora y su fiel criada, la buena Annette, pusieron todo a punto para recibirnos, de modo que cada día teníamos un festín; por consiguiente yo no os comprometo, hijas mías, cuando estén en retiro, a ir aprender la mortificación a casa de la señora Boutoumie.

El día de la fiesta del Rosario, 2 de octubre de 1869, Catherine fue revestida con nuestro hábito y recibió el nombre de sor Santa Germaine, que le dimos en agradecimiento a este amable santo, cuya protección tanto nos había ayudado en los días malos. Nuestra alegría fue grande al ver a nuestra nueva hermana; parecía allí como las primicias y las muestras de las bendiciones del cielo.

¡Lástima! ¿Por qué es necesario que estos piadosos recuerdos sean oscurecidos bajo una realidad desoladora? ¡Ah! es que le ha faltado la fidelidad, ella no ha servido a Dios con rectitud de corazón, y Dios le ha retirado el tesoro precioso de la vocación religiosa. Tengamos cuidado, mis queridas hijas, y no desperdiciemos los ejemplos.

Al día siguiente, el abate Massol vino a decirnos la misa a nuestra capilla; pronunciamos los votos, en alto, después de la elevación. Jesús los entendió y los ratificó. Es verdaderamente este día, allí, que se pusieron los fundamentos de nuestra querida y bien amada familia religiosa. Después de la misa a la que había asistido el señor Lapeyre, cuya alma rebosaba de alegría, lo invitamos a almorzar junto con el señor Massol, que quiso a su vez que nosotras compartiéramos esta comida, verdadero ágape, de modo que almorzamos los cinco. Bendiciendo a Dios por el presente y esperando en el porvenir.

Unos días después, nuestros alumnos volvieron, y todos se pusieron a trabajar con un santo fervor. Hasta esta época, no tuvimos capellanía; un sacerdote empleado en la dirección de la metrópolis que venía a decir la misa con más o menos regularidad. El señor Lapeyre acabó por encontrarnos uno, el abate Servolles, nacido en la diócesis de Toulouse, pero ordenado sacerdote en la *Sociedad*

de las Misiones Extranjeras, y enviado a Guadalupe, de donde su frágil salud lo forzó a regresar. Estaba sin empleo, y con gozo aceptó nuestra modesta capellanía. No obstante, el abate Massol permaneció como confesor de la pequeña comunidad. Esta disposición nos gustó mucho, pues desde entonces, los oficios podían hacerse, en nuestra capilla, de un modo del todo habitual.

1870. Sin embargo, el Soberano Pontífice, Pío IX, de amada e ilustre memoria, llamó a su lado, para el Concilio, a todos los obispos del mundo. Nuestro Arzobispo, antes de acudir a la invitación del Padre común de los fieles, envió a sus diocesanos una circular de lo más conmovedora, que contenía el adiós a su rebaño y pidiendo para este las bendiciones del cielo en su ausencia.

Nosotras todavía no habíamos visto a nuestro Arzobispo desde nuestra llegada, la circunstancia me pareció favorable para obtener una audiencia. Escribí a Monseñor una carta llena de respeto y de sentimientos filiales que intenté expresar con todo mi empeño. Parece que mi procedimiento le gustó, pues su Eminencia me escribió de su propia mano para decirme que fuera a verlo a la hora que mejor se acomodara con mis ocupaciones. Así que me dirigí al arzobispado con sor M-Françoise.

Monseñor se mostró bueno, quiso bendecirnos; pero había en sus palabras y en el conjunto de su recepción algo frío y reservado que nos dejó una dolorosa y penosa impresión. ¡Lástima! Nuestras penas no habían acabado.

Por entonces, nos metimos en la obra para que los progresos de nuestros alumnos y las dedicaciones que tomamos en su educación hablaran en favor nuestro. Dos profesores ciegos, un joven y una señorita, fueron por entonces admitidos en la Institución para dar las clases de música.

Pronto, por las atenciones del canónigo Massol, una joven entró en casa como postulante. Su salud dejaba mucho que desear; pero nuestras necesidades eran tan apremiantes que nos vimos forzadas a no ser demasiado exigentes a la hora de seleccionar a las personas. Fue revestida con el hábito religioso el Sábado Santo del año 1870 y fue llamada sor Sainte-Anne.

El comité de administración compró en el mes de junio de este mismo año un terreno situado en la calle Montplaisir, para construir una vivienda apropiada a nuestras necesidades. Los trabajos habían sido contratados; a finales del mismo mes, todo hubo concluido para que los fundamentos comenzaran bien pronto.

Entrevimos con gozo la posibilidad de dejar esta triste casa de la calle Greniers, tan fecunda de tristes recuerdos. Pero no habíamos purificado toda la fuente de dolores. Los rumores de guerra circulaban de boca en boca y pronto lloramos los males y las humillaciones de la patria. En estos tristes días, ¿cómo pensar en levantar un nuevo edificio?...

1871. El invierno avanzaba triste y riguroso. Quizás nunca estuvimos más abrumadas. Faltaban los recursos, todos cerraron su bolsa pensando en el futuro. Se había proclamado la república en el mes de septiembre y el horizonte político era tan sombrío que uno no se atrevía a pensar verdaderamente en el día siguiente.

La enfermedad se unió a nuestras otras tristezas. Nuestra querida sor Sainte-Anne se acostó para no levantarse más, y después de quince días de enfermedad, sucumbió, sin que yo tuviera el consuelo de cerrarle los ojos, estando yo misma en la cama con una bronquitis muy grave. Esta muerte restringió a tres nuestro número, y todavía, entre estas tres, una se mostraba a veces muy poco a su deber, por lo que no podíamos contar mucho con ella. Teníamos también una postulante, pobre hija que nuestra confianza en su protector nos había hecho recibir a pesar de nuestras repugnancias, y que pagó pronto con la ingratitud nuestra muy fácil hospitalidad.

Mientras tanto, la buena madre Marie-Françoise se multiplicaba, todos los niños se resfriaron, ella misma se vio afectada sin que nada disminuyera su activa caridad. Levantándose la primera, no se rendía sino a una hora muy avanzada de la noche. También, cuando alguna vez yo me pongo a considerar estas minusvalías precoces, siento que mi corazón se oprime pensando que son el fruto de las muchas fatigas que ella soportó entonces; pero el Gran Remunerador las ha contado sin duda, y reserva para la eternidad la recompensa debida a las almas fieles y devotas.

He dicho anteriormente una palabra de una postulante, triste regalo de un santo sacerdote, que no teniendo en cuenta sino el bien de esta alma descarriada, no valoró lo suficiente, ocultándonos su pasado, las consecuencias funestas que su entrada nos supondría. En efecto, esta joven, que había salido ya de seis comunidades, no pensaba en otra cosa más que en corromper a nuestro profesor de música, joven buen hombre, ¡digno de una mejor suerte! si la divina Providencia no hubiera venido en nuestro socorro enviando la muerte para detener una intriga, de la que las culpas consecuentes habrían cubierto de barro nuestra pobre y frágil construcción. ¡Lástima! No era necesario tanto para darnos muerte.

El señor Fraysse, el joven profesor, fue llevado por una enfermedad de pocos días. Nos apresuramos rápidamente a despedir a esta infeliz que, en su cólera, soltó sobre nosotras la culpa y la calumnia. Pero poco importaba, nuestra conciencia no nos reprochaba nada, fue fácil justificarnos de estas imputaciones calumniosas, al lado de nuestro superior al que ella había querido prevenir contra nosotras.

En París se había proclamado la *Comuna*⁹. Los ruidos de muerte llegaban hasta nosotras. Las víctimas se amontonaban bajo las balas de los revolucionarios, y nosotras llorábamos el traspaso de los santos mártires. Para nuestra ciudad también eran días nefastos, la Semana Santa pasó entre alarmas. Tuvimos mucho miedo, hasta que la noticia de la entrada de las tropas francesas en París restableció el orden. Nosotras pudimos, a pesar de tantas penas, cantar todavía un poco alegremente el aleluya.

Teníamos desde hacía más de un año, en calidad de cocinera, a una joven piadosa y devota que se encariñó de nosotras y nos pidió con solicitud ser admitirla al noviciado. Después de tener en cuenta el consejo de nuestro superior, consentimos a sus deseos.

⁹ La Comuna de París (*la Commune de Paris*) fue un breve movimiento insurreccional que gobernó la ciudad de París del 18 de marzo al 28 de mayo de 1871, instaurando un proyecto político popular.

Comenzó su noviciado, y el 3 de mayo, fiesta de la exaltación de la Santa Cruz, recibió el hábito religioso de nuestras hermanas coadjutoras con el nombre de sor Sainte-Marie. Fueron las primicias de esta rama de nuestra querida familia religiosa, sobre la que el Corazón de Jesús querrá difundir sus gracias escogidas, y sus favores íntimos, con tal que fieles a seguir la santa vía de la humildad y de la obediencia, estas queridas hermanas sean las fervientes custodias del espíritu de nuestra querida Sociedad.

Nuestro noviciado, por entonces, se pobló muy lentamente. Nada nos era favorable ni dentro ni fuera. Pero el ojo del Maestro velaba su flaca tropa y enviaba poco a poco un pequeño refuerzo. El 4 de junio, fiesta de la Santa Trinidad, fue admitida una nueva postulante, Pauline Pradel, que se convirtió el 20 de septiembre siguiente en sor St-Joseph.

Cuando el horizonte político se fue serenando un poco, volvimos el corazón a la construcción del nuevo local, y ya previmos que hacia el mes de septiembre podríamos ir a habitarlo. Nuestras vacaciones este año pasaron, por tanto, preparando nuestra mudanza, que se realizó los últimos días de dicho mes.

El 28, un sacerdote del seminario, en ausencia de nuestro capellán, vino a celebrar el Santo Sacrificio en nuestra pequeña capilla, y consumir las santas especies. ¡Jesús dejó ante nosotras su modesta morada! ¡Pero nuestros corazones se emocionaron durante esta misa! Que haz de recuerdos, dolorosos y consoladores al mismo tiempo, se alzaban ante los ojos de nuestra alma. ¡Ah! Habíamos sufrido tanto a los pies de este tabernáculo; pero el Maestro había residido siempre para sostenernos y consolarnos. Allí, habíamos visto bendecir nuestros hábitos religiosos, allí sobre todo habíamos pronunciado nuestros primeros votos. También nuestras lágrimas corrían silenciosas y dulces con el pensamiento en la Misericordia de nuestro Dios.

Finalmente, el 30 de septiembre, a las ocho de la tarde, fui a buscar a sor Françoise, que, estaba sola, se había encargado de cerrarlo todo. Recorrimos todavía una vez más las dos esta casa testimonio de tantas emociones para nosotras. Después, tras un último adiós, dejamos estos lugares que habían sido nuestro doloroso calvario, sobre el cual nuestras almas habían dado a luz nuestra querida familia religiosa en el sufrimiento y en las lágrimas.

Capítulo V

La casa de la calle Montplaisir

La fiesta de Nuestra Señora del Rosario fue el primer día que pasamos en nuestra nueva vivienda. Todo no fue de color rosa en los inicios. En primer lugar sor M-Françoise cayó enferma y durante quince días tuvo que guardar cama o habitación. La casa estaba llena de obreros. Nada estaba acabado, tuvimos que amontonar todas las cosas en dos o tres habitaciones, de modo que para encontrar lo más insignificante teníamos que meterlo todo patas arriba. Se blanquearon las paredes y se pusieron las ventanas, así que tuvimos que dormir en habitaciones húmedas y abiertas a todos los vientos. La nueva casa no tenía todavía puerta de entrada, por lo que estábamos completamente a la guardia de la divina Providencia. ¿Qué más dulce Égida¹⁰? Por tanto, no teníamos el más mínimo miedo.

Nuestro primer pensamiento era acabar la sala que tenía que servir, provisionalmente, de capilla. Nos apresuramos, y el domingo 8 de octubre, el abate de Pons pudo venir a celebrar la santa misa en un santuario todavía muy modesto, pero que nosotras considerábamos bueno en comparación del que habíamos tenido hasta ese día.

¹⁰ Piel de la cabra Amaltea, adornada con la cabeza de Medusa, que servía de coraza o escudo a Júpiter y a Minerva.

He aquí que Jesús volvió a ser nuevamente nuestro huésped divino, y se inmoló de nuevo sobre el pequeño altar que adornaba ya la capilla de la calle Valenciennes. El buen Maestro seguía a su pequeña colonia en todas sus etapas, y se ponía de este modo al frente, como la nube luminosa delante, para guiarla en el camino de la perfección.

En este momento se admitieron dos nuevas postulantes: Joséphine Doméjeau y Marie-Borès. Una tercera entró también en esta época, Appolonie Sent, hermana de uno de nuestros alumnos, tomó el hábito religioso con el nombre de sor Sainte-Agnès, pero no perseveró.

1871. El invierno fue muy riguroso este año 1871. Nuestros cristales, que no estaban protegidos por postigos, estallaron con la escarcha, y sin embargo, por una suave protección del buen Maestro, nadie se resfrió. En verdad, debo decir, que Dios nos guarda y nos guardó bien.

1872. El 2 de febrero, Joséphine Doméjeau fue revestida con el hábito religioso y recibió el nombre de sor Marie-Thérèse. En estas circunstancias empezamos a dar un poco de solemnidad a nuestras ceremonias de toma de hábito. Nuestras jóvenes, formadas por la señora Amélie Betsy, su profesora, joven alumna de la Institución de París, cantaron con mucha piedad y gusto los más bellos cantos para esta ocasión. Debido a esta particularidad, esta toma de hábito ha permanecido como un dulce recuerdo.

En el mes de abril de este año el buen Dios llamó para sí al buen señor Lapeyre. El ataque de parálisis que sufrió en nuestra propia casa fue el que se lo llevó. Comprendí que desde entonces todo había acabado para él. En efecto, se sintió afectado el 18 de marzo, perdió casi inmediatamente el habla, y el 5 de abril, abandonó a Dios su alma santificada por las buenas obras y la caridad.

Perdimos, ciertamente, a un insigne bienhechor, cuyo corazón era particularmente devoto a las hermanas que levantaban a sus queridos ciegos –como él decía–. Pero la razón misma de su abnegación, se sentía a veces responsable, y su presencia habían afectado mucho al desarrollo de nuestra familia religiosa. El buen Maestro se lo llevó de este mundo en el momento oportuno, y después de haberle dado la consolación de ver la obra a la que se había consagrado fortalecerse e instalarse finalmente en una casa estable y que le pertenecía.

Llamaron para remplazarlo como director de la Institución al señor Deyres, consejero en el tribunal de apelación. Esta elección fue para nosotras la más feliz. Nuestro director actual une a una gran caridad un carácter y un espíritu elevados. Ve las cosas en grande, y deja,

a quienes tienen el cuidado de los detalles, una gran libertad de acción. 1872. El mes de mayo de 1872 vino marcado por la profesión de nuestra querida sor Sainte-Marie y por la entrada de dos nuevas postulantes: Marie-Barraux de Villefranche de Rouergue y Léocadie Régals, educadas en las Hermanas de la Presentación de nuestra ciudad. La primera de estas dos jóvenes no perseveró. Su carácter entero e irregular no pudo adaptarse a las observancias religiosas. En cuanto a la segunda, Dios solo nos la quiso mostrar, y la llamó para sí en el momento en que empezábamos a fundar sobre ella las más dulces esperanzas.

Pero de las nuevas ovejas que llegaban al redil del divino Pastor, hubo una, que por sus infidelidades voluntarias y repetidas, mereció ser excluida. Fue imposible tolerar por más tiempo la conducta irregular y desviada de nuestra sor St-Germaine. Esta conducta podía tener tristes consecuencias para nuestras novicias y nuestras postulantes. Así que, después de aconsejarnos por el vicario general, la obligamos a retirarse. Mi angustia en el corazón fue grande cuando tuve que sacar a esta pobre infiel este vestido religioso que yo le había dado con tanto gozo y esperanza, cuando la consideré como ¡la primera flor que brotaba en nuestro árbol escogido! ¡Triste ejemplo! a quien, como he dicho anteriormente, debe ayudarnos a

correr generosamente la carrera a la que hemos sido llamadas por Dios mismo.

El 29 del mes de junio siguiente, nuestra postulante Marie-Borès se revistió con el hábito religioso y tomó el bonito nombre de sor St-Augustin. Una nueva ceremonia tuvo lugar el 19 de septiembre para nuestra querida Léocadie Régals que se convirtió ese día en sor Marie-Gonzague. En fin, el 27 de diciembre, finalizamos este año de gracia con la ceremonia de los votos de nuestra sor St-Joseph.

Al finalizar este mismo año 1872, una anciana señora, la señora Céleste Lesueur, había hecho junto a nosotras los más brillantes pasos para ser admitida como postulante. Cedimos. Los comienzos fueron magníficos; pero ¡lástima! ¿Quién creería que la inconstancia pudiese también ser compartida con una cabeza coronada de cabellos blancos?... todo cayó tan en picado, que tuvimos que pedir a esta buena señora rehacer sus paquetes e ir a entregar a otro lugar su espíritu embrollado y desordenado.

1873. El 9 de febrero de 1873, nuestra querida sor M-Thérèse fue admitida a la profesión. Es la última ceremonia de este género que se hizo en esta pequeña capilla, primera etapa del Dios de amor en esta casa.

El comité de administración había decretado la construcción de una capilla; se pusieron a la obra, y el mes de febrero de 1873,

esta blanca capilla fue bendecida por el Arzobispo asistido por el obispo de Agen, que quiso en esta ocasión, concurrir con su presencia en la solemnidad de la fiesta. He aquí lo que leo sobre este asunto en los anales del Instituto.

«Este día es uno de los días más bonitos de entre todos los bonitos de nuestra Institución. Esta mañana, nuestra nueva campana con su voz fresca y sonora, ha anunciado a la ciudad de Toulouse que un nuevo templo iba a consagrarse al Señor. Nuestro Arzobispo, ha querido bendecir él mismo nuestra capilla, monseñor de Outremont, obispo de Agen, invitado por el Director, que no ha creído que dejaba a su diócesis por venir a unirse a la felicidad y al esplendor de la fiesta. Él es quien ha celebrado el Santo Sacrificio de la misa, antes de la cual el R.P. Candeloup, de la Compañía de Jesús, ha pronunciado un excelente y bello discurso. Se habían repartido muchas invitaciones, y, una multitud numerosa asistió a esta bella ceremonia. Después de la misa, nuestros señores, los Prelados, regresaron al salón donde se encontraban reunidos nuestros bienhechores y la comunidad. Una de nuestras alumnas, Marie Courdy, ha elogiado así a los obispos:

«Monseñor,

¿Cómo expresar a su Eminencia los sentimientos de alegría y las deliciosas emociones que llenan en este momento nuestros jóvenes corazones? Finalmente, hemos visto resplandecer este día que nuestros deseos pedían desde hace mucho tiempo; este día que desde la cuna de nuestra querida Institución, pedíamos como realización de nuestra más dulce esperanza. A partir de ahora, el Dios vivo tendrá su tabernáculo entre nosotros, y el que ha dicho: yo soy la luz del mundo, viene a habitar entre sus niños para iluminar sus tinieblas y alegrar su juventud.

Ya los ecos del nuevo templo han repetido nuestros himnos gozosos y nuestros cantos de júbilo. Nuestras primeras acciones de gracias han sido para el buen Dios; pero las segundas no serán dirigidas sino a usted, Monseñor, que con su paternal solicitud sabe tomar parte en todas nuestras alegrías y las bendice.

Así que, gracias, Monseñor, a la sombra de su protección nuestra obra se engrandece y prospera. Gracias a estos sabios administradores cuyo celo es hoy tan piadosamente recompensado. Gracias, por tanto, a nuestros queridos bienhechores que han venido a compartir nuestra alegría que aumentan participando.

Y a usted, Monseñor, -que ha querido dejar por unos instantes su diócesis para venir-, por su presencia, que resalta el resplandor de nuestra fiesta, permítanos dirigirle nuestro más sincero

agradecimiento, y crea que su nombre y su recuerdo estarán siempre unidos al de uno de los días más bellos de nuestra vida.»

Por la tarde, monseñor de Agen ha querido regresar para presidir las vísperas, después de las cuales ha subido al púlpito, y allí, durante casi una hora, ha tenido a su auditorio pendiente de sus labios, por el encanto de sus palabras, expresando los más delicados pensamientos. En fin, se ha ido dejándonos en nuestros corazones un recuerdo tan dulce que se parecía a un perfume.»

Desde ahora el Dios bueno, el Maestro de todas las cosas, poseía una morada especial, y los ejercicios religiosos y públicos podrían, en adelante, hacerse con holgura y solemnidad.

En el mes de abril, el Rvdo. P. Lohier, misionero Eudista y hermano de nuestra querida sor Marie-Françoise, nos mandó dos postulantes bretonas. Vimos con placer a las dos bretonas emprender el camino de Toulouse. En general, fueron buenas y fervientes religiosas, herederas de la fe y de la piedad de sus antepasados. Sin embargo, una de las dos sintió repugnancia; ella no pudo olvidar su pueblo y la casa de su padre y dejó a su compañera, Marie-Rose Chérou, que gozó sola de las ventajas prometidas por Dios a quienes lo dejan todo por su amor.

El 16 de julio, vestimos a Marie-Barrau el hábito religioso. Recibió el nombre de sor M-Eulalie.

Pronto tuve razones para arrepentirme de la mucha confianza que había puesto en las promesas engañosas de esta chica que ya llevaba quince meses de postulante. Nuestras hermanas se oponían a su admisión. No me rendí a sus avisos, y mal me fue, pues en el mes de septiembre siguiente, al término de un retiro cuyas gracias no habían podido tocar esta alma demasiado llena de sí misma, tuve que despedirla.

Pero Jesús quiso consolarnos con la admisión sucesiva de más postulantes, cuya entrada nos hizo concebir dulces esperanzas. Casi todas están todavía entre nosotras, y yo quiero creer que cada vez más fieles, ellas serán dignas de la sublime vocación a la que Dios las ha llamado. Marguerite Lafitou, Marie Bergès, Françoise Reyvérand, Marie-Doucet, Stéphanie Périol, Baptistine Sabatié, Euphrasie Sudres fueron admitidas a su prueba durante los meses de agosto, de septiembre y de octubre. Esta última es una de nuestras antiguas alumnas; ella creyó no poder hacer nada mejor, para demostrar a Dios y a las que cuidaron de ella en su juventud, su amor y su agradecimiento, que consagrarse a Dios en calidad de esposa y de hacer participar a sus hermanas de infortunio el beneficio de la educación que ella había recibido aquí, consagrándole los pequeños talentos que ella había adquirido con un trabajo perseverante.

Por primera vez, el mes de octubre de 1873, hicimos un retiro en la comunidad. Fue el Rvdo. P. Valette de la Compañía de Jesús, quien fue el primer Apóstol de nuestra familia religiosa. Nosotras le guardamos un gran agradecimiento, y ahora, que también ha perdido la vista, sentimos un vínculo agradable que nos hace participar de su pena.

El día del cierre de este retiro renovamos nuestros votos y nuestras queridas hermanas M-Gonzague y St-Augustin pronunciaron los suyos, mientras que Rose Chérou fue revestida con el hábito religioso y recibió el nombre de sor M-Marthe.

El noviciado estaba haciéndose muy numeroso. Por otro lado, mis ocupaciones siempre en aumento no me permitían dar una parte suficientemente grande de mi tiempo a esta querida porción de la familia. Decidí, entonces, después del consejo del señor nuestro superior, confiar el cargo de Maestra de novicias a nuestra querida sor Marie-Françoise. Esta buena hermana tuvo que agachar la cabeza a la carga que le imponía la obediencia. Se asignó una sala para los ejercicios del noviciado y desde entonces todo se realizaba muy regularmente en este pequeño grupo que, bajo esta firme y sabia batuta, hizo verdaderos progresos en el espíritu religioso.

El número de hermanas crecía, teníamos que pensar seriamente en presentar nuestras Reglas a la autoridad eclesiástica.

Una vez las hubimos retocado y preparado lo mejor que pudimos, las remití al abate de Pons que me prometió examinarlas, y presentarlas él mismo para la aprobación de Monseñor.

1874. En el mes de enero de 1874, su Eminencia vino a hacernos su día de visita anual. Esta visita fue como un rayo de esperanza. Después de hablar a nuestros alumnos, se volvió hacia nuestras queridas postulantes y les dirigió unas paternales palabras sobre la necesidad de trabajar para su perfección. Unos días después, supe por el abate Moulins, nuestro capellán, que Monseñor estaba muy impresionado de esta visita, y que estaba contento de nuestros esfuerzos. El señor Moulins añadió más bajo: creo incluso que su Eminencia quiere darles una sorpresa dándoles muy pronto la aprobación de sus Reglas. ¡Ay! Tenía que adquirir con muchas lágrimas y humillaciones esta aprobación tan deseada y tan necesaria para nuestra existencia religiosa.

El 2 de febrero de este año, Marguerite Lafitan tomó el santo hábito y recibió el buen nombre de sor M-Stanislas. En el mes de mayo siguiente, otras cinco postulantes vistieron el hábito de las hermanas de la Inmaculada Concepción: Marie-Doucet, que se convirtió en sor M-Élisabeth, Euphrasie Sudres a la que llamamos sor Marguerite Marie, Marie Périol que recibió el nombre de sor M-Célestin, Marie-Bergès, el de sor M-Louise, y Françoise Reyverand tenía a santa Germaine por patrona.

Fue un bonito día para nuestra comunidad cuando vi a estas cinco jóvenes arrodilladas, emocionadas ante mí, pidiendo el favor de entrar en nuestra familia. Una de ellas, Marie Sabatié, faltó a la llamada, razones de prudencia nos hicieron aplazar su admisión.

Dos de estas últimas postulantes recibieron el hábito de hermanas coadjutoras. El demonio, que no pide sino perder las almas, sopló el espíritu de orgullo en una de estas queridas hijas. Ella pensó que se le hizo una injusticia no admitiéndola en otro rango. No contenta de murmurar en su corazón, incitó una especie de pequeña revuelta entre sus compañeras. Algunas de ellas tuvieron la virtud y la sabiduría de no mezclarse en esta ridícula manifestación cuyo resultado fue la pena causada en el Corazón de Jesús y en los superiores. El abate de Pons informó de ello, envió para las culpables una severa admonición, y pronto todo volvió a la calma, al menos exterior. En cuanto al interior, es Dios quien lo juzga. Pero me gusta repetirlo aquí para consolación de mis queridas hijas, las hermanas coadjutoras: nadie más que ellas serán amadas de Jesús y de sus superiores desde el mismo instante que ellas abrazarán con un gran espíritu de humildad y de fervor el rango donde la Providencia las ha puesto. Dios ama al que se abaja, dijo el amado san Francisco de Sales, y la pequeñez aceptada, siempre es muy agradable.

En el mes de marzo siguiente, el abate de Pons hizo, por petición mía, la visita canónica; se quedó muy satisfecho. Fue después de esta visita que nombró dos consejeras, nuestras queridas hermanas Marie-Gonzague Régals y Marie-Thérèse Doméjeau. Desde entonces, tenemos regularmente todos los meses el consejo.

La aprobación de nuestras Reglas era siempre el objeto de nuestros vivos deseos. El abate de Pons no me decía nada, así que decidí ir yo misma a ver a Monseñor para hablar. Aproveché la necesidad que tenía de verlo por el tema del cambio de nuestro confesor extraordinario. No sé por qué, pero me sentía llena de confianza y de valentía al ir a hacer este trámite. Desde el principio, Monseñor fue muy severo. Comencé a hablarle del asunto del confesor; apenas me dejó acabar y me dijo:

«Ustedes no son religiosas, ustedes no necesitan un confesor extraordinario.»

Estas palabras me traspasaron el corazón, a pesar de todo me contuve, y le respondí: «Monseñor, no tenemos más que un deseo, el de serlo verdaderamente y ¿no le toca sino a su Eminencia que así lo sea?

- Y ¿cómo quiere usted que yo lo haga, prosiguió diciendo, si no reconozco en usted ninguna de las cualidades necesarias en una fundadora?»

A estas palabras, me puse de rodillas y me humillé profundamente ante Dios diciéndole que mi obispo tenía mucha razón. Volví enseguida:

«Monseñor, estoy perfectamente de acuerdo con usted; pero como no es justo que mis hermanas sean las víctimas de mi poca virtud, yo suplico humildemente a su Eminencia que quiera poner a otra superiora en mi lugar.»

No me respondió a esto. Después de hacerme el signo de levantarme, me dijo que volviera a remitirle el libro de nuestras Reglas, que las iba a examinar; «pero, -añadió-, no serán aprobadas rápidamente, esperen para largo.»

Me retiré después de haber implorado la bendición de aquel que el buen Dios se servía para mi salvación, puesto que él me probó muy fuertemente. Supe que esa misma tarde escribió, de su propia mano, al religioso que yo le había indicado para confesor de la comunidad en los cuatro tiempos, y que él mismo pidió el libro de nuestras Reglas al abate de Pons.

Saliendo del arzobispado, entré en St-Étienne, y allí, mis lágrimas me tranquilizaron, de modo que cuando fui a informar de todo esto a la buena sor M-Françoise, ya había recuperado el ánimo pensando que el camino de la humillación es el mejor, y que el buen Dios haría bien su obra si encontraba en nosotras las virtudes que hacen a las buenas religiosas.

En el mes de septiembre siguiente, el retiro de la comunidad fue predicado por el Rvdo. P. Noguès, misionero de la Inmaculada Concepción.

Dos postulantes nos llegaron en el mes de octubre: Eugénie Frédérich y Amélie Becq, profesora de música en la Institución desde hacía más de tres años. La decisión de esta última no fue, sin duda, lo bastante firme, pues dejó el postulantedo. Pero Dios que quería esta alma toda suya, no le dio descanso hasta que no hubo reparado su primera infidelidad. El Esposo la llamó dos veces, debemos creer, pues, que Él le pide una doble fidelidad.

El 4 de noviembre, nuestra querida sor Marie-Marthe hizo sus votos bajo la protección de san Carlos Borromeo. El 21 del mismo mes, Marie Sabatié era revestida del santo hábito y recibía el nombre de sor Marie-Gabrielle.

1875. En el mes de mayo de 1875 tuvo lugar la toma de hábito de Eugénie Frédérich, le dimos el nombre de sor M-Philomène. Por primera vez, la toma de hábito se hizo en la capilla, el abate de Pons la presidía. Poco tiempo después, el 3 de junio, cuatro de nuestras queridas hermanas pronunciaron sus votos: sor M-Elisabeth, sor Marguerite-Marie, sor Marie-Célestin, sor M-Louise. Nuestra querida sor Marie-Stanislas tuvo la misma felicidad el último día del carnaval, es decir, el 13 de febrero.

Habíamos admitido un año antes a una joven al postulante, Béatrix Combessy. Por razones de santidad nos habíamos visto forzadas a despedirla. Pero su estado de infelicidad y las insistentes solicitudes de la buena sor Marthe, hija de san Vicente de Paúl, que tenía por ella un vivo afecto, nos incitaron a abrirle de nuevo la puerta. Así que fue admitida, y rehízo su postulante con mucho fervor; fue admitida a la toma de hábito, con el nombre de sor M-Gertrude, el 29 de diciembre, día en que sor Marie-Gabrielle y sor Marie-Germaine pronunciaron sus votos.

En el mes de septiembre de este mismo año, el retiro fue predicado por el Rvdo. P. Athanase, carmelita descalzo. En este mes nos llegaron dos postulantes bretonas, eran Hyacinthe Grayo y Guillemette Chéron, hermana de nuestra querida sor Marie-Marthe.

El padre Athanase nos bendijo también con otra postulante, tenía el nombre de Marie Raufaste. ¡Pobre hija! Su vocación era dudosa y su director confiándonosla no mostró mucho tacto. En fin, después de unos meses de prueba, le rogamos muy educadamente que retomara la vida común para la que estaba doblemente hecha, y renunciara a sus pretensiones sobre la vida religiosa.

El 25 de noviembre, una de nuestras hermanas profesas, sor Sainte-Anne, que había venido de la comunidad de Marsella, tuvo la desgracia de dejar su vocación. Ella nos demostró una vez más que, salvo algunas excepciones, no teníamos que admitir jamás a hermanas salidas de otras comunidades. Así que regresó al siglo de donde la llamó el amor a la independencia y al bienestar.

1876. Con el crecimiento de nuestra familia crecían también mis desconciertos y mis deseos por la aprobación de nuestra Regla. Pero, ¿cómo hacer para vencer la resistencia de nuestro Arzobispo, siempre más indispuesto contra mí? Me enteré por el abate de Pons de las nuevas y tristes calumnias que se habían dicho de mí. No me inquieté sino a medias: mi conciencia no me reprochaba nada de lo que se me imputaba. Pero como el bien de mi comunidad debía necesariamente provenir de mi justificación, me decidí a abordar francamente la cuestión con Monseñor. Me dirigí a él, y con mucho respeto y calma, le protesté de la falsedad de las acusaciones puestas contra mí. Parece que la verdad tiene un tono que persuade, pues vi enseguida que Monseñor estaba convencido. Entonces me atreví a ir más lejos, y le supliqué ir él mismo a la visita habitual a la comunidad, prometiéndole de antemano una total obediencia en todo

y después de haberme dado su bendición de una manera muy paternal, añadió: «Yo no puedo tomar partido, hija, si se hace el bien en su casa, yo no pido más que consolidarla. En fin, iré a verlas y me daré cuenta yo mismo.»

¡Oh! ¡Qué feliz era al dejar a Monseñor, y cómo agradecí a Dios la ayuda tan evidente que me acababa de conceder! Tenía alas para regresar a casa y apresurarme a contarle todo a la buena sor Françoise cuyo corazón estaba esperando ansioso. Unimos nuestras acciones de gracias y desde entonces, pudimos entrever como cierto el futuro de nuestra querida familia religiosa.

En esta época sucedió un accidente al buen señor Massol; tuvo que dejar de venir a confesarnos y fue remplazado en esta función por el canónigo Moulins, capellán de la Institución desde hacía ya tres años.

El 21 de marzo, dimos el hábito a nuestras dos postulantes bretonas, Guillemette Chéron que se convirtió en sor M-Geneviève, y Hyacinthe Grayo que recibió el nombre de sor M-Dominique. Esta última novicia no llevó el hábito más de tres semanas.

Para nosotras fue una prueba más de que el Dios de toda santidad rechaza los corazones que no le buscan con rectitud y sencillez. Ella quería poner sus condiciones, y como no estábamos acostumbradas a hacerlo con nuestras novicias, le rogamos retirarse lo más rápido posible. Dos hora más tarde, había dejado la casa.

Este año 1876 debía estar marcado por un acontecimiento decisivo para nuestro futuro. Nuestro número iba siempre en aumento. Teníamos que pensar en una salida para nuestras hermanas. Anteriormente habíamos hecho algunas tentativas para establecernos en Lyon y fundar una Institución parecida a la que dirigíamos en Toulouse. El buen Dios no permitió que este proyecto saliera adelante. Era para nuestro bien, sin duda. Era más ventajoso para nosotras afianzarnos mucho en el espíritu de nuestra vocación y dar todas nuestras atenciones a la raíz del árbol, antes de pensar en extender las ramas. Por otro lado, muchas veces, nos habíamos hecho una pregunta muy importante: ¿en qué se convertirán, al término de su educación, nuestras jóvenes ciegas, no músicos? Este problema no podía resolverse sino dando a nuestra entrega una nueva profesión; es decir, fundando una casa propia para recibir a nuestras adultas trabajadoras. Decidimos, entonces, intentar esta obra difícil y unir a ella nuestro noviciado.

La Providencia, siempre maternal con nosotras, nos había abierto ella misma el camino y he aquí como: un día del mes de junio de 1874, recibí una carta de un señor de una de las grandes familias de Toulouse, me invitaba a ir a su casa al día siguiente, portando la carta que acaba de recibir. ¿Qué podía querer este bienhechor desconocido? Sor M-Françoise y yo, nos perdimos en conjeturas, sobre todo porque se me había dicho que llevara un saco o una panera. Verá que serán unos viejos zapatos, dije a sor Françoise. Al día siguiente, fui puntual al encuentro. Una de nuestras hermanas coadjutoras me acompañaba. Llegada a casa del señor X... confrontó con sumo cuidado mi identidad con la de la persona que había recibido su carta. La prueba le fue evidente, me condujo a su despacho, y allá, en lugar de los viejos zapatos que había soñado, me puso un fajo de cupones, sobre diferentes acciones, que representaban una suma bastante grande.

«Este dinero, me dijo, se pone en sus manos y solo para usted, la responsabilizo a usted de emplearlo de la manera que le parezca más útil para su comunidad y para los ciegos. No quiero que esta suma, por la razón que sea, vaya a manos de sus administradores, es a la comunidad que yo se la doy.»

Lo miré sin responderle, me parecía soñar... En fin, la realidad me lo constató, pues tuve que examinar ante él cada uno de los títulos. Quería expresar mi agradecimiento. Él no me dio tiempo.

«Es por Dios, dijo, que hago esta donación, solo él deberá recompensarla.»

Dios lo hará, sin duda. Nuestro bienhechor y su fiel compañera ya han comparecido ante el Gran Remunerador. ¡Que sus santas almas reposen en paz! Nuestras oraciones cotidianas los acompañen. Por esto cada día recitamos el «de profundis» después de nuestra comida.

Nos pusimos a buscar una casa adecuada para la ejecución de nuestros objetivos. Todo el invierno de 1876 pasó en estas búsquedas. Exploramos los barrios vecinos a la Institución sin encontrar nunca lo que nos convenía. Sin embargo, la teníamos muy cerca de nosotras. Un mediodía, pasando por la orilla del canal, señalamos una casa delante de la cual habíamos pasado cientos de veces sin tener idea de que pudiéramos alquilarla. En este instante, sin duda, el buen Dios nos inspiró; también, sin perder tiempo, vimos al propietario y pronto todo estuvo arreglado. Pero, ¡qué deterioro y qué suciedad! Nuestras hermanas pasaron muchos días limpiándola. Hicimos blanquear y reparar lo más afectado. La buena sor Marie-Marthe puso todo su cuidado y ánimo en desbrozar el jardín que

parecía los bosques vírgenes de América porque las hierbas y las ramas, entrelazándose, habían formado inextricables redes.

Un día que regresábamos de la ciudad, vimos un cartel colocado sobre un muro al lado de un terreno de la calle Montplaisir. Este cartel anunciaba una subasta. En seguida, tuvimos la idea de intentar comprar este terreno. Fuimos a hablar de nuestro proyecto al señor Fabre, notario, encargado de la adjudicación. Puso mucha buena voluntad en ayudarnos. Ocho días después, el terreno nos pertenecía. Entonces sentimos con gozo la confianza de poder construir nuestro noviciado cerca de la Institución.

En el mes de abril, todo estaba a punto, la casa alquilada por 500 francos al año. Antes de comenzar esta nueva obra, fuimos a ponerla bajo la protección de Nuestra Señora de Lourdes y pedimos a sus pies la valentía para empezar y para perseverar.

El lunes, 24 de abril, a las 6,30 de la tarde, nuestra muy querida sor M-Françoise, que en adelante llamaremos: madre Marie-Françoise, dejó la Institución para ir a establecer su residencia en esta casa del noviciado a la que dimos el nombre significativo de Nazaret. ¡Casa de las flores! ¡Ay! Más de una espina debía crecer. Los primeros tiempos fueron tristes y laboriosos.

Pero el Maestro que lo cuenta todo, lo recompensará todo; es esta la suprema consolación del alma que se sacrifica por su gloria y por el bien de su familia religiosa.

A la madre Marie-Françoise la siguieron en su exilio nuestras queridas hermanas: Marie-Stanislas, Marie-Gabrielle, Marie-Gertrude, Marie-Philomène y Marie-Louise. Todas estas hermanas todavía no habían terminado su noviciado. Dos postulantes las acompañaron: Augustine Morel y Antoinette Garigou, la primera tomó el hábito en el mes de mayo y recibió el nombre de sor Marie-Angèle, en cuanto a la segunda, no perseveró.

El dulce huésped del tabernáculo no dejó mucho tiempo a sus esposas viudas de su presencia. El Arzobispo nos permitió, con gran bondad, tener la reserva en nuestra capilla. El abate de Pons vino el miércoles, 27 de abril, a celebrar por primera vez el Santo Sacrificio de la misa. Desde entonces, Nazaret tendrá a su Jesús, una pequeña estatua de Nuestra Señora de Lourdes domina el altar y san José está también por ser el protector y el proveedor de la nueva pequeña familia de Nazaret. ¡Nuestra emoción fue grande durante esta misa!.. ¡Cuántos recuerdos y esperanzas! Nuestras jóvenes muchachas cantaron cánticos piadosos y nuestros muchachos también nos alegraron con su agradable fanfarria.

Los primeros días de mayo, la señorita Cailhe, directora de las Jóvenes Señoritas, nos envió, desde París a la Institución de las Jóvenes Ciegas, a tres jóvenes obreras ciegas, pues tenía hacia nosotras mucha atención y afecto. Estas tres jóvenes, con otra que nos había llegado del departamento de Aveyron, comenzaron la obra de las Jóvenes Obreras. Ellas trabajaron y trabajan todavía haciendo mallas, ofreciendo de este modo a la casa algunos pequeños recursos que, junto a su módica pensión y al trabajo incesante de nuestras queridas hermanas, es suficiente para el mantenimiento de esta querida pequeña colmena. La abeja madre, debe decirse, es tan ahorradora y cuidadosa que consigue dejar a parte dinero para nuestra próxima construcción. La Providencia vigila sobre este dulce nido de castas palomas guardadas por el divino Esposo. Nunca ha faltado el trabajo y a menudo suele haber más del que se puede hacer. Que la fidelidad de estas queridas hermanas pueda atraer siempre sobre ellas y sobre nosotras las miradas amorosas de la Paloma celeste, Jesús nuestro único amor.

Capítulo VI

La aprobación

1877. Siempre contamos con la promesa que nos había hecho el Arzobispo de venir a hacer la visita canónica. Viendo que esta promesa nunca llegaba a efectuarse, me decidí a escribir a su Eminencia. Recibí una muy buena respuesta. Monseñor me dijo que solo sus ocupaciones le habían impedido realizar nuestros deseos, pero que cuando tuviera tiempo libre, me avisaría. Teníamos que resignarnos todavía a esperar y a multiplicar las oraciones y las súplicas para el éxito de este asunto, tan importante para nuestro futuro religioso.

Hasta esta época, el buen Dios me había guardado del dolor de ver morir a nuestras hermanas. Solo una novicia había muerto como ya he dicho en su momento. Pero el camino del cielo iba abrirse, y numerosas pérdidas iban a hacer sangrar nuestros corazones. Nuestra querida sor Marie-Gonzague fue la primera del fúnebre cortejo. Desde el mes de julio, tenía hemorragias nasales, acompañadas de los síntomas más alarmantes, y durante cuatro meses la vimos luchar contra la muerte. En fin, el 28 de noviembre, expiró dulcemente, llevándose con ella nuestros recuerdos y nuestras esperanzas.

Habíamos contado mucho con ella. Su piedad, sus hábitos, la instrucción que le habíamos hecho adquirir, todo nos la hacía preciosa. Tuvimos que inclinarnos bajo la prueba y decir el Fiat que desde entonces hemos tenido que repetir tan a menudo.

El buen Maestro nos consoló durante este otoño con la admisión sucesiva de muchas jóvenes postulantes: Clémence Marguet, Rosine Bois, Marie Fauga, Marie Amiel.

El mes de enero de 1877 nos llegó la visita de nuestro primer Pastor. Su Eminencia quiso, por él mismo y sin que yo se lo pidiera nuevamente, prometerme que vendría durante la cuaresma a hacer la visita canónica.

Sin embargo, la cuaresma pasaba, llegábamos a la penúltima semana y comencé a desanimarme, cuando una mañana el capellán me dijo: «Monseñor vendrá el Lunes Santo para realizar la visita prometida.»

El corazón me latía fuertemente tras el anuncio; ¡Comprendí que esta visita iba a tener un resultado definitivo!... la comunidad se preparó para este acontecimiento con oraciones particulares y una comunión general hecha con esta intención.

El lunes, 27 de marzo, día para siempre memorable, Monseñor estaba allí a las 7,30 de la mañana. Su Eminencia celebró la santa misa; después de que hubo tomado un frugal desayuno, comenzó la visita canónica.

En dos horas, Monseñor vio a todas nuestras hermanas. Todas estaban contentas de encontrar tanta bondad en su primer Pastor.

Una vez todas habían pasado, Monseñor me llamó y me dijo con bondad que no tenía que hacerme reformar nada, que la pequeña comunidad iba muy bien. Después de esto, conduje a Monseñor a visitar un poco la casa. Enseguida su Eminencia quiso ver a la comunidad reunida. Todas fueron allí en un abrir y cerrar de ojos. Entonces Monseñor expresó a nuestras hermanas todo su contento, «Y para probárselo, añadió, el domingo les enviaré para gozosa Aleluya ¡la aprobación de sus Reglas!»

Un «¡Gracias Monseñor!» salió al mismo tiempo de todas las bocas, enviado por todos los corazones. Para mí, pobre e indigna Madre de esta querida familia, mi emoción era máxima y mi corazón latía que se rompía. Era de alegría. Todo un pasado de tristezas y pruebas pasó ante mí para perderse en una acción de gracias, de la que no puedo expresar su suavidad.

Cuando nuestras hermanas se retiraron, repetí a mi obispo mi filial agradecimiento. Me dijo nuevamente que estaba muy contento de la comunidad. Su Eminencia desea ver enseguida el pequeño ceremonial de toma de hábito y de las profesiones.

«Todo está, es muy sencillo, se lo traigo, lo retocaré.»

A las 11 de la mañana, Monseñor nos dejó llevándose nuestras bendiciones, y su corazón debía sentirse feliz de haber dado una alegría tan pura a las pequeñas esposas de Jesús.

El santo día de Pascua, 1 de abril, después de la misa de comunidad, el capellán me esperaba a la salida de la capilla para darme el libro de nuestras Reglas, revestidas en fin de esta firma tan deseada:

«Monseñor me recomendó esperar a esta mañana, me dijo, para devolver este libro que yo tengo desde ayer. Ha querido que el bello día de Pascua fuese el testimonio de su felicidad. Mañana, añadió, Monseñor la espera a las 10 de la mañana en su casa, tiene diversas cosas que comunicarle.»

Mi gozo estaba en su culmen; pero todavía se hizo más grande cuando mirando sobre el libro bendito que me había dado, vi que Monseñor había añadido de su propia mano estas palabras:

«Las hermanas harán los tres votos de pobreza, de castidad y de obediencia, desde ahora por tres años, después, seguidamente, los perpetuos.» ¡Qué favor! Y más porque nos lo había dado sin que nosotras lo hubiésemos reclamado. Estábamos, por tanto, seguras de hacer la voluntad de Dios vinculándonos a Él para siempre. La casa resonaba de acciones de gracias, y cada una decía que debía trabajar al

máximo para la perfección del edificio común, para agradecer tantos favores que el Cielo nos concedía.

Al día siguiente, después de una comunión de acción de gracias hecha por la comunidad, me dirigí a la casa de Monseñor. Cuál fue mi emoción agradecida cuando su Eminencia me remitió un ceremonial de toma de hábito y profesión escrito completamente por su propia mano. Acompañó este don precioso de las mejores palabras. Monseñor bajó a los más minuciosos detalles, me señaló con gran bondad una pequeña reforma que tenía que hacer en nuestras costumbres, para hacerlo más religioso y más grave. Convenimos enseguida que nuestras novicias llevarían de ahora en adelante el velo blanco y que las profesas de votos perpetuos, recibirían el día de su profesión un anillo de plata, signo precioso de su eterna consagración. Tanta bondad me había dado una gran confianza, me atreví a pedir a mi obispo si no querría recibir él mismo los primeros votos perpetuos. Enseguida se me concedió esta petición y el 21 de mayo, lunes de Pentecostés, fue la fecha fijada para esta importante y querida ceremonia.

Al final de este bonito mes de abril, testimonio feliz de tantas gracias, tres de nuestras queridas postulantes, Clémence Marguet, Rosine Bois y Marie Fauga, vistieron el santo hábito y el velo blanco, que ya desde ahora debía flotar en medio nuestro como un emblema de pureza y de esperanza. Recibieron el nombre de sor Marie du Sacré-Cœur, sor Marie-Emmanuel y sor Marie-Agathe, respectivamente.

Dejaron en el postulante a Marie Amiel, ya postulante desde la Navidad; Amélie Becq, que fiel a la llamada tan generosa y tan constante del divino Pastor, la oveja más fiel, se formó una segunda vez bajo el cayado de Jesús; y por Marie Forestier, una de nuestras antiguas alumnas; y para terminar, dos jóvenes bretonas, Jeanne-Marie Jarlegand y Antoinette Jubert, que llegaron el día de la vigilia de su toma de hábito. Nuestra querida sor M-Geneviève hizo sus votos este día. En fin, el 21 de mayo llegó. Éramos seis que teníamos que consagrarnos a Jesús para siempre, y si bien la mayoría de nosotras, en su corazón, había hecho juramento eterno, nos era muy consolador hacerlo públicamente, y de cara al altar, jurar a Jesús una fidelidad sin retorno. He aquí el nombre de las seis elegidas: sor M-Hedwige, sor M-Françoise, sor M-Thérèse, sor St-Joseph, sor Sainte Marie, sor St-Augustin.

Nos habíamos preparado para este gran día con un retiro, cuya dulzura y serenidad permanecían en el recuerdo de cada una.

Para ser más recogidas y más libres, nos habíamos reunido todas a las seis en la pequeña casa de Nazaret. Este cenáculo fue evidentemente visitado por el Espíritu Santo, pues nos unimos a los Apóstoles, esperando también ellos, la dulce efusión del Espíritu Consolador.

Cuando se levantó la aurora de este día tan deseado, fue para todas un día de felicidad. Monseñor fue asistido por el vicario general de Pons, el canónigo Moulins, nuestro capellán, el canónigo Andrieu, capellán de su Eminencia, y el reverendo padre Sécaïl, rector de los Jesuitas, que predicó en esta ceremonia. ¡Qué dulce emoción cuando el Pontífice habiendo oído nuestro juramento, nos puso en nuestro dedo el anillo de la alianza celeste, y puso sobre nuestras cabezas la corona de la excelente y perpetua virginidad! Después de la ceremonia, Monseñor vio a la comunidad y nos bendijo a todas con una tierna efusión.

Pero durante nuestra ausencia, nuestras bien amadas hermanas habían trabajado y hecho los preparativos de los cuales nosotras no dudamos. Movidas por sus atenciones, habían extendido frescas y graciosas guirlandas en el refectorio y sus alrededores. Una paloma simbólica apareció, suspendida por encima de la mesa del banquete. Marta había estado en vela mientras que María había escuchado las lecciones del esposo y recibido sus caricias.

Las dos hermanas se dieron en este día un santo beso y cada una ha guardado de esta fiesta, sin nubes, un recuerdo dulce y fortalecedor para proteger su alma para el día del sacrificio.

La tarde, al final de los saludos, hicimos una consagración solemne de la comunidad al Sagrado Corazón de Jesús, y un voto destinado a obtener los recursos necesarios para favorecer la construcción de nuestra casa. Prometí en nombre de todas que durante cinco años la comunidad ayunaría la vigilia de la fiesta del Sagrado Corazón y haría la hora santa. Ya después de dos años, nosotras cumplimos nuestra promesa y el Corazón de Jesús también cumple nuestros deseos mediante pequeños medios, que nos prueban cada día la delicadeza de este Corazón adorable, siempre atento a las necesidades de sus esposas.

El mes de julio siguiente, nuestra querida sor Marie-Angèle hizo sus votos; y Amélie Becq y Marie Amiel tomaron el santo hábito. La primera se convirtió en sor M-Ange, y la segunda recibió el nombre de sor M-Victoire.

Desde hacía mucho tiempo, deseábamos tener por predicador de nuestro retiro anual al buen y santo padre Roucanière, del cual he hablado anteriormente. Este querido Padre, habiendo superado ciertas prevenciones, quiso llevar a cabo nuestros deseos, y mis peticiones reiteradas. El 17 de septiembre, comenzó los santos ejercicios. Este retiro fue un verdadero reposo.

Nuestras almas saborearon a grandes tragos el don de Dios, y las gracias del Cielo, puedo decirlo, cayeron abundantes sobre nuestra familia. Pueda el buen Maestro volver a traernos al Apóstol celoso de la santa renuncia y del verdadero espíritu religioso.

Después de la alegría, la tristeza, tal es la condición de nuestra vida terrestre. El 15 de octubre, nuestra querida sor Marie-Gertrude fue llevada al Cielo bajo los auspicios de santa Teresa. Su enfermedad de tres meses la había dejado siempre tranquila y sonriente como un ángel que entrevé su retorno a la patria.

Al día siguiente del día en que nuestra bien amada hermana había sido llevada a su última morada, tres postulantes tomaban el santo hábito: Jeanne Marie Jarlegand, Antoinette Jubert y Marie Forestier; las llamamos sor M-Étienne, sor M-Joséphine y sor M-Raphaël.

En el mes de noviembre de este mismo año, tuvimos que cambiar de capellán. La salud del canónigo Moulins, y sus múltiples ocupaciones no le permitían, por más tiempo, acumular los dos cargos, el de secretario del arzobispado y el de capellán de la Institución. Monseñor nos dio para remplazarlo al canónigo de Latour, santo sacerdote, que, entregado a la comunidad y a nuestros queridos alumnos, hizo mucho bien entre ellos.

Desde hacía tiempo, había pedido al Arzobispo que se procediera a una elección canónica en la comunidad; pues en fin, yo era superiora sin haber sido elegida. Su Eminencia me había prometido venir él mismo a presidir este acontecimiento; pero una indisposición le impidió cumplir con nuestros deseos, y delegó en el abate de Pons, nuestro superior. Fue el 30 de septiembre, al final de la santa misa, que se había celebrado con la intención de derramar las luces del Santo Espíritu sobre las hermanas llamadas a dar sus votos, cuando se realizó la elección según el ceremonial dado por el propio Monseñor. Debo decir aquí, como testimonio del buen espíritu de nuestras hermanas que no pusieron atención en mis numerosos defectos, que la elección fue unánime; esto lo constato no como gloria mía, sino como prueba de su unión en el respeto y la confianza que ellas tienen a su indigna Madre. Se procedió seguidamente a la elección de la asistente y el voto de todas fue para nuestra querida sor Marie-Françoise.

1878. La muerte, o mejor dicho la divina Providencia, cuyos decretos son siempre adorables, escogió todavía entre nosotras a una nueva víctima. Nuestra querida sor Marie-Thérèse, cuya salud siempre había sido

frágil, se vio obligada a permanecer en cama hacia mediados del mes de enero de 1878. Por entonces creímos que esta enfermedad no sería seria, habituadas como estábamos a verla lánguida; pero se le declaró una bronquitis aguda, y el 2 de febrero, aniversario de su toma de hábito, expiró después de crueles sufrimientos y una agonía de lo más dolorosa. Su paciencia y su resignación nos edificaron mucho. Sor M-Thérèse y sor M-Gonzague tenían las dos sus diplomas de capacitación. Las habíamos hecho trabajar mucho para conseguirlos, y ¡Dios se nos las llevó una detrás de otra!...

La naturaleza intentó entristecerse. Pero, ¿quién conoce los caminos de Dios? ¡Ah! Bendigamos siempre al Señor que, mejor que nosotras, conoce nuestras necesidades, y que mide siempre nuestras pruebas según nuestras fuerzas, como mide el viento a la oveja esquilada¹¹.

Un dolor más desgarrador todavía se nos había reservado poco tiempo después de esto. Al día siguiente de la bonita fiesta de Pascua, después de las gracias de la Semana Santa, sor M-Gabrielle Sabatié, infiel a la voz de Dios, olvidadiza de sus votos, dejó la congregación, en los términos más infelices para ella y los más tristes para nosotras. La caridad me obliga a ocultar el acto desagradable de esta ingrata conducta.

¹¹ Proverbio francés que significa: “Dios aprieta, pero no ahoga”.

Mi corazón destrozado por el dolor confió su pena al buen padre Roucanière. He aquí lo que me respondió sobre este asunto:

«A las tráfugas, a las apóstatas, a ella hay que compadecer, y por sus motivos hay que temblar. La casa no debe entristecerse por sí misma. San Ignacio, él, se alegraba el día de la muerte del religioso fiel, y el día de la partida de todos los religiosos infieles a su vocación. Usted comprende la razón sin que yo tenga necesidad de explicársela. Por este lado, no es usted quien tiene que compadecerse. Roguemos a Nuestro Señor para que haga cada vez más escasas estas tristes apostasías.»

El castigo del Maestro no tardó. La tráfuga, abrumada de remordimientos y decepciones por su orgullosa esperanza, pronto se vio reducida a las tristezas más lamentables. Entonces, como el hijo pródigo, se acordó de la casa de su padre. Nos escribió la carta siguiente que incluyo aquí para que sea para todas, el día de la tentación, un ejemplo y una lección:

«Mi buena Madre, una carta mía no puede darle mucha alegría, lo sé, y con todo, no puedo resistir la necesidad de decirle: he fallado, he sido una ingrata. Perdóneme y olvide mi falta. Usted no me considerará más entre sus hijas, pero le pido, Madre mía, que su caridad se extienda y rece por una hija que la

ama, y por la cual usted ha hecho tanto. Si hubiera sido menos orgullosa, no hubiera caído, y ahora que el mal no tiene remedio, reconozco avergonzada que le falté a la sinceridad, el día de Pascua no se lo dije todo, y Dios me ha castigado terriblemente. ¿Qué hará él conmigo? Lo ignoro. Pero, si en su bondad, me abre un piadoso asilo, no olvidaré jamás aquel que condujo mis primeros pasos en la virtud, aquel al que debo mi vida. En fin, Dios me dará una tierna Madre, jamás su bondad y su indulgencia, de la que tanto he abusado, no se borrarán de mi memoria. Usted tiene razón, Madre mía, cuando hace ocho días, me dijo que los remordimientos y el recuerdo seguirían de cerca mi falta. Sí, usted tenía razón, Madre mía. Ni siquiera un momento de tregua conmigo misma. ¿Qué no estoy aún en su piadosa casa? ¡Pero no! Me detengo, olvido que no soy ya su hija. Una conversación demasiado larga sería indiscreta. Si estuviera cerca de usted, con el arrepentimiento en los labios, como lo tengo en el corazón, usted me escucharía, estoy segura; pero ahora, ¿me leerá usted? Dudaría si no supiera todo el interés que usted tuvo conmigo, y me digo que un poco de piedad

le hará desear saber en qué se convierte una hija ingrata. Espero, Madre mía, que su caridad me perdone. ¿Una madre no perdona siempre, incluso a una hija inhumana? Yo, si hubiese escuchado mi corazón, no hubiera actuado como lo hice; pero le impuse violencia para dejar hablar solo a mi orgullo, y aquí está lo que me he perdido. Diga, Madre mía, diga que me perdona, y el recuerdo de mi falta, aunque me haga temer el futuro, se me hará menos amargo. Quizás entonces encontraré la calma que he perdido. Haga que recen un poco por mí, Madre mía, las que fueron mis hermanas. No he sabido jamás, hasta este día, cuánto las amaba.

Dígnese aceptar, Madre mía, con el arrepentimiento que tengo por haberla afligido, los sentimientos respetuosos de aquella que pudo llamarse su hija.»

Me ha sido dulce imitar la clemencia del padre de la parábola; pero estos ejemplos son tan peligrosos, que la prudencia debe hacer callar al corazón; es mejor que se sepa que la puerta del aprisco, una vez franqueado su umbral, no se reabrirá más para la oveja infiel.

La construcción de nuestra querida Casa Madre comenzó en el mes de mayo. Vemos cada día, con gusto, levantarse esta morada de las esposas de Jesucristo, y a pesar de las preocupaciones y los gastos enormes que nos causa, consideramos estos queridos muros como el lugar de nuestro reposo en el futuro.

A finales del mes de mayo, nuestras queridas hermanas Marie del Sagrado Corazón, Marie-Emmanuel y Marie-Agathe pronunciaron sus primeros votos. En la clausura del retiro anual, que nos predicó un padre de la Compañía de Jesús, cinco de nuestras queridas hermanas fueron llamadas al insigne favor de hacer sus votos perpetuos. Eran nuestras queridas hermanas Marie-Stanislas, Marie-Élisabeth, Marguerite-Marie, Marie-Célestin y Marie-Marthe.

El mismo día, sor Marie-Ange y sor Marie-Victoire hicieron su primera profesión.

Pocos días después, el 23 de octubre, nuestra querida sor Marie-Louise, de la clase de las hermanas coadjutoras, descansó en el Señor después de una larga enfermedad de diez meses. Esta buena hermana tuvo la dicha de pronunciar sus votos perpetuos antes de morir.

A comienzos de diciembre, nuestras queridas hermanas Marie-Étienne, Marie-Raphaël y Marie-Joséphine pronunciaron sus primeros votos, que recibió el abate Castillon, cura de la metrópolis. Así terminó el año 1878.

1879. La comunidad iba haciéndose cada vez más numerosa. Nos preguntábamos si el buen Dios daría a nuestro árbol querido el medio para extender sus ramas; si la planta, cuyo divino Jardinero había protegido su crecimiento con tanto amor ¿no podría, a su vez, madre fecunda, trasplantar una parte de su tallo a otros climas? Habría sido triste rechazar a personas que más tarde podríamos haber necesitado, y, con todo, no podíamos multiplicarlas mucho ni en la Institución, donde habrían sido inútiles, ni en el noviciado, no teniendo perspectivas de emplearlas más tarde.

La dulce Providencia se encargó ella misma de resolver este nuevo problema y su mano maternal nos abrió una vivienda, yendo de este modo hacia adelante nuestros más queridos deseos.

Una amiga de la mujer de nuestro director actual, la señora Thézac, que vivía en la ciudad de Saintes, Charente Inférieure¹², le escribió para informarse por ella si habría en Toulouse una comunidad religiosa que quisiera ir a Saintes para fundar una institución cuyo objetivo principal fuera la adoración diurna del Santísimo Sacramento. Se podría, añadía, realizar junto a esta obra de adoración, una o más obras exteriores.

¹² Topónimo de Francia; denominación antigua del actual departamento Charente-Maritime.

El local ofrecía grandes recursos para una ampliación. La señora Deyres pensó en seguida en nosotras, y me hizo la proposición. Confieso que en un primer momento me sentí asustada. Se ofrecía, es verdad, el local y muchas ventajas temporales; pero desde el punto de vista espiritual, la obra de la adoración me parecía tan sublime y tan difícil para hermanas que no habían sido ni formadas ni preparadas, que mi primera reacción fue la de rechazar. No obstante, no me pronuncié. Pedí dos días para rezar y reflexionar.

Después de haber consultado a nuestra querida hermana asistente, después de haber rogado a nuestro Señor que nos clarificara, nos vino la idea de preguntar si habría posibilidad para que esta obra de adoración solicitada se extendiera a las personas de fuera. Es decir, que la comunidad y su capilla serían el centro de adoración; pero que las personas de fuera harían las horas de adoración que las hermanas deberían regular con un horario y asegurarían su ejecución. Veíamos en este acuerdo una doble ventaja: por una parte, yo no estaría obligada a enviar enseguida un gran número de hermanas, y luego conservaría a nuestras hermanas en su fisonomía de Hermanas de la Caridad,

dejándoles más tiempo para ocuparse de obras exteriores, dulce resplandor de la adorable Hostia.

Respondí en este sentido a la solicitud de la señora Deyres, pidiéndole que enviara mi carta a su amiga, asegurándole que aceptaríamos si las cosas podían acordarse de este modo. Escrita esta carta, una gran calma reinó en mi alma. Me abandoné completamente en las manos de la Providencia. El éxito o el fracaso me serían igualmente prueba de la voluntad de Dios.

La respuesta favorable no tardó en llegarme. Se aceptaban todas nuestras ideas, todo tenía que ser para bien. Solo quedaba obtener el consentimiento del obispo de La Rochelle para que los fondos recogidos desde hacía mucho tiempo por un santo sacerdote de la ciudad de Saintes, pudieran emplearse en la adquisición del local necesario para la nueva fundación.

¡Ay! Allí debía haber el fracaso, y la obra iba a estar marcada por el sello del éxito, encontrando desde el principio la prueba y la contradicción. Monseñor consentía a que se hiciera la fundación, a condición, sin embargo, de que no se abriera un nuevo orfanato, pero no quería que se empleara en esta nueva obra los fondos recaudados, deseaba que esas sumas se destinaran a la nueva construcción que las pequeñas Hermanas de los pobres levantaban en Saintes.

Todo estuvo, entonces, a punto de hundirse. Deseábamos ir hacia adelante. La construcción de nuestra Casa Madre que absorbía todos nuestros recursos, no nos permitía, sin ser temerarias, comprometernos con nuevos gastos. La cuaresma pasó de este modo entre la indecisión y el desánimo. Pero la noche del Jueves Santo, mientras hacía mi adoración ante el Santo Sacramento, la idea de esta fundación me vino tan fuerte y mis deseos de verla hacer tan vehementes que, después de haber rogado a Nuestro Señor, decidí escribir una nueva carta a la señora Thézac.

Nuestra buena amiga es una de esas almas de fe a las que las cosas de la vida presente no tienen precio sino es para servir la causa de Dios. La conocía bastante por sus cartas para saberla capaz del sacrificio más generoso. Sabía por otros que esta ferviente hija de santo Domingo deseaba ardientemente la adoración del Santísimo Sacramento en una capilla próxima a su casa, de modo que se pudiera decir que formaba parte de ella.

El local a comprar pertenecía a una congregación religiosa, obligada a dejar Saintes por razones que no entran en este asunto que cuento. Todo estaba, por tanto, preparado y adecuado para recibimos. Sabía, además, que el señor Thézac tenía fondos disponibles. Me sentí con el ánimo suficiente para pedir a la señora Thézac si su marido no consentiría comprar esta casa, y dejarnos disfrutar a nosotras su ejercicio hasta que nuestros recursos nos permitieran comprarla.

Pero, ¿qué obra exterior uniríamos a la de la adoración? Allí estaba lo difícil. En fin, abandoné todos mis pensamientos, todos mis deseos, todas mis perplejidades a aquella que yo llamaba ya en mi corazón la bienhechora de nuestra familia religiosa. Después, tranquila tras este nuevo enfoque, que había hecho creyendo cumplir un deber, esperé en paz el final de todas estas cosas.

Mi carta había sido elocuente sin duda, o mejor dicho Jesús encendió en el corazón de la señora Thézac un fuego más ardiente todavía que el que había encendido el mío. Desde este instante, nuestra amiga no tuvo más que un deseo, más que un pensamiento, el de hacernos ir a Saintes.

Ella ganó para su causa a su marido, sus conocidos, algunos miembros del clero, y las dificultades que encontró no se convirtieron sino en aguijón para su celo ardiente. También supo interesar a las superiores de la congregación propietaria de la casa, y obtuvo de ellas una considerable rebaja.

De modo que consintieron dejar en 12.000 francos las dos casas contiguas, cuyo valor real es muy superior a este precio.

Inspirada por el buen Dios, nuestra amiga me respondió que ella no entendía porque no fundábamos en Saintes una Institución para los Jóvenes Ciegos de los departamentos del Oeste. En efecto, toda esta región estaba privada de una escuela de este género. Esto fue para mí como un rayo de luz, y desde entonces entreví la posibilidad de establecer un nuevo asilo para nuestros jóvenes protegidos, para el bien de estos para los cuales Dios nos ha escogido especialmente; no tuve más dudas, y me decidí por mí misma a todos los sacrificios para alcanzar mis fines, o mejor dicho para entrar en las miras de la divina Providencia.

El Cardenal, arzobispo de Toulouse, a quien yo había dado parte de todos estos proyectos, quiso aprobarlos y bendecirlos. Su Eminencia escribió él mismo al señor el obispo de La Rochelle para pedirle nos permitiera hacer esta fundación. Por mi parte también yo escribí, y algunos días después recibí de La Rochelle la autorización deseada. La carta de monseñor Thomas era de lo más bondadosa. Nos decía entre otras cosas:

«El Cardenal arzobispo de Toulouse rinde el mejor testimonio de la constancia, celo y devoción de su Instituto. En tales condiciones, soy feliz de verlas venir a mi diócesis para trabajar en una obra tan interesante, etc., etc.»

Esta carta nos llegó en el mes de mayo y el tema de la fundación se había resuelto en el mes de febrero.

Apenas nuestros amigos de Saintes supieron esta feliz decisión, nos urgieron a ir ya a pasar unos días a esta ciudad. Llegamos el 15 de mayo y la familia Thézac nos dispensó la más cordial y generosa hospitalidad. Nuestro primer empeño era ir a La Rochelle para visitar a Monseñor del cual íbamos a convertirnos en hijas. No sé decir con qué bondad, con qué afecto paternal nos recibió este santo obispo. Después de darnos todos los detalles referentes a la futura fundación, su Eminencia quiso concedernos la aprobación a todos nuestros proyectos. Nos retiramos muy felices de tan reconfortante inicio y nos acordamos siempre que la mirada de nuestro obispo nos siguió paternalmente hasta el último peldaño de la escalera, desde lo alto de la cual nos había seguido.

Nuestra piadosa amiga, con sus deseos totalmente cumplidos, veía ya al Huésped divino convertirse en su vecino más próximo.

Esta perspectiva de la adoración del Santísimo Sacramento le dio un gran ánimo. Todo fue entonces prácticamente decidido para la obra de la adoración. Vimos a muchos miembros del clero **de Saintes** y todos estaban muy dispuestos a nuestro favor. Solo encontramos algo de reserva en el cura de Saint Pierre, del que íbamos a convertirnos en parroquianas; pero su carácter tímido nos explicó bastante su manera de actuar. ¿No teníamos toda la aprobación y todas las bendiciones de nuestro obispo?

Se decidió que yo regresaría en el mes de junio para pasar el acta que nos haría propietarias de la casa de la Santa Infancia, que comprábamos al precio de 12.000 francos con los fondos que el señor Thézac nos prestaba. Después de todos estos acuerdos, retomamos, sor Françoise y yo, el camino hacia Toulouse.

Durante los seis meses que transcurrieron, recibimos sucesivamente a tres postulantes: Victorine Aubry, Joséphine Barsacq y Marie Bise. Pero la cruz tenía que pesar nuevamente sobre nosotras. Dos de nuestras hermanas coadjutoras, cuya conducta poco regular nos causaba desde hacía varios meses muchas penas e inquietudes, dejaron sucesivamente la congregación en dos días de distancia. Fue una dura prueba. Pero cuando sentimos qué paz y qué tranquilidad nos habían dejado estas salidas en la comunidad, nos pusimos a agradecer al divino Jardinero

como se cuida de arrancar de su querido Jardín las plantas venenosas y malsanas. ¡Oh! Seamos cada vez más y más dóciles a las santas aspiraciones de la gracia para que el don precioso de nuestra santa vocación no nos sea jamás retirado. Para conservarla, debemos soportar los más duros sufrimientos.

Mientras la prueba nos asediaba en Toulouse, el buen Dios nos preparaba otra en Saintes. El señor cura de Saint Pierre, asustado con la idea de que nuestra obra de adoración iba a atraer a los fieles a nuestra capilla, concluyó que su parroquia quedaría desierta y que tenía que evitar inmediatamente que esta obra se realizara. Es necesario que señale aquí que esta capilla, rival de una parroquia, apenas cuenta con sesenta personas. Pero esta ilusión inquietó al buen sacerdote.

Así que me escribió una carta muy seca en la que me decía que puesto que teníamos el permiso de Monseñor, podíamos hacer lo que nos pareciera y por nosotras mismas, la adoración en nuestra capilla; pero que él se opondría formalmente a que los fieles de su parroquia contribuyeran a las horas de adoración. Evocó, incluso, en referencia a esto las decisiones del Concilio de Trento. ¡He aquí como las obras más santas encuentran a veces santos contradictores! Después de reflexionar un poco, respondí al párroco que si había hecho algún plan para la adoración, todo eso

estaba todavía en estado de proyecto y que, además, no se haría nada antes de que lo hubiera visto Monseñor y hubiera recibido de su boca aprobación o desaprobación.

En efecto, fui a Saintes hacia finales de junio, vi de nuevo a Monseñor y le expuse mi pena sobre el tema de la oposición del cura de Saint Pierre; puesto que sin la participación de los fieles, me veía incapaz de aceptar para nosotras solas la adoración perpetua. Su Eminencia me respondió con gran bondad, me animó a no preocuparme por esto y a no ser dura desde el principio con el párroco con sus miedos.

«Es mejor, me dijo Monseñor, empezar por fundar su Institución, y posteriormente con el tiempo y la paciencia, llegarán a sus fines. Se situarán mejor en Saintes a través de una obra que hable a la vista de todos»

Me incliné suavemente bajo esta voluntad que para mí era la de Dios misma. Y he aquí como fuimos conducidas, por el momento, en Saintes, a no hacer sino nuestra obra para los Jóvenes ciegos. Pero conservé piadosamente en mi corazón el deseo y la esperanza de hacer, en un futuro próximo, lo que habíamos sido, parece, llamadas a esta ciudad.

La buena señora Thézac accedió con piadosa resignación a esta voluntad de Dios tan mortificante para ella. Esta resignación es para mí prenda de triunfo para más tarde.

Sin duda Jesús no nos juzgó todavía bastante preparadas para convertirnos, en una de nuestras casas, en constantes adoratrices de la Hostia Santa. Que cada una de nosotras se apresure, pues, para el momento de la realización de este gran y sublime proyecto, con su fidelidad, su amor y, sobre todo, su generosidad en los sacrificios.

Finalmente, el primero de agosto de este año dejamos la humilde y pobre morada de Nazaret. Nuestro contrato llegó a su fin, y además, como tenía que ausentarme una gran parte del tiempo de vacaciones para organizar nuestra nueva fundación, deseaba que la M. Marie-Françoise reuniera a todos los miembros en la Institución donde, al residir ella, le sería más fácil supervisar los últimos trabajos de la Casa Madre, que aceleramos en la medida de lo posible para su conclusión.

Sentimos todavía arrepentimiento al abandonar esta humilde casa. Había sido, durante tres años, honrada con la presencia del Rey de Reyes. ¿En qué se convertiría, en qué manos acabaría? ¡Ay! Nuestros presentimientos nos advertían, sin duda; pues no tardamos en enterarnos de que se había dado el más triste destino a estas paredes que habían cobijado ¡al Rey de las vírgenes y a sus castas esposas! ¡Piedad, misericordia, dulce Jesús! Y que nuestra fidelidad constante, nuestro amor generoso, os compense de tantos ultrajes.

El retiro anual nos fue predicado por el reverendo padre Roucanière de la Compañía de Jesús. Fue delicioso. Sentimos evidentemente la mano de Dios, trabajando sobre cada una, y todas se prepararon para el sacrificio de la separación, puesto que esta sería al cierre del retiro. Este día de la clausura del retiro, Joséphine Barsacq tomó el santo hábito y recibió el nombre de sor M-Berchmans; ya, desde el 28 de mayo anterior, Victorine Aubry era novicia y llevaba el nombre de sor M-Gonzague.

Al día siguiente, reuní a la comunidad y designé a las hermanas que formarían la pequeña colonia. Nuestra querida sor M-Élisabeth Doucet fue nombrada superiora; iba seguida por sor M-Stanislas Laffitan, su asistente, por sor M-Célestin Périol, y por una hermana coadjutora, sor M-Germaine Réveyrand. Después de haberlas designado, les di, en presencia de la comunidad, su carta de obediencia, como sigue:

«Mis hijas muy amadas en Nuestro Señor,

Ha llegado el momento doloroso, y consolador al mismo tiempo, para el corazón de vuestra Madre. La dulce Providencia del Maestro que guarda nuestra frágil cuna, manifiesta su adorable voluntad.

Tenemos que extender las ramas de nuestro querido árbol; desde ahora cobijará otras tierras y otras almas.

Felices aquellas a las que Jesús destina a ser los instrumentos de esta difusión del cuerpo y del espíritu de nuestra pequeña sociedad. Que Dios las bendiga y las guíe, y que ellas sean en todo y siempre el buen olor de Jesucristo.

Os hemos escogido, querida sor Marie-Élisabeth, para ser la superiora de esta joven colonia. Que vuestras compañeras encuentren en usted una Madre también tierna y vigilante. Recuerde que el depósito de nuestras santas Reglas está en sus manos, de las que usted debe ser su fiel expresión en la conducta y su centinela por medio de sus cuidados para no permitir la más pequeña brecha.

Querida sor Marie-Stanislas, es llamada a ser la asistente de la nueva comunidad. Es decir, que la Madre superiora deberá encontrar en usted la más sumisa y la más devota de sus hijas. Un peso compartido pesa menos. Usted estará, por tanto, para ayudarla y remplazarla cuando sea necesario.

Sor Marie-Célestin, sor Marie-Germaine, la Providencia las ha destinado también a nuestra casa de Saintes. Me parece que al final de este delicioso y santo retiro, todas están decididas a seguir el impulso de la gracia y a ir con valentía por la vía de la renuncia y de la devoción que se abre ante vosotras.

Pero dejando a vuestra Madre y a vuestras hermanas, vosotras no os separáis de ellas.

Los vínculos de la dilección más tierna no dejarán de uniros a esta querida Casa Madre, piadosa cuna de vuestra vida religiosa.

Id, entonces, hijas mías, provistas de la bendición de Dios y de la de vuestra humilde Madre, y que todas bendigamos cada vez más con nuestras virtudes y sacrificios las infinitas misericordias del Señor en atención a sus pequeñas sirvientas.

Vuestra Madre y Superiora general
sor Hedwige Portalet

Toulouse, 10 de agosto, fiesta de san Lorenzo, 1879

La nueva superiora tenía la obligación de ir a pasar unos días con su familia; fue acompañada por sor Marie-Célestin. Yo salí para Saintes el 13 de agosto, acompañada solo por sor Marie-Stanislas y sor Marie-Germaine.

Hacia las seis de la tarde llegábamos a Saintes. Cuando las campanas de la ciudad aparecieron en la lejanía, saludamos a los ángeles buenos de nuestra nueva patria, rogando a Nuestro Señor que bendijera nuestra entrada y nuestra estancia. Nuestros amigos estaban reunidos en nuestra casa; cuando oyeron el ruido del coche que nos llevaba, abrieron las grandes puertas de nuestra vivienda.

Encontramos para bendecirnos al abate Clanet, vicario de Saint Pierre que quería convertirse en el capellán de la pequeña familia. La señora Thézac, nuestra primera bienhechora, la señora Seguin, nuestra amiga devota, y otras muchas personas estaban allí para recibirnos. Gracias a sus generosas y delicadas atenciones, no entramos en una casa vacía, sino que estaba provista de las cosas más indispensables. Y así mismo, ¡oh, lujo de la caridad! se veían por todas partes ramos de flores.

La capilla estaba adornada como para un día de fiesta. El abate Réaud, que dijo la misa todos los días a nuestras hermanas, y que merece por su dedicación que lo incluyamos en el primer puesto entre nuestros bienhechores, había puesto todo su celo y todos sus cuidados en el adorno de la capilla. Nuestro primer pensamiento fue, por consiguiente, entrar en esta querida y bonita capilla donde, desde el día siguiente, Jesús descendería para nosotras. Nos condujeron seguidamente al refectorio donde se había puesto una generosa cena para las pequeñas sirvientas de Jesús. La señora Thézac y la señora Seguin tuvieron el honor de servirnos ellas mismas, y nosotras, para no entristecerlas, recibimos todos estos gestos de respeto agradable, agradeciéndolos en nuestro corazón, a Jesús nuestro Esposo tan bueno, tan misericordioso, hacia sus pequeñas esposas.

Como ya he dicho, al día siguiente de nuestra llegada, el abate Réaud celebró la santa misa, y Jesús se convirtió desde entonces en nuestro Huésped

constante. Apenas salimos de la misa, nos llegaron las primicias de nuestro apostolado en Saintes. Unos padres nos confiaron a una pequeña ciega. La recibimos con gran alegría; ella se convirtió también en la primera alumna de Marie Courdy, la querida niña, la que también había inaugurado nuestra fundación de Toulouse y que ahora, ya joven y buena profesional de la música, se dedica a su vez a sus hermanas de infortunio.

El 15 de agosto, asistimos a la procesión. Yo llevaba de la mano a la joven Adrienne, y pedía a la Virgen bendita, cuyo cortejo seguíamos, ser la madre de todas las queridas niñas que serían confiadas a nuestros cuidados.

Cuando todo estuvo casi establecido en Saintes, regresé a Toulouse donde la vuelta de nuestros alumnos y nuestra instalación en la Casa Madre reclamaban mis atenciones.

Antes de salir del noviciado a la nueva casa, dimos el hábito a una postulante, Marie Bize, que recibió el nombre de sor Marie-Bernard.

Capítulo VII

La Casa Madre

Septiembre 1879. Semejante al viajero que, al llegar al término de un largo y costoso viaje, hace una mirada retrospectiva sobre la ruta que ha recorrido, me resulta agradable antes de franquear el umbral de esta bendita morada, objeto de mis deseos y de nuestros trabajos, mirar una vez más hacia atrás; y encontrar entre los recuerdos las penas sufridas, las dificultades vencidas y las gracias recibidas, un nuevo motivo para bendecir a este Dios tan misericordioso que, a pesar de nuestra indignidad, ha querido conducir de su mano a sus pobres pequeñas sirvientes y hacer prosperar la obra que han emprendido.

El sentimiento que debe dominar nuestras almas a la vista de esta querida casa, que es la casa de Jesús mismo, es un sentimiento de gratitud; primero, hacia esta maternal Providencia, cuyos caminos secretos tantas veces nos han ayudado en nuestra pobreza y debilidad; pero enseguida, hacia nuestro estimable contratista, señor Trémouilières, cuyo nombre debe permanecer en los fastos de nuestra fundación unido al de nuestros más queridos bienhechores. Nunca sabremos alabar suficientemente el ánimo que él ha tenido para emprender esta construcción, el celo que ha puesto en proseguir su ejecución y el buen gusto con el cual ha dirigido todas las cosas.

Por consiguiente, que goce de la felicidad que siente toda alma bien nacida al recordar una buena acción y que Dios le recompense derramando sobre él y sobre su familia las bendiciones que le desea nuestro agradecimiento.

Pero no olvidemos jamás la palabra del salmista: es en vano que se construye una morada si Dios mismo no la edifica. Ahora bien, para que Dios esté con nosotros, vivamos cada vez más la vida interior y construyamos dentro de nosotras un tabernáculo donde Jesús resida por su gracia y su amor. Esta es la forma más segura de atraer a nuestro noviciado las bendiciones del Cielo y de trabajar para el sólido crecimiento de nuestra familia religiosa.

A comienzos de noviembre la casa fue habitada. Apresuramos los últimos trabajos para que la capilla estuviese a punto para el 24, día fijado para la bendición. Su Eminencia el Cardenal arzobispo nos había querido prometer que vendría a presidir esta ceremonia. Pero este proyecto no llegó a realizarse. El abate de Pons prometió remplazarlo. ¡Lástima! La consolación de verlo todavía una vez más en medio nuestro, nos fue denegada. La enfermedad que se lo llevaría comenzó a hacer sentir sus ataques. El abate Castillon, cura de la metrópolis, vino encantado en su lugar.

Hemos llegado, pues, a este hermoso día, uno de los más bellos en la vida íntima de nuestra familia. La capilla, -bella en su sencillez, con su altar de mármol blanco y su Virgen de Lourdes, la Inmaculada Concepción, apareciendo en último plano como la augusta patrona de esta congregación que camina bajo su blanco estandarte-, estaba arreglada con un gusto exquisito. El altar estaba adornado con lirios y rosas, piadosos signos de inocencia y de amor. Estas flores entremezcladas con luces brillaban y hablaban al corazón emocionado. Una asistencia de élite había venido para compartir nuestra alegría y darnos con su presencia un conmovedor signo de cariño.

Después de la bendición según los ritos de la Santa Iglesia, el señor Arcipreste comenzó el Santo Sacrificio durante el cual deliciosos cantos se elevaron hacia el Cielo, llevándose los impulsos de nuestro suave agradecimiento. Llegado el momento solemne de la Consagración, ¡Jesús descendió sobre el altar! ¡Tomó posesión de su nueva morada! ¡Oh, puro gozo! ¡Oh, deliciosos instantes! Desde ahora, el estará con nosotras y nosotras podremos decir con Jacob: Esta es la casa de Dios y la puerta del Cielo.

Después de la misa, el Rvdo. P. Maugenest, religioso dominico, que había querido unir su nombre a esta dulce fiesta de familia, pronunció una alocución que con mucho gusto reproduzco aquí por completo. Hizo un análisis muy frío de palabras de fuego salidas del corazón del Apóstol:

Alocución pronunciada con ocasión
de la bendición de la capilla del noviciado
de las Hermanas
de la Inmaculada Concepción de
Toulouse,
consagradas a la educación de jóvenes
ciegos.

Deus ignis consumens est. Dios es un fuego que consume.

Mis queridas hermanas,

La tierra es una noche oscura, la vida es un invierno helado.

Las tinieblas reinan por todas partes en este mundo para los ojos y para las almas. El frío se hace sentir por todas partes para los sentidos y para los corazones.

Si no hubiera más que las tinieblas de las largas noches y las heladas de los rigurosos inviernos, podríamos combatirlos, soportarlos y hasta gozar sus inconvenientes. Pero lo que es más difícil de apartar y de sufrir, es esta oscuridad del alma hecha para la luz, y que sufre en las tinieblas de la ignorancia y de la duda. Pero lo

más difícil, sobre todo, de apartar y de sufrir, es el frío doloroso y mortal que aprieta con sus abrazos helados nuestro pobre corazón, tan ávido de calor y de amor.

En esta noche del alma, el espíritu busca la verdad. Lee, estudia, reflexiona, razona, y no hace sino hundirse más en las oscuridades del error y en el laberinto de la duda.

En este invierno del alma, el corazón busca por todas partes un fuego que lo encienda.

Busca este fuego en los puros y legítimos afectos de la familia, y no lo encuentra porque el cariño no siempre circula por la sangre. No lo encuentra porque la costumbre y el deber rompen normalmente el encanto de la novedad y de la libertad de sentimientos. O si lo encuentra, no lo guarda porque el aliento de la muerte, más helado aún que el aliento de la vida, apaga este dulce hogar de ternura y de felicidad.

Busca este fuego en los gozos violentos de los afectos criminales, y lo encuentra, pero es un fuego de infierno que lo quema para suplicio y pérdida suyos.

Lo busca, este fuego, en los dulces y nobles encantos de la amistad.

Lo encuentra, pero lo sufre más que lo disfruta, porque la ausencia, el temor, las dudas, hacen de esta llama deliciosa, que debería encenderlo dulcemente con sus suaves ardores, un fuego cruel que lo tortura.

Pobre alma humana, ¡te compadezco! Y, ¿de qué lado te volverás para encontrar la luz de la verdad y el fuego del amor?

Abro un libro, el libro de la santa liturgia de la Iglesia Católica, y leo esta oración por los muertos: *lux perpetua luceat eis*. Que la luz eterna los alumbre.

Cojo otro libro, más augusto todavía, y leo en el texto sagrado las divinas escrituras: *Deus ignis consumens est*. Dios es un fuego que consume. Dios es luz, Dios es fuego. Luz que alumbra, fuego que abrasa.

Pero, ¿dónde encontrarte, o luz eterna, o fuego divino? Oh Dios de verdad y de amor, sé y creo que eres -tú mismo- en los esplendores de tu vida bienaventurada, tu propia luz y tu propio hogar de amor. Sé y creo que tú has venido a la tierra y que te has mostrado en

la persona adorable de Aquel que ha dicho: “Yo soy la luz del mundo, yo he vendido a traer fuego sobre la tierra”.

Sé y creo que Tú comunicas en la eternidad dichosa tu luz y tu ardor a los ángeles y a los elegidos para beatificarlos haciéndoles vivir en tu propia vida.

Pero me pregunto y busco sobre la tierra, en medio de las tinieblas que me ciegan y del frío que me hiela, oh, adorable verdad, oh caridad infinitamente amable, ¿dónde estás?, ¿dónde te escondes, tú que el mundo ignora puesto que se obstina en buscar una luz y un hogar que no es ni tu claridad ni tu calor, y que lo deja en la noche de su invierno tenebroso?

Esto que el mundo ignora, vosotras lo habéis encontrado, vosotras, mis queridas hermanas; y lo poseéis.

Desde hace dieciocho siglos, la tierra posee el verdadero hogar de la luz de los espíritus y la llama que abrasa los corazones, pues es la Eucaristía, y la Eucaristía es Jesús, luz y amor del mundo. Y la Eucaristía, es Jesús, luz y amor del cielo. Y la Eucaristía, es la luz y el amor del Paraíso, haciendo de este exilio otro paraíso.

Todos lo saben y casi todos lo olvidan. Se sabe sin creerlo. Se cree sin pensarlo. Y las almas que van a este hogar permanecen ciegas, cerca de esta antorcha, y frías, cerca de este horno.

La Eucaristía es la luz; pero la luz que ilumina las tinieblas, y las tinieblas no la han comprendido. La Eucaristía es el fuego; pero el fuego arde en medio del invierno helado, y nuestro invierno no se ha calentado. Y el mundo, que tiene este sol, se obstina en habitar en la fría noche.

No habéis hecho como el mundo, vosotras, mis queridas hermanas, todas jóvenes todavía, habéis visto lo que el mundo no ve. Habéis sentido lo que el mundo no siente. Habéis medido el vacío de los bienes visibles, y habéis dicho: “Quiero tener por esposo al Dios de la Eucaristía e iré a vivir a la casa del Señor”. Y habéis renunciado al mundo, a su libertad, a sus placeres. Y habéis apartado vuestro pensamiento y vuestro corazón de esos dulces sueños de jóvenes que le muestran las alegrías de la esposa y de la madre en un futuro encantador. Y vosotras os habéis soltado del brazo de un padre y de una madre desolados que han unido, para haceros desistir de vuestro propósito, los reproches más amargos a las caricias más tiernas. Nada ha sido capaz de reteneros, habéis hecho vuestro sacrificio con una generosidad sin medida y habéis venido, y vivís en la divina luz y en los santos ardores de la adorable Eucaristía.

Y hoy os dignáis admitirnos a contemplar en la ceremonia que nos reúne, vuestra noble vida, llena de amor y de verdad, para animarnos a seguir vuestras huellas, y a hacer en medio del mundo, y en la medida de nuestras fuerzas, esto que realizáis en el claustro con una perfección que levanta nuestra admiración y nuestra envidia.

¡Algo verdaderamente grande e impactante! Habéis reunido los recursos que cada una de vosotras habría podido, en el mundo, consagrar a la vanidad y al placer. Habéis confiado a un artista inteligente y atento, que Dios bendecirá por vuestra causa, en sus intereses, en su hogar, y en sus afectos, la construcción de este convento que debe ser a la vez vuestra casa y la casa de vuestro esposo.

Un sacerdote venerable, que os asiste con la sabiduría de sus consejos y os apoya con el auxilio de su dedicación, viene a purificar por los ritos sagrados, los materiales que el arte tan harmónicamente ha agrupado, pues, él ha pronunciado la palabra más potente y más fecunda de aquel que ha creado el mundo, la palabra de la consagración, que atrae al seno de nuestra fría noche la luz que brilla a los elegidos y el fuego vivo que los enciende de sus eternos y felices ardores. Este oratorio ha recibido al Dios de su primera comunión y desde ahora esta casa será la casa de Dios, la casa de la verdad y la casa de la caridad.

Y vendréis, mis queridas hermanas, vendréis a este santuario, que se ha convertido para vosotras en el reino de la luz y del amor, vendréis a pedir la gracia de conoceros mejor, para ser más humildes; la gracia de conocer mejor el premio de las almas, para ser más devotas a los intereses de su salvación; la gracia de conocer mejor a vuestro divino Esposo, para amarlo intensamente.

Vendréis para sacar de esta fuente de toda luz el crecimiento de vuestra fe. Vendréis a reanimar vuestra esperanza al pie de este trono de la misericordia; pero vendréis sobre todo a encender y mantener en este hogar de amor el fuego de vuestra caridad, y no viviréis más que de este divino amor que será la recompensa y la compensación de todos vuestros sacrificios, y que os dará especialmente más bondad y consolación para ser más fieles y no buscarlo sino a Él.

Donde, este Dios crucificado que no ha entrado en su propia gloria sino por la virtud de su cruz, y que hace parte de su cruz a todos los elegidos para hacerlos dignos de tener un día parte en su triunfo, se oculta para probaros y para aumentar vuestros méritos, menos consoladas sensiblemente, vosotras no seréis ni menos luminosas ni menos felices siempre que en esta prueba, permanezcáis generosamente fieles

a vuestros ejercicios, a vuestra regla, y amorosamente abandonadas a su muy adorable voluntad, consolándoos en vivir sin placer con el pensamiento de que Dios os encuentre en vuestra fidelidad, y gozando, a falta de toda alegría sensible, la más alta y la más santa de todas las felicidades, la de sufrir como vuestro esposo y por su amor.

Es también allí que vendréis a sacar de la fuente de la luz y del calor para iluminar y para amar a los Jóvenes Ciegos de los cuales habéis querido convertirlos en madres.

Pues tomando el título de esposas de este que es la luz del mundo y el fuego devorador de la caridad, os habéis dedicado como Él a la misericordiosa misión de iluminar a los que se asientan en las tinieblas, dar a estos pobres niños, en nombre de Dios, el ojo que la naturaleza les ha rechazado y ocultado de esta oscuridad natural al comunicarles con más plenitud la luz sobrenatural de la verdad.

Id, pues, mis queridas hermanas, id y salid con alegría y valentía por la vía sublime que habéis escogido, poseed la luz y propagadla. Sed felices del amor que os enciende e iluminad las llamas sagradas en el corazón de vuestros hijos adoptivos.

Y a vosotros, mis queridos hermanos, testigos conmovidos por esta ceremonia emocionante, y espectadores edificados del sacrificio de estas nobles y felices esposas del Señor, dejasos persuadir por el ejemplo que ellas os dan.

Id como ellas a la Eucaristía. También vosotros tenéis este hogar de luz y de amor. Su tabernáculo se levanta en medio del ruido y del movimiento de vuestra vida mundana y agitada. Para vosotros, la víctima sagrada se inmola todos los días. Id a buscar al altar del sacrificio el perdón de vuestras faltas y la fuerza para sacrificaros vosotros mismos.

Os espera día y noche el que ha dicho: “Venid a mí todos los que estáis cansados, y yo os aliviaré”, id a pedirle al pie del tabernáculo la consolación prometida a los que lloran.

Hay siempre en el copón una hostia consagrada para vosotros; que es para vosotros, que os mira, que os llama, que quiere venir a vosotros para comunicaros, con un amor tan grande como si Dios no tuviera sino a vosotros solo para amar en el mundo, todas las gracias y todos los tesoros de la Redención. Id a la mesa santa a comer el pan de vida y recibir con él la gracia de la fuerza y de la salvación.

Vosotros tendréis, vosotros también, vuestras pruebas en la búsqueda de este soberano bien. Y ¡cómo vais a estar exentos, si las esposas también están sujetas!

Estas pruebas son necesarias para ejercitar vuestra fe, para purificar vuestra caridad, para incrementar vuestra humildad. Sufridlas con paciencia y permaneced constantes, triunfaréis por vuestra constancia, incluso cuando tengan una duración desoladora para vuestro corazón; permaneced fuertes y apacibles en vuestra fidelidad, seguros de que estas pruebas solo os privan del encanto de la consolación sensible; pero que no os quitan ninguna de las gracias que contienen para vosotros este sacramento de luz, de amor y de vida.

Y vos, ¡oh Jesús!, dignaos dar a estos piadosos fieles que una simpatía hacia vuestras queridas esposas, capaz de agradaros, ha atraído a esta ceremonia, una bendición que los acompañe a su hogar y se vincule a todo lo que aman.

Dad a estas vírgenes generosas que se han liberado de las dulzuras de la vida, de la familia y de la libertad, para consagrarse a Vos y a vuestra obra, el aumento de las luces y los gozos que necesitan para ser más y más fieles a sus promesas, a sus compromisos y a sus votos. Pero sobre todo, bendecidlas, Dios de luz y de amor, bendecid este noviciado del cual sois el alma y la vida. Atraed cerca de vosotros en este asilo de oración y virtud, a un gran número de vocaciones útiles para vuestra gloria, a esta congregación y a sus obras. Y haced de todas estas novicias almas brillantes de rayos celestes de vuestra luz y encendidas del fuego de vuestra claridad.

Este día pasó lleno de felicidad, y al día siguiente, el Rvdo. P. Maugenest quiso venir a decir la misa a esta pequeña capilla, de la que su elocuente palabra había resaltado la consagración.

Nosotras estábamos todavía en acción de gracias, cuando Nuestro Señor nos dio participar en su cruz, por la muerte de nuestro venerado superior, el vicario general de Pons. Su salud, deteriorada desde hacía muchos años, además del incesante trabajo y de las continuas mortificaciones, se encontró totalmente afectada a finales de noviembre de este año 1879, y el 5 de diciembre, dio a Dios su alma repleta de méritos, después de una vida repleta de buenas obras. Perdimos en el abate de Pons un padre, un amigo verdadero, aquel que, sin desanimarse jamás, siempre, en todas nuestras pruebas, nos había tendido una caritativa mano.

Tuvimos que pensar en remplazarlo, pidiendo a su Eminencia otro superior. Monseñor nos permitió, a nosotras, escoger a nuestro nuevo superior, y acordamos, a petición nuestra, al abate Castillon, arcipreste de la metrópolis.

1879. El final de este año transcurrió apaciblemente. Para ayudarnos a vivir en estos comienzos tan difíciles, cogimos a algunas señoras pensionistas: la señora Vecene Braün, la señora Santo Génies y la señora Marie Sagette fueron las tres primeras que recibimos. Marie Sagette murió en los primeros días del año 1880; nos dejó herederas de su modesto mobiliario en agradecimiento a los cuidados que le habíamos dado durante su enfermedad.

Tuvimos todavía muchas otras señoras pensionistas; pero en un momento dado, abandonamos este género de obra más fecunda en deberes y en problemas de todo tipo que en consolaciones y en provechos.

(A partir de aquí, la madre M. Françoise se encarga de seguir el cuaderno)

1880. Con una mano temblorosa transcribo las líneas que encontré entre los papeles de nuestra dulce y santa Madre fundadora. Pero la Santa Iglesia iba a tener que soportar duras pruebas; ya desde el mes de marzo se habían promulgado estos infames decretos anunciando que todas las Congregaciones religiosas no reconocidas por el Estado serían disueltas en un plazo de tres meses. En efecto, el 29 de junio se procedía a la expulsión de los RR. PP. Jesuitas. No voy a entrar en los detalles de estos actos odiosos, ni a recordar las escenas o

consoladoras o espantosas a las que dio lugar; tuvimos que cubrirnos la cabeza con un largo velo de luto y suplicar a Nuestro Señor detener, con su misericordia, los designios de los malvados.

Este año, el retiro fue predicado por el Rvdo. P. Lafont, de la Compañía de Jesús. Dio pocos resultados.

Desde hacía muchos días, se temía por los religiosos que habían evitado la medida bárbara de la expulsión, y los rumores más siniestros circulaban sobre este tema. Desde nuestra fundación en Toulouse, nos habíamos sentido atraídas por los hijos de santo Domingo. Durante nuestros modestos inicios, entonces no teníamos todavía capilla, íbamos a los oficios a la capilla de los Padres dominicos de la calle Vélane, y sin que nos diéramos cuenta, nuestra pequeña familia anunció su felicidad futura. Cuando llegó el momento de la prueba, sentimos todavía más vivamente el lazo agradable que nos unía a estos santos religiosos; por tanto, fuimos a ofrecer al Rvdo. P. Maugenest, al que conocíamos más particularmente que a los otros, si quería aceptar poner su confesionario en nuestra modesta capilla. Nuestra oferta, hecha con tan buen corazón, fue aceptada fraternalmente y se acordó que si la desgracia prevista llegaba, nuestra capilla se pondría a disposición de los Padres.

Después de las alternativas de esperanza y de miedo, el crimen fue consumado: el 3 de noviembre, desde las seis de la mañana, se procedió a la cuádruple expulsión de los RR. PP. Dominicos, los RR. PP. Capuchinos, los Religiosos Maristas y los Padres del Calvario.

Oíamos desde casa los gritos de la multitud, y el corazón roto, presenciando con el pensamiento este deplorable espectáculo que un día nublado y lluvioso enmarcaba en su cielo de luto.

Desde el día siguiente, cuyos tristes detalles no pertenecen a mi narración, los RR. PP. Maugenest y Rossini comenzaron a confesar alternativamente en nuestra capilla, y durante casi diez años, siempre correspondió a los Padres disponer a su voluntad de nuestro confesionario; desde entonces también cada domingo, para contento nuestro, se celebraba una misa dominical en nuestra capilla.

Los buenos padres Maugenest y Rossini se convirtieron verdaderamente en los Padres y los amigos de nuestra pequeña familia religiosa.

En el mes de noviembre de este año 1880, el abate Castillon, superior de la comunidad, hizo la visita canónica; parecía satisfecho del buen espíritu de nuestras hermanas y prometió dar un buen testimonio al Arzobispo.

Muchas postulantes fueron revestidas con el hábito religioso durante este año.

Aquí finaliza la narración de nuestra recordada Madre fundadora. Su intención era continuar este trabajo una vez instalada en Mazères; Dios no le dio el tiempo.

Sería mejor dejar esta historia inacabada; yo no lo creo, pues los principales acontecimientos de esta congregación permanecerían ignorados de aquellas que, en lo sucesivo, vendrán a formar parte de ella.

Si es dulce conocer las gracias con la que Dios ha favorecido a una familia religiosa en sus inicios, es también una ventaja para los miembros conocer las tribulaciones, los progresos y hasta las diversas fases por las cuales Dios la ha hecho pasar.

Dieciocho años han pasado desde la interrupción de este texto. Implicada en todos los acontecimientos, podría trazar las líneas generales,

pues la memoria más fiel no alcanzaría a recordar los detalles. Me esforzaré en ser auténtica, en esto solo consistirá el valor de mi humilde trabajo por el cual imploro la indulgencia de mis hermanas.

La construcción de nuestra casa de la calle Montplaisir, 13, había costado mucho. Habíamos sido temerarias emprendiéndola, puesto que no teníamos recursos. Dios permitió, sin duda, este tipo de imprudencia para preparar un refugio a sus indignas esposas. Fue necesario un préstamo. Para satisfacer los intereses y poder vivir la comunidad, nuestros recursos consistían en un ingrato trabajo de lencería. Además, casi acabada la construcción, quedamos endeudadas con los empresarios con 17.000 francos. La pobre hermana ecónoma no dormía tranquila, pero nuestra dulce Madre, confiando en un mejor futuro, le decía con placer: “Vamos, no se enfade”.

En efecto, Dios nos sacó de esto, solo nos queda mostrarle nuestro agradecimiento.

El buen Dios, que velaba por nosotras con una ternura verdaderamente paternal, nos hizo encontrar un almacén que, durante doce años, nos proporcionó un trabajo fácil y lucrativo.

El año 1881 no presenta nada remarcable. El retiro anual fue predicado por el reverendo padre Roucanière de la Compañía de Jesús. A partir de este retiro, el espíritu de santo Domingo se fue infiltrando cada vez más en nuestra humilde congregación; dejamos de recurrir al ministerio de los Padres jesuitas.

Nuestra pequeña familia continuó creciendo con provecho, y en el año 1882, la Bretagne nos envió muchas de sus hijas. De las seis postulantes admitidas a vestir el santo hábito en el transcurso de este año, cinco eran bretonas. El padre Maugenest nos predicó el retiro anual con gran contento de la comunidad, por la cual este buen Padre tuvo desde entonces una entrega paternal. Él inauguró el año siguiente con una de estas sorpresas agradables de las que su buen corazón tenía el secreto, haciéndonos el regalo de un magnífico copón rojizo. Su generosidad no terminó aquí. Recurrió a sus numerosas penitentes, lo cual le permitió dotarnos con dos capillas completas, incluidas las custodias.

En junio de este mismo año 1883, sor M-Dominique pasó su diploma elemental en Tarbes. Desde entonces iniciamos los pasos para abrir un externado. Los locales preparados para este fin, en la casa del jardín, no fueron aceptados por el arquitecto de la ciudad; tuvimos que ceder la sala que servía de taller a nuestras obreras ciegas.

El noviciado era numeroso, se necesitaba la casa entera para su crecimiento. Se decidió que se trasladaría a Saintes la obra de las Jóvenes Obreras Ciegas, allí los amplios locales les permitirían vivir satisfechas. El traslado tuvo lugar en mayo de 1884.

Esta casa de Saintes, fundada desde hacía cuatro años, nos dio su buena parte de preocupaciones. La pobreza era grande. Saintes no es una ciudad con recursos; tuvimos que procurar al máximo las necesidades de esta casa; además, la dirección era muy defectuosa.

La primera superiora fue remplazada, después de año, por su asistente, joven religiosa de veinticinco años. De carácter intrigante y apasionado, pero con algunas cualidades naturales que causaron su

desgracia. Nuestra Rvda. M. Hedwige tenía una confianza absoluta en esta joven hija, lo que llevó en lo sucesivo a los desastres de esta fundación.

Su conducta sospechosa no dio una falsa impresión a algunos ojos clarividentes que la observaban de cerca; así que hizo lo posible por escapar de esta censura.

Insinuó a nuestra buena Madre el bien que resultaría de trasladar la pequeña Institución de Saintes a Burdeos donde su desarrollo parecía asegurado. Entre tanto, la señorita Segay de Burdeos nos dirigió una proposición de este género, la cual había fracasado en diversas tentativas de fundación para una Institución. Ella ofrecía su participación en los nuevos proyectos. Se acordó que llevaríamos a nuestros alumnos de Saintes a Burdeos. A toda prisa se alquiló en la calle Pelleport una casa en construcción, contigua al parque de la señorita Segay.

La nueva Institución comenzó con un error considerable: el de contratar un alquiler para una casa demasiado pequeña. En efecto, dos meses más

tarde, se declaró insuficiente. Además la independiente superiora sufría aún el control de la señorita Segay. Nos separamos completamente de ella.

No obstante, se trabajó seriamente para asentar el nuevo establecimiento y esta pequeña casa de la calle Pelleport vio formar un comité para el sostén de la obra. El vicario general Fallières fue el presidente y muchas damas de la clase social más alta de la ciudad de Burdeos aceptaron formar parte de él. Sor M-Stanislas hizo un buen papel en este medio; Dios la había dotado de tantos encantos que todos la encontraban perfecta. Los juicios de los hombres no concuerdan apenas con los vuestros, oh, Dios mío. Que podamos impregnarnos todas de esta verdad: ¡que no somos realmente lo que somos a vuestros ojos!...

Deseosa de alejarse de su vecindario, la joven superiora hizo valer ante el bondadoso comité la insuficiencia de la vivienda. No le fue difícil ganárselo para su causa. Se alquiló un nuevo local en el barrio de la Croix Blanche, calle Benatte, 5. Allí, sin temer más control, y como conquistó los favores de la señora Fallières, pudo sacudir sin esfuerzo el yugo, entorpeciendo la plenitud de una vida

mundana. Lo desastroso que fue su ejemplo para las que la rodearon, ¡solo Dios lo sabe! La vida fácil las volvió mudas respecto a los desórdenes que ellas no podían ignorar completamente. Dios no pudo sufrir mucho tiempo este estado de cosas. En mayo de 1884, nos instalamos en la calle Pelleport; en marzo de 1885, en la calle Benatte, hasta el 14 de agosto de 1886 que la fundación de Burdeos vivió. Se hundió por un justo castigo de Dios.

Un largo velo de luto cubrió las tristes cosas que habían llevado a la caída de esta casa de Burdeos, y todavía es necesario callar con mucho cuidado lo que causó la pérdida de la vida religiosa de las que fueron autoras.

Temamos a Dios, mis queridas hijas, y que nuestra fidelidad a las gracias de nuestra vocación asegure la perseverancia. Dios da su gracia a los humildes y se aleja de los soberbios. Que las que desempeñan los cargos teman especialmente, puesto que sus ejemplos son de un peso inmenso para sus súbditas.

Digámoslo, sin embargo, el mal del que se moría en esta fundación, ¿era tan desesperado? No lo creo. Pero el ánimo, la paciencia, la fuerza para afrontar las humillaciones y las dificultades que esta situación creó, no convenían para nada al temperamento de nuestra Rvda. Madre. Ella cerró precipitadamente esta casa. Muchos le dieron el nombre de fuga. Todo lo que ella contenía se dio a precio de ganga, el resto, roto o perdido.

No fue lo mismo con las cuentas por pagar. A pesar de que la superiora aseguraba que no se debía nada, durante más de un año, cada correo que nos traían eran nuevas cuentas por pagar. Además, se habían alquilado dos casas, dos contratos de arrendamiento, y era necesario saldar tanto por una como la otra. Durante tres años nuestra Rvda. Madre llevó el peso de esta dolorosa prueba. El buen Dios vino en su ayuda con una donación de 1.500 francos que un desconocido le dio.

He querido terminar aquí todo lo que se refiere a esta fundación de Burdeos para no volver más a un tema que me rompe el corazón.

El padre Maugenest fue quien todavía nos predicó el retiro de 1883; pero al día siguiente de estos piadosos ejercicios dejó el convento de Toulouse por el de Marsella a donde fue destinado.

Antes de partir intercedió a favor nuestro al Rvdmo. P. Cormier, que era desde hacía poco el prior del convento de Toulouse. “Le recomiendo esta pequeña comunidad, dijo el padre Maugenest, es digna de que usted se ocupe de ella” ¡Cuánto bien nos ha hecho este testimonio de afecto!

Desde entonces, el padre Cormier fue nuestro confesor extraordinario. Su ministerio lo puso a nuestro lado la Navidad siguiente; nuestra Rvda. Madre lo aprovechó para testimoniarle su deseo de afiliar su joven familia al tronco secular de santo Domingo. El Padre la animó y le prometió su colaboración. Se ocupó de ello, en efecto, y el 8 de diciembre de 1884, en la hermosa fiesta de la Inmaculada Concepción, tuvimos el gozo de entrar en la Tercera Orden de Santo Domingo y hacer la profesión. Desde este día, el buen y tan santo padre Cormier se ha convertido como en nuestro fundador. Su dedicación y delicadas atenciones son incontables; lo ha hecho todo para hacernos verdaderas dominicas. ¡Quién no se acuerda de sus instrucciones en cada retiro mensual! ¡De las que tenía la preocupación de dirigirnos en todas las grandes fiestas! ¡Las palabras de ánimo que nos decía a la comunidad!

El buen padre Rossini se quedó como nuestro huésped diario. Su salud deteriorada necesitaba los cuidados que nosotras le dábamos con gusto. Su estado se iba agravando cada vez más; fue enviado a Molitz-les-bains para tomar el aire sano. Se rindió con clara repugnancia. Tenía la intuición de que no regresaría. Efectivamente, allí murió el 30 de agosto de 1885. Su muerte nos dejó un gran vacío; después de cinco años nos habíamos acostumbrado a verlo cada día entre nosotras.

Al año siguiente nos llegó el reverendísimo maestro general Larocca. El día posterior a la gran fiesta de Santo Domingo, nos vino a decir su misa a nuestra pequeña capilla. Su visita fue un estímulo y un gozo para nuestros corazones, la vigilia de nuestras grandes pruebas.

El 25 de octubre siguiente, una pequeña oportunidad se abrió en Mazères (Ariège), donde tres de nuestras hermanas serían empleadas en calidad de lavanderas y de enfermeras en la Escuela Apostólica de nuestros Padres. Era como una pequeña flor que el Maestro puso en el camino de nuestro doloroso calvario.

A pesar de la tempestad que la congregación acababa de atravesar, el buen Dios no cesaba de llenar los vacíos dejados por las deserciones. Sin embargo, la copa amarga de las pruebas no se había agotado. El año 1887 no le cedió en nada a su antecesor, a no ser porque esta vez todo el peso cayó sobre una víctima.

Desde hacía mucho tiempo, la tormenta retumbaba en la Institución de los Jóvenes Ciegos. Hacía falta una mano firme, infinita paciencia, una gran prudencia, para aplicar los remedios necesarios al mal espíritu que estaba infiltrado en el sector de los chicos. La extrema bondad del alma de nuestra Rvda. Madre rechazó usar medios enérgicos. Se le aconsejó hacer las reformas que reclamaban, ella decidió no realizarlas, no creyendo que aquellos a los que había colmado con tanta dedicación se convirtieran jamás en sus delatores. La pobre Madre estaba en el camino de un arduo calvario que ella debía subir hasta la cumbre, durante cuatro largos años de crucifixión íntima, de los que solo su fiel compañera conoció los dolores desgarradores compartiéndolos.

Denuncias, calumnias, amenazas de muerte, cartas anónimas, ataques diarios en hojas publicadas, persecuciones de todo tipo, nada faltó al amargo cáliz. Ni una voz se levantó para protestar a favor de la inocente acusada; un gran número de años repletos de caridad y la más completa abnegación, no consiguieron que ella encontraría gracia... Hay que haber dado la sangre más pura del corazón en la fundación de una obra, para comprender ¡cuánto fue herida nuestra dulce Madre! No pudiendo más, presentó su dimisión como superiora de la Institución de Jóvenes Ciegos. Un director capellán le sucedió, es lo que se ha realizado desde entonces.

Mientras se perseguía así a nuestra Rvda. Madre en su gobierno en la Institución de los Jóvenes Ciegos, y como si la medida no fuera colmada, la envidia, a su vez, atacó a nuestro modesto externado. Se presentó la cosa de tal modo al cardenal Desprez que, sin escucharnos, nuestra causa fue juzgada y nuestra humilde escuela suprimida. La notificación de esta medida se nos hizo en marzo de 1888.

La pena que nos causó la decisión de nuestro primer pastor, ¡solo Dios lo sabe! Era al mismo tiempo cerrar la puerta a nuestro celo, era quitarnos el pan de cada día, era detener la marcha hacia adelante de nuestra pequeña congregación.

La supresión de nuestro externado nos pareció tan odiosa que para detener las murmuraciones y guardar la caridad, permaneció en secreto para nosotras. No podíamos descubrir todas las complicaciones; pero los que nos perseguían no guardaron el mismo silencio. Un eco de esta medida llegó a los oídos de nuestras hermanas que rechazaban creer que fuera posible.

Al final del año escolar, no obstante, tuvimos que ejecutar la orden y descubrir finalmente el decreto arzobispal. Sor M-Dominique, titular de la pequeña escuela, tuvo mucha pena de ello. Los padres de los niños estaban igualmente desolados. Nuestra causa, presentada a otro tribunal, hubiera, sin duda, ganado; pero esperábamos que el buen Dios no olvidara la humilde docilidad de nuestra sumisión.

Mientras sobrevivía de esta forma nuestra obra, nuestros Padres dominicos del Ecuador solicitaron hermanas para la dirección de un hospital de leprosos situados a las puertas de Cuenca. Habían hecho la llamada a muchas congregaciones dominicas y la habían rechazado. Nuestro buen padre Cormier expuso este deseo a nuestras hermanas al darles parte del fracaso de sus tentativas.

“Si nadie quiere, dijo sor Marie-Dominique, yo me ofrezco.” Sor Marie-Hyacinthe se ofreció también.

Nuestro buen Padre tomó la cosa en consideración, y se iniciaron las conversaciones para esta lejana fundación.

Los primeros días de septiembre, nuestras dos futuras misioneras partieron hacia España. El padre Cormier había conseguido que las recibieran en un colegio de las dominicas cerca de Pamplona, para aprender allí un poco de lengua española. A comienzos de diciembre regresaron a Francia; el Rvdo. P. Roman hizo entonces, de profesor suyo. Las hermanas San Joseph, M-Philomène y M-Aloysia se juntaron a las dos primeras.

En junio de este año 1888, nuestro buen padre Cormier finalizó su cargo de prior y dejó Toulouse. Perdimos a un padre generoso.

Además, él era nuestro superior eclesiástico. Todavía durante dos años, a pesar de su alejamiento, conservó este cargo. Sin embargo, fue necesario pensar en remplazarlo. Pedimos al cardenal, que fuera el vicario general Andrieu, al que conocíamos desde hacía mucho tiempo. Nos fue concedido.

Cuando un gran sacrificio se levanta ante nosotras, el tiempo corre muy rápido, y con un dolor punzante veíamos llegar el momento de la separación, la partida hacia el Ecuador.

El 6 de junio, el Rvdo. P. Roman dijo, a las cuatro de la mañana, la misa de salida. La comunidad entera estaba allí.

Nuestra Rvda. Madre había tomado la delantera, nos esperaba en Saintes este mismo día por la tarde. En esta casa nuestras queridas viajeras se vistieron el hábito blanco, objeto de deseo de todas.

Al tomarlo las primeras, ellas tuvieron la compensación a su gran sacrificio.

El 7 de junio a las 11 de la noche, el vapor nos llevó hacia Saint-Nazaire donde al día siguiente celebramos la gran fiesta de Pentecostés.

Nuestras miradas llenas de lágrimas se evitaban mutuamente con el temor de ablandar nuestros corazones; puesto que sentían las pruebas de la angustias de una verdadera agonía.

El lunes 10 de junio era el día marcado para los adioses. Por la mañana, a las 11, nuestras viajeras subieron al *América*, transatlántico que hacía el viaje de Saint-Nazaire a Colón. Se levó el ancla a la una y el océano inmenso se nos llevó a nuestras queridas hijas... era para vos, oh, Dios mío, para vuestra gloria que las cedimos; pues nada nos hubiera hecho capaces de realizar un sacrificio como este; también nosotras esperábamos que nuestras lágrimas recibieran un día su recompensa.

La primera carta vino de Pointe-à-Pitre; nos llegó veinticinco días después de la partida.

En Panamá, las Hermanas de la Caridad dieron a nuestras queridas hijas la más generosa hospitalidad.

En Guayaquil, donde desembarcaron finalmente el 4 de julio, las Hermanas del Sagrado Corazón de Picpus las recibieron con ese afecto que solo se encuentra en zonas lejanas.

El Rvdmo. P. Duranti, prior del convento de los Dominicos de Cuenca, y negociador de la misión que nuestras hermanas iban a desempeñar en el Ecuador, las esperaba en Guayaquil para acompañarlas en la ascensión a esta primera cadena de los Andes sobre la que su celo debía ejercerse.

Finalmente, el 14 julio, hicieron su entrada en la ciudad de Cuenca, acompañadas, o más bien escoltadas, de un desfile a caballo organizado en su honor.

Se nos había dicho que las hermanas encontrarían su casa provista de todo lo necesario. Lamentablemente, ellas constataron que las cosas más esenciales faltaban completamente. Los inicios fueron muy arduos y fecundos en sacrificios de todo tipo. No se exilia nadie para encontrar satisfacciones, y todavía menos vida confortable.

El hospital no pudo contener mucho tiempo el celo de nuestras queridas hijas. Además, el Rvdmo. P. Duranti estaba impaciente por abrir, en la ciudad de Cuenca, una casa de educación así como un noviciado para las jóvenes, que desde hacía muchos años, solicitaban el favor de entrar en la familia dominicana. El buen Dios bendijo este grano de mostaza y llegaron muchos miembros, de modo que esta misión da en este momento un resultado que permite esperar que Dios sea glorificado.

En Toulouse, con las manos atadas por las medidas tomadas en contra nuestra, tuvimos que dedicarnos a un trabajo manual más continuo. Con todo, esperábamos un futuro mejor y trabajábamos para preparar a las hermanas haciéndoles estudiar las materias cuyos diplomas nos parecía factible obtener. Muchos intentos fueron infructuosos. Hace falta tenacidad y un gran ánimo para no dejarse abatir en ningún momento ante ciertas pruebas de la vida, sobre todo cuando se prolongan demasiado tiempo. Dios tenía su hora, no teníamos derecho a adelantarla, y, todavía menos, a escrutar sus designios para nosotras. Mientras, las vocaciones nos iban llegando; y a veces nos preguntábamos qué esperaba el Señor de sus pequeñas siervas, contentándonos, por el momento, con vivir lejos del ruido, en el trabajo, la oración y el recogimiento.

El Rvdo. P. Rivals que deseaba formar una congregación de jóvenes obreras bajo el título de Hijas del Rosario, solicitó nuestra colaboración y vino a pedirnos que le prestáramos una sala para sus reuniones del domingo. Era volver a ponernos en dificultad; era también aceptar un pequeño apostolado.

Esta última consideración triunfó sobre nuestras repugnancias. Esta obra tan humilde nos trajo grandes problemas y más de una vez dijimos que parecía que Dios no quería nada de nosotras en Toulouse. Se nos acusó de sustraer a las jóvenes de las congregaciones de las parroquias. El arcipreste de Saint-Étienne decidió él mismo cerrarnos esta pequeña reunión a mitad del año 1894. Esta medida que nos pareció odiosa para nuestra comunidad, afortunadamente no se llegó a aplicar después de las razones que hicimos valer.

Dos años después de la partida de nuestras primeras misioneras hacia el Ecuador, la madre Marie-Dominique solicitó refuerzo. Se escogió a tres jóvenes hermanas para esta segunda partida. Eran las hermanas M-Cécile, M-Imelda y M-Joseph. Embarcaron el 26 de mayo en Burdeos en el transatlántico *Canadá*. Su viaje fue feliz hasta Panamá. Al llegar a Panamá, la pequeña sor M-Imelda sufrió la fiebre amarilla. Sus compañeras tuvieron que dejarla moribunda a los buenos cuidados de las Hermanas de la Caridad a cuya casa ellas descendieron y que, por prudencia, no les permitieron volver a verla. Ellas volvieron al mar con la muerte en el alma. Su prueba no hacía más que comenzar. En Guayaquil, sor Marie-Joseph

sufrió la terrible fiebre amarilla y murió en el puerto, el 8 de julio, después de cuatro días de crueles sufrimientos. Se apresuraron a llevarse el único resto de este triste viaje. Era hora, a no ser que ella también sufriera la suerte de sus compañeras. Se puede adivinar en qué estado llegó el cuerpo y alma de esta querida hermana a Cuenca. Los cuidados más afectuosos de la madre Dominique no consiguieron calentar este corazón roto por el dolor, las emociones y el cansancio de un viaje tan largo.

En Francia, ignorábamos este desastre. El 14 de agosto nos trajo estas tristes noticias; pero mientras que en Toulouse llorábamos la pérdida de dos jóvenes hermanas, en Cuenca se alegraban de saber que nuestra querida Imelda estaba en vías de recuperación y dispuesta a reunirse con sus hermanas. A finales del mes de agosto, ella viajaba. El señor Vasquez, amigo de nuestras hermanas, fue a buscarla a Guayaquil. De retorno a su casa, no cesó de decir que había enviado a una santa. Lástima, esta bella y tan delicada flor de santidad no debió mostrarse en esta tierra del Ecuador, Dios se apresuró a recogerla. El 8 de diciembre siguiente, una fiebre tifoidea cumplió lo que no había podido hacer la fiebre amarilla.

Esta muerte fue una gran pérdida para la misión.

En el mes de octubre de 1892, el Rvdmo. P. Lacomme, prior del convento de Toulouse, nos anunció un proyecto del que el abate Mabou, el cura decano de Fanjeaux, le había hablado en Prouille. Se trataba de una fundación en el convento de Santo Domingo en Fanjeaux. En ninguna parte se encuentran tan grandes recuerdos de nuestro bienaventurado Padre; él trabajó en Fanjeaux más que en cualquier otro lugar. En esta montaña la Virgen del Rosario le hizo ver el lugar que ella había escogido para establecer a sus primeras hijas; en nuestro convento bendito tuvo lugar el milagro de la prueba de fuego.

El Padre prior nos aconsejó visitar Fanjeaux y ver al párroco. Lo que vimos no hizo sino incrementar nuestros deseos; pero para realizarlos, teníamos que comprar este viejo convento, algo que nuestra pobreza no nos permitía. A pesar de nuestras repugnancias, hicimos un intento de pedir un préstamo a una dama que conocíamos, la cual podía hacernos este servicio. Obtuvimos una

negativa. No se nos ofreció ninguna otra salida para llevar a buen fin este asunto que perseguíamos con nuestros anhelos y deseos desde hacía más de un año. Entonces a nuestra reverenda Madre se le ocurrió dirigir una petición a una dama amiga de la Orden, a la que solo conocíamos de nombre. Esta dama respondió inmediatamente para informarse de si el antiguo convento que queríamos comprar era donde se había realizado el milagro del fuego. Ante la respuesta afirmativa, ella se comprometió a darnos los 10.000 francos que habíamos solicitado.

Era un golpe de la Providencia que atribuimos al Niño Jesús de Praga a quien acabábamos de hacer una fervorosa novena.

La señora Vatimesnil, nuestra bienhechora, solo se sorprendió de una cosa, que nos hubieran dejado este gran convento a un precio tan bajo. La bondad divina se dignó inclinar el corazón de los propietarios al vendernos este inmueble por la mitad del precio de su valor.

El 19 de marzo de 1894, se había efectuado el acto de la venta. Nos convertimos en propietarias del viejo convento de Santo Domingo. Así mismo, se nos devolvió un mobiliario que se había donado para esta fundación.

En julio, hicimos los preparativos para la instalación, y el 6 del mes de agosto, cuatro hermanas conducidas por nuestra Rvda. y buena Madre se pusieron en camino hacia esta querida fundación. Eran sor M-Albert, superiora, sor Marie du Rosaire, titular de la clase, sor M-Barthélemie y sor M-Joséphine. Un mes más tarde se abrieron la escuela libre y un ropero.

El año anterior, la madre Marie-Dominique había solicitado hermanas para remplazar a las víctimas de la fiebre amarilla. El 9 de agosto de 1893, las hermanas M-Emmanuel, M-Henri y M-Rose se embarcaron en Saint-Nazaire en el transatlántico *La France*, para ir en ayuda de sus hermanas mayores. Esta vez, el viaje fue feliz y no teníamos sino que dar gracias a Dios.

He dicho que el 19 de marzo, el convento de Fanjeaux se había convertido en propiedad nuestra. Sin ninguna duda, era un punto importante; pero nos quedaba otra dificultad por vencer, la de llegar a Fanjeaux con el hábito de la orden. Era el deseo del párroco y también objeto de nuestra ambición. El obispado de Carcassonne nos permitió revestirlo con la condición de que el cardenal Desprez lo dispusiera para toda la congregación.

No cesaban de mostrarnos al cardenal como opuesto a esta vestición, de modo que nunca nos habíamos atrevido a intentar pedirlo directamente. La resistencia era sin embargo, por lo menos eso creo yo, más imaginaria que real. Es siempre un error dejarse intimidar sin motivo.

Mientras se hacían los preparativos para la fundación de Fanjeaux, se perseguía otra negociación. El Rvdmo. P. Gallais, provincial de los Dominicos, nos propuso un cambio de lugar. Ellos vendrían con su Escuela Apostólica establecida en Mazères a nuestra casa de Toulouse, y nosotras iríamos con nuestro Noviciado a ocupar su convento de Mazères (Ariège).

Esta proposición no presentaba ningún atractivo, y a pesar del deseo que sentía nuestra Rvda. Madre de escapar a la tutela del cardenal Desprez, este proyecto nos parecía muy oscuro. Ya en enero, el Padre prior del convento de Toulouse me había hecho presentir el asunto; con esta respuesta: “en Mazères, ¡nunca!”... la cosa quedó allí hasta que en marzo se trasladó a nuestra reverenda Madre.

El Rvdmo. Padre nos recomendó el secreto. Nosotras lo guardamos muy bien, puesto que olvidamos clarificarlo con los que nos hubiesen podido aconsejar; además, esta reserva podía enajenarnos los verdaderos amigos.

A finales de abril, monseñor Pamiers nos visitó. Su presencia entre nosotras tenía por objetivo darnos a conocer las condiciones de nuestra admisión a su diócesis. El buen obispo nos lo hacía favorable; pero su vicario general le remarcó que era demasiado fácil, lo cual llevó al buen Prelado a imponernos la dura cláusula de no recibir como alumnos de Ariège, más que los de la parroquia de Mazères. Esta salvedad nos resultó muy difícil, y nuestro error fue esperar tan fácilmente un futuro mejor.

En Toulouse las consideraciones estaban sopesándose. Teníamos las manos atadas; contábamos con serias simpatías entre nuestros Padres, pero también marcadas oposiciones. Aquí abajo el pequeño, el pobre, fácilmente se equivoca. Comprendimos que estaríamos con sacrificios sin cesar. Una cierta paz, se ganaría con nuestra partida. La estrechez de nuestra casa todavía perjudicaba el desarrollo

de la formación y la salud de nuestras jóvenes hermanas. No era para despreciar más espacio. La seguridad de conservar a los Padres como capellanes contribuyó también a comprometernos a aceptar el intercambio. En fin, cuando se sufre, la esperanza esconde las espinas del futuro y nos da la valentía de afrontar las dificultades del presente. Así fue que se decidió que iríamos, en el mes de agosto siguiente, a vivir a Mazères. A la espera de este traslado, nos apresuramos en confeccionar el querido hábito blanco que deseábamos vestir en la fiesta de nuestro bienaventurado Padre santo Domingo. En efecto, en las primeras vísperas de esta solemnidad, el Rvdmo. Padre prior y el Rvdo. P. Berthet, nuestro confesor, compartieron nuestra alegría y bendijeron nuestras queridas libreas. Algunas amigas íntimas vinieron también para compartir nuestra alegría y felicitarnos. Este día hubiera sido sin nubes; si la idea de la próxima separación, no hubiera venido a cubrir con una sombra nuestra felicidad pues, con gran y viva alegría, todas las hermanas se cubrieron las blancas libreas dominicas. A pesar de todo, la fiesta de nuestro santo Patriarca se celebró piadosamente y tan gozosamente como lo permitían las circunstancias.

El 6, la pequeña caravana designada para la fundación de Fanjeaux se dirigía hacia su nuevo destino. Nuestra Rvda. Madre, que la acompañaba, tenía que pasar este primer mes con sus hijas para asentar todas las cosas. Esta estancia le ahorró las tristezas de las últimas horas en esta querida casa de la calle Montplaisir, así como los enfados y el trabajo abrumador de la instalación en Mazères.

Al pasar por delante de Prouille, nuestras queridas hermanas se detuvieron para saludar al Santo Sacramento y encomendarse a las oraciones de sus hermanas de este antiguo monasterio.

El 8 de agosto, dejamos nuestra querida casa de la calle Montplaisir. Sentimos el corazón contrito. ¿No era cada una de estas piedras fruto de nuestros ahorros? Desde hacía quince años residíamos allí, había sido el refugio amado de nuestras penas y de nuestras alegrías. Por encima de todo, lamentábamos su querida y muy amada pequeña capilla. Hubo dos hermanas que besaron con respeto y llorando esta mesa santa, que había sido el testimonio mudo de su más pura felicidad.

La víspera nos llevamos una gran parte del mobiliario.

El 8, a primera hora, los coches de las mudanzas se llenaron de lo que todavía quedaba, así como de las cosas más frágiles. En fin, a la una del mediodía, la mitad de las hermanas partía. El resto de la comunidad las seguiría a las 6 de la tarde.

Con la noche, a las 9, las hermanas del último convoy hicieron su entrada en Mazères. Toda la población estaba en pie, y la multitud, cada vez más grande, impedía avanzar a los caballos. Esta marea humana con la que no contábamos, nos hizo mucha impresión; pues en la oscuridad no podíamos saber si era bondadosa u hostil. Con razón nuestras pobres hermanas se sentían inquietas.

“Tengo miedo, me dijo una de ellas: esperen, yo bajo la primera...” La dueña del ómnibus se apresuró a tranquilizarnos diciéndome que solo la curiosidad atraía a toda esta gente.

Tardamos en escapar de esas miradas. Por otra parte, el cansancio y las emociones de este día, animadas por el calor, nos habían dejado exhaustas.

Pero no había finalizado todo. Las hermanas del primer convoy habían hecho lo imposible para prepararnos un catre; lamentablemente, su buena voluntad no había previsto obtener lo suficiente.

Los Padres y algunos niños todavía estaban allí, apiñados mal que bien en la parte de la escuela, mientras las hermanas ocupaban el convento.

Al día siguiente, después de haber pagado su tributo al buen Dios, de un lado y de otro, nos pusimos a trabajar; unas cargando los coches, las otras amontonando los objetos a diestro y siniestro, aquí y allá. Durante largos días, todas estas cosas debían permanecer en estado de desorden. Este desorden fue la desolación de nuestra buena Madre en la visita que nos hizo unos días más tarde; pero antes de instalarnos, teníamos que limpiar y rápidamente buscar un destino para cada cosa. Esta confusión debió durar mientras se hacían las reparaciones exigidas para nuestra instalación. El sábado 17 de este mismo mes, tuvimos la visita de nuestro buen padre Cormier. Fue como un rayo de sol que alegró los corazones iluminándolos en estos primeros días. Nuestra Rvda. Madre aprovechó esta ocasión para visitarnos. Todo parecía haberse puesto de acuerdo para hacernos disfrutar la alegría de vernos; pero aquí abajo Dios supo añadir la amargura a nuestros placeres más puros. Así que permitió

el accidente de nuestra Rvda. Madre que, al día siguiente, se hirió al caerse en la capilla. Esta caída apresuró su fin. No sin inquietud el lunes 19 la vi retomar el camino de Fanjeaux.

Estas vacaciones de 1894 fueron muy trabajosas. Había muchas reparaciones que hacer para que el pensionado pudiese abrir en octubre. Nos preguntábamos todavía con ansiedad si tendríamos algunos alumnos. Nos vinieron veintiséis. Nuestra ambición no iba mucho más lejos.

Nuestra querida sor Henri-Dominique fue nombrada maestra de este modesto pensionado. Antes de ponernos a la obra, teníamos que pensar en los ejercicios del retiro anual. Los iniciamos el 24 de septiembre para terminarlos el 30. Este retiro nos lo predicó el Rvdmo. P. Lacomme, prior del convento de Toulouse.

Unos días después, nuestra Rvdma. Madre regresó a Fanjeaux, en compañía de su primera hija y amiga, pues el 5 de octubre, al día siguiente del peregrinaje de Prouille, nuestros señores los obispos de Carcassonne, de Pamiers, de Montpellier y de Perpignan, tenía que venir a Fanjeaux para bendecir este querido convento de Santo Domingo que acabábamos de resucitar.

Esta fue la última alegría de nuestra venerada Madre fundadora. Hasta aquí llega la humilde reseña que la revela a sus hijas. Su vida está escrita con estas cartas imborrables en mi corazón. Yo llevaré a la tumba las confidencias de esta amiga, de esta Madre incomparable, lo mismo que ella se llevó las mías. Nuestra vida fue común. Es bueno para mí enterrar con ella este pasado. La pequeña reseña adjunta la hará conocer bastante a las que vendrán, en el futuro, a formar parte de esta familia religiosa.

Semblanza de nuestra Rvdma. Madre fundadora,
sor Hedwige Portalet

Yo cedí al deseo de nuestras hermanas de ofrecer aquí una humilde semblanza sobre nuestra dulce y tan recordada fundadora. Durante veintiocho años, hemos vivido en profundidad. Tuve el gozo de leer en su alma casi tanto como ella leyó en la mía. Nunca unos corazones se han amado más.

El buen Dios nos escogió de dos extremos de Francia, uniéndonos de este modo para trabajar en su obra. Las penas y los sufrimientos soportados juntas consolidaron un afecto que solo la muerte podía romper.

Nuestra muy amada Madre Hedwige Portalet, fundadora de esta congregación de Dominicas de la Inmaculada Concepción, nació en Lyon, barrio Brotteaux, el 3 de diciembre de 1826. Bautizada el 6 del mismo mes, recibió el nombre de Françoise Geneviève Hedwige. Este último nombre era con el que la llamaban en la familia.

Su padre, abogado en el Tribunal Real de Lyon, se casó, siendo todavía estudiante, con una parisina, la señorita Zélie Éléonore Couturier, con la cual tuvo tres hijos, dos niñas y un niño. Hedwige era la mayor. Unos años después de su nacimiento, su padre, cuya fortuna se había incrementado por la herencia de dos ancianas tías, compró un estudio de notario en Orléanas. Allí nacieron su hermana Marie y su hermano Gaston.

Nuestra buena Madre, que permaneció mucho tiempo siendo la única criatura de la casa, se sintió escasamente complacida con la llegada de esta pequeña hermana a la que tanto quiso; pero su madre estaba allí para dirigir el corazón de esta niña tan rica en amor.

A nuestra buena Madre le gustaba contar a sus hijas sus inicios como colegiala en Orliénas, en casa de una anciana institutriz de la que guardaba un fiel recuerdo. Cuando la pequeña sirvienta del señor Portalet no pudo acompañar a su joven dueña a la escuela, un magnífico perro, llamado Azor, suplió este oficio. Llevando seriamente en su boca la cesta con la merienda de Hedwige, Azor desafiaba a todos sus semejantes de acercarse. Los dos hacían algunas faltas a clase; pues, sea con el perro, o con la joven sirvienta, siempre tomaba el camino más largo. Un día que se retrasó más de lo acostumbrado, Hedwige tuvo la ingeniosa idea de recoger en un campo de tréboles un ramo de flores para suavizar la reprimenda de la maestra. Al entrar en la clase, corrió triunfalmente a ofrecerle su ramo. Grande fue su decepción cuando la institutriz le dijo con un tono severo: «¡Me tomas por un cordero!»... ella no olvidó nunca esta humillación.

La felicidad de Orliénas fue breve. Pronto, la señora Portalet murió por una enfermedad grave con la pena de dejar tres hijos

de corta edad. La mayor no tenía todavía diez años y su hermana tres años. A pesar de su juventud, nuestra Hedwige entendió el vacío que dejó en el hogar paternal la muerte de su excelente madre. Ella sintió crecer en su corazón la más viva ternura por su pequeña hermana y desde entonces, tuvo por ella las atenciones más delicadas y generosas, inaugurando de este modo una maternidad que tuvo que ejercer hasta la muerte.

Diez meses después de la muerte de su primera mujer, el señor Portalet contrajo una segunda unión. Su nueva esposa, joven, hermosa y bella, quiso disfrutar de una fortuna que, junto a sus cualidades naturales, le permitieron hacer en el mundo un buen papel. Compró un estudio de notario en Villefranche du Rhône. Allí, llevó un gran tren de vida y los recursos de la notaría no cubrieron los gastos; pero el marido era muy complaciente con su bella compañera. Nuestra Hedwige, que amaba apasionadamente a su padre, sintió la envidia de verse en segundo plano, y unas criadas que no temían activar sus pequeños celos la convencieron de que todas las ternuras paternas estaban reservadas a los pequeños y a su bella madre. Por lo que cuando encontraba la ocasión de realizar una malicia

dirigida a la señora Portalet, ella la aprovechaba. A veces incluso, se convertía en trágica. Un día se obstinó en no ponerse un sombrero que le había dado; poniéndolo en su pie, dio una vuelta por la casa con este zapato de un nuevo estilo. Otra vez, fue un tintero que derramó sobre uno de los vestidos de seda más bonitos de su hermosa madre y que fingió haber dejado caer torpemente. El vestido se perdió. Se recurrió al padre para las amonestaciones y las penitencias que, a veces severas, eran duras para el corazón de nuestra Hedwige, pues si el carácter era altivo, el corazón era bueno y tierno.

Para castigar todas sus rebeldías, a los doce años la pusieron en un internado en las Ursulinas de Villefranche. Su desconsuelo fue tan grande que cayó enferma. No podía consolarse por la separación de su querida hermana pequeña. La ternura maternal estaba ya en este buen corazón.

Aprovechó su estancia en el internado para hacer su primera comunión. Nuestra Hedwige se preparó lo mejor que pudo, hizo un examen serio de sus faltas y prometió al buen Dios convertirse. Mantuvo la palabra. Escribió en un examen, encontrado en un libro, todas las

faltas de las cuales se reconocía culpable, designando con una cruz el pecado cometido. Sencillez infantil que deja entrever un alma recta y pura.

Después de esta gran acción, la sensatez de la interna le reabrió las puertas de la casa paterna donde retomó con alegría su rol de pequeña madre junto a su querida Marie.

El carácter cambiante de la señora Portalet y las rivalidades femeninas llevaron al señor Portalet a cambiar su estudio de notario para tomar un estudio de abogado en la pequeña ciudad de Saint-Marcellin (Isère). Este acto de debilidad hacia su mujer causó su ruina. Engañado por su predecesor, que no temió pasar los dosieres de su estudio al de un amigo, el señor Portalet, cuya familia era numerosa y las cargas muy pesadas, acabó de este modo de consumir sus recursos. La dote de su primera mujer, que constituía la pequeña fortuna de sus tres primogénitos, desapareció con el resto. Nuestra Hedwige tenía trece años. El amor que tenía a su padre, cuya frente cada vez se ensombrecía más, le hizo suponer una pena profunda.

A fuerza de caricias y preguntas, ella entendió, en parte, la desgracia que les afectaba.

Con su naturaleza viva, generosa y ardiente, Hedwige suplicó a su buen padre que la enviara a Lyon para realizar estudios de piano. Ya proyectó ganar con ello su propia vida y ser un apoyo para los suyos. Esto nos deja leer plenamente en el alma de nuestra digna Madre. Corazón generoso que dará sin contar, yendo así mismo más allá de los límites.

Su buen tío Claudius Portalet, en la casa del cual ella permanecerá dos años, se convirtió en el esclavo de su querida sobrina. Este anciano militar no le podía negar nada. Así, el domingo, la entretenía en los espectáculos infantiles que causaban las delicias de Hedwige.

A los quince años, entró en el convento de la Visitación de Saint-Marcellin en calidad de vicemaestra y al mismo tiempo alumna, puesto que tenía que completar sus estudios impartiendo también lecciones. En este monasterio de la Visitación transcurrió su juventud. Conoció a los Padres Oblatos de María Inmaculada que tenían una residencia en Notre-Dame de Lozère. Eran los confesores extraordinarios

del convento. Su corazón afectuoso se apegó primero al padre Vincent, el cual le hizo mucho bien. Era un buen religioso que murió accidentalmente en las misiones. A él le sucedió el padre Dassy, cuyo corazón y alma afectuosa cambiaron totalmente su existencia. Este Padre, que había sido designado por sus superiores a la casa Notre-Dame de la Garde en Marsella, su ciudad natal, fundó pronto, con la participación de dos almas devotas a su persona, un Instituto para los Ciegos. Cuando creó una congregación religiosa para su obra, no le fue difícil atraer a nuestra devota Madre. Así que ella fue a Marsella, a pesar de los suyos, en el mes de septiembre de 1862; vistió el hábito de las hermanas de María Inmaculada en la noche de Navidad, un mes después de su entrada; fue nombrada Maestra de Novicias unos días después de su vestición, cargo que conservó hasta su partida para la fundación de Toulouse donde fue enviada como superiora en el mes de junio de 1866.

Nuestra venerada Madre reconstruyó estos laboriosos comienzos, y consignó en un registro los acontecimientos que siguen. Basta a las

hermanas de su familia religiosa leer lo que ha escrito, en su estilo inimitable, nuestra añorada Madre. Este trabajo quedó inacabado. Yo lo lamento más que nadie.

La santa pobreza fue la compañera asidua de sus inicios; pero lo que nuestra venerada Madre no dijo es su abnegación, sus privaciones, su generosidad sin límites hacia esta obra tan laboriosa. Uno no puede hacerse idea de las invenciones de su caridad para sus queridos ciegos; una madre no hace más. Con habilidad confeccionó y remendó sus vestidos, utilizando maravillosamente todas esas reliquias que pedía a los ricos, pidiendo ella misma en casa de los queridos hermanos del pensionado de Saint-Joseph que continuaron esta caridad hasta el último día de su dirección en el Instituto. Cada año, durante las vacaciones, ellos le llenaban una gran cesta de viejas camisas, de pantalones, de blusas e incluso de medias y de viejos zapatos. Todo se reparaba con cuidado, la mayor parte de veces por sus manos, pues nuestra Madre se había convertido en maestra en el arte

de remendar. Apreciaba con una complacencia maternal esos vestidos tan bien remendados. ¡Oh! Mi venerada Madre, todo esto que hicisteis por los pobres desheredados os vale en esta hora una gloria y una felicidad que los que han querido perjudicaros no os podrán arrebatarse. Dios es justo. Sí, sed bendecida y recompensada para siempre por esta actividad de cuyo trabajo yo he sido feliz testimonio durante muchos años. Que puedan vuestras hijas imitaros y se dediquen como usted al bien de sus semejantes.

Un corazón tan afectuoso y también generoso como el de nuestra buena Madre debía naturalmente tener los defectos de sus cualidades. Ella amaba mucho, ofreciendo a los otros los sentimientos de su alma. Cuán víctima fue de su confianza demasiado grande, tomaba rápido la decisión de ponerse en guardia en el futuro; pero esta prudencia duraba poco. Un buen comportamiento, algunos avances amigables daban razón de ello. Nuestra querida Madre no conocía nada el mundo, no habiendo vivido en él; no faltó quienes se aprovecharon de la sencillez de su naturaleza.

Su espíritu tan recto, tan vivo, tan perspicaz le fue de gran ayuda; sin embargo, no lo suficiente para protegerla en las dificultades múltiples en las que Dios la puso.

Naturalmente bueno, su corazón sintió la necesidad de darse; así mismo todos los dolores encontraron un eco en el suyo. Nada hizo mediante luchas violentas; ella cedía cuando alguien se le resistía. Cuando la cosa tenía importancia, esas concesiones se convertían en desastrosas. De estas situaciones inextricables que le fueron tan dolorosas. No podía soportar el mal; se lo señalaban, no se rendía sino después de pruebas reiteradas o verdaderamente aplastantes.

He creído necesario considerar esta laguna del carácter de nuestra buena Madre, para mejor comprender las tribulaciones que le abrumaron en los últimos años de su vida.

Su corazón sufrió la ingratitud en una medida poco común y tanto más fuerte a aquella que había dispensado más amor. Las hermanas a las que quiso más la traicionaron con sus infidelidades y su deserción; los niños a los que más atendió

se convirtieron en sus delatores y sus peores enemigos; incluso llegaron a amenazarla de muerte. Ella, cuyo corazón desbordaba ternura, fue acusada por todos, sin que ni una voz se levantara en su defensa. Sí, su corazón fue colmado de amargura. Los miembros de su familia maternal, incluso, le dieron también decepciones y profundos dolores.

La delicadeza de su alma, y digámoslo, el orgullo de su naturaleza, la llevaron a callar sus penas, así mismo sus superiores sospechaban de su honestidad. Monseñor Desprez se quejaba, con un poco de razón, de sus reservas. La creyó independiente, su error con respecto a él era ser siempre la última en hablarle de sus apuros.

En el momento de la separación de las casas de Toulouse y Marsella, Monseñor, informado por las cartas que recibía de esta última ciudad, puso en duda la veracidad de nuestra buena Madre, y en una entrevista privada, le hizo duros reproches. Su naturaleza conservó un efecto que nunca superó. Delante de su

Arzobispo, ella de palabra tan fácil y de espíritu tan dispuesto, no hizo sino balbucear. Se la animaba a soltar este temor, y respondía: “No puedo vencerme.” Es que el corazón no da más de sí.

Este estado de cosas duró hasta el final, es lo que le valió, con la desaprobación de su Arzobispo, el triunfo de sus enemigos que la sacrificaron sin piedad a pesar de la justicia de su causa. Su dedicación desconocida, veinte años de duros trabajos olvidados fueron aquí abajo la recompensa de su vida de inmolación y de sacrificios de todo tipo. ¿No es este el verdadero estilo de los amigos de Dios? ¡El verdadero sello de los elegidos!

La piedad de nuestra buena Madre se resintió de la ternura de su excelente corazón. Tenemos diversas consagraciones suyas al Corazón de Jesús y a la Santa Virgen que permanecieron en su querida congregación como un testamento de su piedad. Ella las modificaba según la necesidad. Su devoción al gran patriarca san José merece una mención particular. Cada año celebraba su mes con un fervor extraordinario. Durante un año entero, dijo los gozos

que había compuesto para sus necesidades, también un poco cortos, para tener tiempo de satisfacer su devoción. Cada día al salir de la santa misa, si estaba en la Casa Madre, volvía a la sala capitular, y allí, delante de la estatua de san José que adornaba la chimenea, recitaba sus queridos gozos.

Su devoción a santa Germaine Cousin se remontaba a los comienzos de esta pequeña familia religiosa. Nuestra Madre había prometido a esta santa ir a visitarla cada año, siempre que esto le fuera posible. Aunque tardamos en cumplir esta promesa, ella dijo: debemos ir a santa Germaine, pues de lo contrario, nos hará pagar nuestra negligencia. Una vez a sus pies, no acababa de rezarle, de hacerle sus recomendaciones, tenía tantas cosas para decirle, tantas gracias para pedirle y tanta ambición para sus queridas hijas. Este piadoso peregrinaje, lo cumplió por última vez un mes antes de su muerte.

El miedo a la muerte siempre había sido uno de los sufrimientos de nuestra buena Madre. A veces, la inquietaba. A menudo me decía: el buen Dios, por consiguiente, haría bien en hacer morir a los amigos el mismo día.

Este pensamiento de la muerte no la dejó en los dos últimos años de vida. Sentía que sus fuerzas la abandonaban, su amada inteligencia se apagaba dulcemente, todo se le escapaba. “Yo ya no sirvo para nada”, me decía sin cesar. Se comprende su sufrimiento sabiendo lo que ella fue en el pasado.

¡El buen Dios había sido tan pródigo de sus dones con nuestra buena Madre! Su facilidad por la versificación nos dejó muchos rastros de su talento. Su voz fuerte, bella, tenía una gran profundidad ella la manejaba a su gusto; sobre todo ponía el alma en sus cantos. Durante su estancia en Marsella, estudió la lengua italiana, que traducía fácilmente, pues guardó la costumbre de leer el Evangelio en esta lengua. Pero en lo que era excelente era en la narración. Componía pequeñas comedias para sus queridos ciegos, las cuales provocaron la alegría en las sesiones representadas en la Institución, así como en las distribuciones de premios. Su mayor éxito fue la pieza representada por los jóvenes muchachos en el Capitolio en 1869. Todo era tan actual, tan fresco, tan lleno de corazón, de espíritu y de ingenio, que no se encontraba nada

parecido en ninguna parte. Sus cartas alegraban a aquellas que las recibían, las cuales las conservaban como reliquias. Así, tan suavemente, era como ella consolaba, tan maternalmente como daba los avisos y consejos, de modo que cada una podía creerse la más amada. A su vez, cuando tenía que reprender y corregir, actuar, por consiguiente, contra su naturaleza, encontraba las palabras, las frases punzantes, las cuales quien las merecía no podía evitar guardar el recuerdo. Era como un temporal que un gran viento se lleva, pues su corazón retomaba rápido el control y su bondad aplicaba el aceite y el bálsamo a la herida que su deber la había forzado a hacer.

¿Qué podríamos decir de sus instrucciones familiares a sus queridas hijas? Eran verdaderas conferencias en las que ella organizaba su tema mejor que muchos predicadores; también disfrutábamos con un verdadero encanto al oírla. El jueves, de ordinario, hablaba al noviciado y al capítulo, el viernes para las hermanas de la Institución. Su espíritu de oración la preparaba para dar este pan espiritual del que sus hijas están tan

privadas desde su muerte. Podemos, al menos las que la oímos, poner ahora en práctica sus enseñanzas maternas.

Su carácter feliz permaneció joven hasta el final, y la vejez parecía respetarla. Sin embargo, un mal que sufrió en la rodilla en Saintes, en la hermosa fiesta de la Inmaculada Concepción, fue el inicio de esta serie de crisis que acabaría por arrebatárnosla. El clima de Saintes le perjudicaba y en cada uno de sus viajes su robusta salud padecía una sacudida. En el mes de abril de 1893, tuvo un síntoma de ataque a raíz del cual su brazo derecho quedó medio paralizado; a partir de entonces, sintió que sus fuerzas y sus facultades intelectuales la abandonaban; esto le produjo un cruel sufrimiento.

Aunque este fue el motivo de ir a vivir a Mazères, nuestra buena Madre, cuya alma y corazón estaban heridos por tantas pruebas, no parecía tener sino una idea: ¡escapar de este lugar donde había sufrido tanto! Huir de los que no paraban de perseguirla con sus miserables celos. Sin duda, ella presumía de sus fuerzas; pues su

naturaleza aceptaba el cambio con dificultad. La felicidad misma de revestir el hábito de la Orden le supuso un sacrificio el cual ¡solo yo pude captar la amplitud!... Pero, Dios mío, ella se dejaba conducir por vos que la llevasteis a vuestros fines por caminos desconocidos.

La fundación de Fanjeaux vino a distraer la atención hacia nuestra nueva situación y también a las molestias de una mudanza laboriosa, así como dolorosa. Nuestra buena Madre volvió el 6 de agosto, con las hermanas asignadas a esta fundación. Sin motivo, el 17 del mismo mes, llegó a Mazères. No veía la hora de ver por ella misma cómo nos encontrábamos y, todavía más, de abrazar a su primera hija. El buen Dios le reservó, así como a nosotras, una prueba. A la mañana siguiente, al dirigirse a la capilla, sufrió una caída. Al caerse sobre las sillas, se hirió el lado derecho, y a pesar de su sufrimiento, no quiso tomar nada, deseando recibir la Santa Comunión en la misa de nuestro buen padre Cormier que teníamos de visita. La noche siguiente fue mala, durante el día nuestra valiente

Madre no se quejó de nada a pesar de sufrir enormemente. De regreso a Fanjeaux, continuó sufriendo por esta caída.

Al mes siguiente, estaba en Saintes para el retiro y la toma de hábito de la Orden de las hermanas de esta casa. El decaimiento moral se dejaba sentir cada vez más y nuestra buena Madre dijo a madre Mélanie: “¡Haced como si yo no estuviera!” Contrariamente a su costumbre, me escribió pocas veces durante su estancia en Saintes.

El retiro anual la volvió a llevar a Mazères a finales de septiembre, y el 3 de octubre, regresó a Fanjeaux para la bendición del convento. Después de unos días, se dirigió a Toulouse para celebrar la fiesta de santa Hedwige entre sus hijas ancianas. Su corazón quería darles esta última alegría. La fiesta fue triste, pues nuestra buena Madre, ya cansada, sufrió mucho la noche del 16 al 17, así mismo se la privó de la consolación de recibir la Santa Comunión. Aquellas hijas lo hicieron por ella; pero ellas estaban lejos de pensar que un mes más tarde, sus corazones rotos por el dolor, la acompañarían tristemente a su última morada. Dios hace bien en ocultarnos el porvenir.

El 19 de octubre, llegó finalmente a Mazères, feliz de reencontrar su querido noviciado y sobre todo a su querida antigua hija y amiga. Era por pocos días.

A la mañana siguiente, la felicitamos su fiesta por turnos; fue nuestro último rayo de sol antes de las heladas de la cruel separación.

Nuestra dulce Madre intentaba sonreír a nuestros cantos, respondiendo lo mejor que podía a la alegría de nuestros corazones.

El 22, hicimos el viaje a Pamiers para saludar al señor obispo. Fuimos a rezar a la catedral esperando la hora de presentarnos en el palacio episcopal. Los cuadros recientemente restaurados, que representaban el martirio de St-Antonin, atrajeron mi atención, yo quería verlos más de cerca; nuestra buena Madre rechazó acompañarme. Ella se sentó ante el altar de la Santa Virgen. ¿Qué le dijo a María? Fue su secreto; yo solo vi que ella estaba muy triste. El relato de lo que yo acababa de admirar no pareció interesarle nada. La llevé fuera e hicimos la ascensión del paseo que domina Ariège desde donde se ofrece a la vista un panorama magnífico.

“¡Qué bonito!, le dije, ¡fíjese!”

“Lo conozco”, me respondió sin volverse... Yo no podía explicarme esta indiferencia, ¡su alma era tan sensible a todas las cosas bellas! Comprendí después esa actitud, así como las tristes palabras que se le escaparon, a pesar suyo, cuando hacía este pequeño paseo. Su vista debilitada le negaba sus servicios. ¡Cuánta virtud, oh Madre mía, en este silencio que guardaste incluso conmigo... pues tu alma padecía un atroz sufrimiento...! ¡Mi corazón se pierde en un mar de congoja con este recuerdo! ...

Nuestra buena Madre sufría un malestar general que ella no podía definir. El doctor que consultó no vio nada inquietante en su estado. Frecuentemente, la sorprendíamos con lágrimas, Dios permitió que yo atribuyese esta tristeza a nuestro cambio y a la privación de sus antiguas costumbres.

El 4 de noviembre, sufrió un nuevo ataque cuando se levantaba a las cinco de la mañana. Al ponerse los zapatos se sintió mortalmente enferma. Temblando, sin ver casi nada, llegó hasta mi celda. Su paso inseguro, sus palabras incoherentes, sus frases inconexas me revelaron la gravedad de nuestra prueba. Cuando no se muere bajo el sobrecogimiento de un momento semejante, es que Dios nos reserva para ser instrumento de su gloria o para sufrir un largo martirio.

El médico, llamado a toda prisa, nos declaró la gravedad de la situación. El mal progresaba rápidamente, y durante doce días nos disputábamos a nuestra querida Madre en esta muerte que se acercaba a paso lento, pero seguro. Era la agonía de su familia religiosa tanto como la suya. El 16 de noviembre al mediodía, Dios la llamó a las Bodas Eternas. La recompensa, ella iba a recibirla bella y brillante. Su vida dedicada completamente al servicio de Dios y de los pobres, sus sufrimientos soportados con tanta paciencia, merecían un descanso eterno. Se libró del miedo a sobrevivirme. La pureza y la bondad de su alma la salvaron de una prueba tan grande.

Ella reposa a unos pasos de este convento que no tuvo tiempo de conocer. El comité de la Institución de Jóvenes Ciegos le erigió una humilde tumba.

Duerme bajo esta piedra esperando la resurrección; pero sus hijas guardan su memoria en su corazón, y sus almas se inspiraron en sus virtudes para continuar sus obras.

Velad por esta joven familia, ¡oh mi dulce Madre! Que vuestro querido espíritu viva para siempre en esta congregación que habéis fundado al precio de tantos sacrificios, y que en el Cielo, un día todas hagamos vuestra corona. Asistid muy particularmente a la hija y la amiga que os sigue; ella espera vuestra dicha, obtener la gracia de ser, como vos, fiel hasta la muerte.